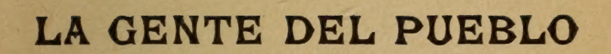

3 1761 09545154 8







LA GENTE DEL PUEBLO

J.^osé López Silva.

LA GENTE DEL PUEBLO

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES

PRÓLOGO

DE

D. JACINTO BENAVENTE

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15.
1908

Imprenta y Estereotipia de Ricardo Fé, Olmo, 4.—MADRID

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Yo no hallo en mí mejor título que el de madrileño, para prologar tan madrileño libro. Y para prólogo de mi prólogo basta con esta justificación y disculpa.

Ser escritor popular halagando y adulando al soberano pueblo, como puede halagarse y adularse á un regio soberano—y hay escritores que se creen más fuertes, más independientes y más liberales, porque no adulan á nadie en particular y adulan á una clase entera—es fácil y hasta puede ser lucrativa empresa.

Presentar al pueblo como eterna víctima y único depositario de todas las virtudes; disculparle en todos sus vicios y extravíos, poniéndolos á cuenta del medio social y de la tirana burguesía; prometerle y predecir-

le triunfos y reivindicaciones á obtener, sin más esfuerzo que huelgas y alguna sacudida revolucionaria; hablarle en tono de tribuno ó de profeta proclamando la destrucción y ruina de todo, y sólo para él glorias y bienaventuranzas terrenales, es imitar del mejor modo, aunque no les parezca á estos cortesanos de la plebe, á aquél predicador cortesano que, como viera entrar á su rey al tiempo que él decía, todos hemos de morir, rectificó prontamente: Menos el rey.

Así para estos predicadores laicos, todo ha de perecer, menos el pueblo... y ellos.

Ser escritor popular ofreciendo al pueblo como único halago su propia imagen sin embellecimientos líricos, todo lo más objetiva posible, ya es más difícil empresa, que á nadie agradó ver su propio retrato cuando el original no es todo belleza, y si aun no queda al despecho del retratado la satisfacción de recusar al pintor por inhábil, tan notoria es su maestría, siempre dirá en último extremo, lo que el Papa Inocencio X

ante su retrato por Velázquez: *Troppo vero*. Pero seguramente ningún pintor *troppo vero* será nunca nombrado pintor de cámara regia ni popular.

No obstante, yo quiero explicarme cómo siendo usted verdadero pintor del pueblo ha logrado usted ser popular.

Tal vez, sin duda, porque el pueblo, en su instinto artístico, comprende que nadie pinta lo que no se paró á contemplar, y hay en toda contemplación inteligencia, y hay en toda inteligencia un sentimiento de amor. La obra de arte es siempre expresión de algo que fué amor en el artista. Siempre, aunque en su apariencia muestre ser inspiración del odio, aunque castigue y satirice y flagele y desprecie... No os detengáis en la apariencia, más hondo está el amor; es el ideal de belleza, de bondad, que fué contraste en el alma del artista para acertar á mostrarnos fealdad y maldades, que por el mismo efecto han de avivar con su contemplación en el alma de todos, el mismo ideal, que fué

inspirador de la obra, en el alma del artista.

Porque ama usted al pueblo, sabe usted pintarle; no le adula usted, pero él sabe que decirle: Así eres, es el medio mejor de decirle: No debes ser así. Y como eso lo dice usted sin odio y sin espanto, con esa honda filosofía del mismo pueblo, que tiene para todos los casos de la vida, por absurdos y extraños que parezcan, el mismo corriente comentario: ¡Cosas de hombres y mujeres!, ve en usted al sucesor literario directo de aquellos también que tanto le comprendieron y tanto le amaron y tuvieron para él siempre la indulgente paternal sonrisa que sólo el Arte y la Divinidad saben tener ante las miserias humanas: Cervantes, Quevedo, Velázquez, Goya, D. Ramón de la Cruz, gloriosa genealogía de ese arte de usted, que no puede ser plebeyo con tan altos y nobles antecesores.

Y quiero salvar otro reparo que alguien pudiera poner á sus pinturas; el de caer al-

guna vez en lo caricaturesco. Peligro es este que no logra salvar ningún pintor de retratos cuando los modelos no son de perfecta belleza; y cuanto más el pintor ahonda en el espíritu del retratado, más saldrá por fin la caricatura á la superficie. ¿No han supuesto algunos que Velázquez más que los retratos legó á la posteridad las caricaturas de los reyes y príncipes de la Casa de Austria? Suposición inadmisible en un artista que sólo motivos de gratitud tenía con tan ilustres príncipes, y ni el espíritu de la época ni el carácter del pintor dejan lugar á suponer que alentaba en él un espíritu republicano. Fué sencillamente que Velázquez no pintó sólo la superficie, llegó al alma de sus modelos, y del alma brotó la caricatura.

Las mismas austeras pinturas del Greco sus santos penitentes atormentados, en que vemos arder como en manojo de secos sarmientos, al través de los cuerpos consumidos, la llama del espíritu glorioso, ¿no

pueden parecernos caricaturas del misticismo español de su época? ¿Y es posible atribuir á intención del artista esa apariencia?

Mucho más quisiera decir en alabanza de su obra—á toda su obra literaria me refiero—y en alabanza también de este buen pueblo madrileño nuestro, único tal vez capaz de admirar á quien, como usted, ni le adula ni le engaña. Bien le dice su instinto que alienta en usted el espíritu de aquél Goya, que como supo pintarle en sus fiestas, en sus vicios, en sus ridiculeces, supo también glorificarle en su grandeza heroica en aquel majo de los fusilamientos del 2 de Mayo, aquel majo que desafía á la muerte con los brazos en cruz, como Cristo, que redime al morir los pecados de todos.

Bien supo demostrar, en aquella ocasión memorable, el pueblo madrileño, que él solo se bastaba á redimir pecados de todos, y Dios sabe que si ahora son muchos, más eran entonces los pecados de España.

JACINTO BENAVENTE

CHULAPERÍAS

CHULAPERÍAS

—Bueno, mira: no discutas
porque eso no tié defensa.
—Pero ponte tú en mi caso,
¡rediós! porque desde fuera
se habla muy bien.
—¡No te irrites,
que te van á dar viruelas!
—¡Si le alteráis los humores
á un santo!...
—No le des vueltas;
aunque alegues lo que alegues,
lo que has hecho con la Usebia
tras de antiyer es un hecho
que repuzna á las concencias
delicás y á ti te pone

al nivel de las esteras.
—¡Es que tú no la conoces!
—Aunque no la conociera,
que sí la conozco á causa
de haber tenido con ella
relaciones familiares
antes que tú las tuvieras,
es mujer, y al bello seso
como tal se le respeta;
porque no ha venido al mundo
la mujer pa que un boceras
la sacuda los filetes
como si fuese una bestia.
—¿Y si te insulta?
—De parte
del hombre está la prudencia.
—¡Es que me ha llamao cabestro!
—Eso no es ninguna ofensa.
—¡Hombre, muchas gracias!
—¿Lo eres?...
pues si lo eres á sabiendas,
la verdaz no ofende á nadie
ni hay razón pa que te ofendas.
¿No lo eres, como yo creo
y es posible que tú creas?

¡Pues dicho se está que entonces
el insulto no tié fuerza!...
Ahora bien; si tú me añades
que estuvo un tanto incorrezta
tu mujer al dirigirte
la expresión de referencia,
me azhiero á ti, pero siempre
dejando á salvo mi idea
de que es un cerdo muy grande
tóo el que maltrata á las hembras.
—También se esagera mucho...
—¡No digas que se esagera!
¡Si tié la infeliz el cuerpo
que da compasión de verla
los moraos!...
—¿Quién te lo ha dicho?
—¡Hombre, á mí... lo que se cuenta!...
—¿Pero quién?
—Sin ir más lejos,
Paca, la del *Menflis*.
—¡Esa
siempre agrandando las cosas
que ve!...
—Tóo lo que tú quieras;
pero en este caso...

—¡¡Miente!!
Y á fin de que te convenzas,
te vas á venir á casa
conmigo pa que la veas
de medio cuerpo pa arriba,
y me corto la cabeza
si la ves en tóo el perímetro
la cicatriz más pequeña.
—¡Pues, hombre, yo estoy al tanto
de un amoratao que lleva
en la espaldilla!...
—Eso fué
de un antojo de ciruelas
que tuvo su madre estando
pa darla á luz.
—Pué que fuera;
pero ¿y lo del ojo?
—Bueno;
es la única cosa seria
que tié de mí.
—Se lo has puesto
que es propiamente una breva.
—Por cabezota. Las hay
que se mueren por la celpa,
y están fúnebres el día

que no las das en la cresta,
Ceferino.
—¡De tóos modos,
estás muy duro con ella!
—Yo la trato duramente
porque sé por esperencia
que á esa no se la domina
na más que con la dureza.
¡Digo, si me viera blando...
pues la aguantaba cualquiera!
—Antes no era así.
—¡Lo ha sido
desde que dejó la teta!
Tú la has tratao por encima
na más, y por más que quieras,
comprenderás que no puedes
saber del pie que cojea,
porque pa eso es menester
llegar al fondo. La Usebia,
con esa cara de *panfli*
que paece una mosca muerta,
te azvierto que tié más tripas
que un queso; pa que lo sepas.
—Está bien.
—¡Que no te coja

la menor de que es muy bestia!
—No me coge. Doy por hecho
que tóo lo que tú me cuentas
es histórico.
—¡Más fijo
que la luz!
—De acuerdo en esta
cuestión; pero yo he venido
pa otra cosa algo más seria
que tus malos tratos.
—Habla.
—Ayer estuvo la Usebia
á buscarme pa decirme
que la has pegao en la iglesia
de San Millán un mamporro
que por poco no la dejas
inútil, por el estao
anómalo en que se encuentra,
y pa reforzar su dicho
y pa atestiguar con pruebas,
me enseñó el ojo del golpe
que parecía una almeja.
¿Tú la has pegao en el templo?
—Sí; pero...
—¡Calla y dispensa!

Tú, que me tratas de antiguo,
no ignoras que estoy más cerca
de Lerroux que del obispo
en lo concerniente á ideas,
y ya sabes que al papel
de fumar hasta la fecha
yo no le dao más que un uso.
—Sé por dónde vas.
—Con esta
declaración está dicho
que soy un hombre de mi época,
y que á mí no se me encoge
el ombligo aunque me vea
con las tripas en la palma
de la mano.
—Ya has dao pruebas.
—¡Que tú has visto por tus ojos
varias veces!
—¿Quién lo niega?
—Bueno; pues con tóo y con eso,
una ación tan... ¡incorrezta!
(llamémosla así por no
llamarla de otra manera)
como es la de hollar un templo,
convirtiéndolo en prazuela,

másime si es maltratando
á una mujer indefensa,
¡¡eso no se lo consiento
ni á mi padre, que lo hiciera!!
—Pero ¿sabes tú el motivo?
—¡Ceferino Gordejuela
tié bastante con saber
cómo has obrao!
—¡Pero espera,
que á un ahorcao se le permite
defenderse!
—Bueno; venga.
—Pues la cosa fué que el jueves
estábamos en la iglesia
de San Millán, en la boda
de mi hermana Desideria,
que al fin se ha casao.
—¿La bizca?
—Sí; la que estaba soltera.
—¿Con el padre del chiquillo?
—No.
—¿Con el de la pequeña?
—Tampoco. Con un muchacho
que acaba de conocerla.
—Quedrás decir que principia...

—¡Lo sabe tóo, de manera
que holga la chunga!
—Perdona,
que no he tratao de ofenderla.
—Bueno; pues entró mi hermana
con su novio tan contenta
del bracete, con tóo el séquito,
y porque le dió la idea
de ir con el ramo de azahar,
como todas, va la Usebia
y estornuda... ¡Yo en seguida
comprendí la cuchufleta,
pero me callé!
—Bien hecho.
—Y na; que van y penetran
en la sacristía; toman
la anotación; se confiesan
los novios; se viste el párroco
con el traje de faena;
suben al altar mayor;
se arrodilla la pareja,
y cuando ya estaba el cura
pa uncirlos en toda regla,
rompe á llorar la chiquilla,
y entonces la Desideria,

guiá por el ojetivo
de que soltara la perra,
va y la da el pecho. ¿Es un azto
natural?
—Sí.
—Pues la Usebia,
como nunca ha sido madre,
porque la falta madera
y no comprende lo lógica
que es una ación como aquella,
dice de pronto:—*¡Compadre,*
mia que las hay sinvergüenzas!
Á lo cual yo la repuse:
—*¡Cállate, y no tires piedras*
al tejao de mi familia,
que tiés el tuyo sin tejas!
—*¡Tu familia á mí... ya sabes!...*
me responde.—*¡Ten prudencia*—
la refuto,—*que lo tengo*
en la punta de la lengua!...
—*¡Ya sé lo que tiés!*—replica.
—*¿Qué tengo?*
—*¡Con eme empieza!*
—*¡Tú eres un golfón!*—la digo.
—*¡Y tú un venao!*—me contesta.

Total: que me se subió
la sangre á la cabecera,
y sin mirar donde estábamos
la zumbé la pandereta.
Por eso lleva así el ojo;
ya sabes por qué lo lleva.
—¿Has terminao?
—Sí.
—Corriente,
Ya te he escuchao tu defensa,
y ahora yo, con mi carázter,
condición ú lo que sea
de condescípulo tuyo
y de antiguo novio de ella,
te manifiesto: que el día
que te dé la ventolera
de pegarla en sitio público
ú de causarla molestia
y dé la casualidaz
de que un servidor lo sepa,
ten presente que recoge
los cuatro pingos que tenga
y me la llevo á mi casa,
y ya no vuelves á olerla
mientras viva.

—¿Qué?...
—¡Lo que oyes!
—¿Pero lo dices de veras?
—¡Como hay Dios!
—¡Dame un abrazo!
—¡Pero oye!...
—¡Y hasta la vuelta!
—¡Mira, tú!...
—¡Que llevo prisa!
—¡Ven aquí!...
—¡No me detengas!
—¿Ande vas?
—¡A darla un golpe
antes que cambies de idea!

UN VIVO

UN VIVO

—¡Dichosos los ojos, hombre!
¿Dónde andas?
—Pues en mis tratos.
—Pensé que te habías muerto.
—¡La pinta es esa!
—¡Qué barbaro!
¡Cuidao que te estás poniendo
que eres propiamente un sapo!
—No estoy mal.
—¿Y cómo ha sido
el venir?
—Pues que te traigo
verbalmente la noticia.
—¿Cuál noticia?
—Que me caso.

—¡¡Tú!!
—Yo.
—¿Pero hablas en serio?
—Tan en serio como te hablo.
—¿Y con quién?
—Tú la conoces.
—¿Sí?
—Pero hace muchos años
que la vistes, y no es fácil
que lo aciertes en el azto.
¿Te acuerdas de aquella noche
que cenemos unos cuantos
en *Niza* pa celebrar
la apertura de mi estanco?
—Sí que me acuerdo.
—¿Te acuerdas
de una muchacha de claro
que estaba en un cenador
á mano derecha entrando?
—No doy.
—Una chica rubia,
rechoncha, con dos ojazos
así de grandes, que estaba
con un teniente.
—¡Ya caigo!

—¡Natural!
—Sí; que tosimos
con ojeto de cambiarlos
de aztituz.
—Bueno; pues esa
es la que va á dir al tálamo
con un servidor.
—¿Y cómo
sos habéis puesto en contazto?
—Pues estaba yo una noche,
va á hacer tres meses ó cuatro,
despachándole diez céntimos
de pitos á un parroquiano,
cuando en esto suena el timbre
de la vidriera, levanto
los ojos y me la veo
que entra más guapa que el gallo,
con ca saliente y ca cosa
que me quedé turulato.
—*¿Me da usté dos escogidos?*—
va y me dice recostando
parte del chaflán encima
del mostrador, que es de mármol.
—*¿Pa quién son... si pué saberse?*—
la pregunto—*¡Pa mi hermano!*—

me contesta.—*¡Pues entonces*—
la digo—*va usté á llevárselos*
superiores, aunque tenga
que deshacer veinte mazos!
Me dió las gracias muy fina;
la hablé de lo bien formao
que tenía el cuerpo, ecetera;
la solté dos ratimagos
de los míos; de resultas
puso los ojos en blanco;
luego me ofreció su casa;
yo la apetrujé la mano
con desimulo al ponerla
pa recoger los cigarros...
y, en fin, que simpaticemos
de tal manera, muchacho,
que cuando se desocupa
ya la tengo en el estanco.
—¿Y consiente la familia?
—¡Si es huérfana!...
—¿Y el hermano
de los puros?
—¡Una chufla
que se le ocurrió al comprarlos!
Ella, ¿sabes?, vive sola,

pero la sufragua el gasto
un señor que la conoce
desde que estaba mamando,
y que era muy buen amigo
de su padre. ¡Más buenazo!...
¡Como que hasta se la lleva
de Madriz tóos los veranos!
—¿Cuántos años tié la chica?
—Pues nació el ochenta y cuatro.
—Que son veintitrés.
—Cumplidos.
—¿Y tú?
—Yo cumplo pa Mayo
los cincuenta y dos.
—De modo
que, si no fallan mis cárculos,
pué decirse que la doblas
la edaz.
—En eso ya estamos;
pero es mejor que no que ella
me la doble á mí.
—¡Crisanto...
creo que haces mal casándote!
—¡Según!
—Yo ya me hago cargo

de que tú tiés una industria
que es la que te da pa el plato,
y es natural que carcules
que si la pones en manos
de una mujer es mu fácil
que vaya pa arriba.
—¡Claro!
—Por ahí está bien que pienses
en casarte, porque al cabo
tóo lo que tienda á engrosar
tu negocio es muy sensato;
pero si crees buenamente
que verificas un azto
tan serio por exigencias
de la sangre, te declaro,
como amigo, que padeces
un error de los más grasos.
—¿Por qué razón?
—No hay que ser
un lince pa adivinarlo.
—Pues á tóo el que se lo he dicho
le paece bien.
—No hagas caso.
Al que aplauda tu conduta,
ó no se le importa un rábano

que te cases, ó le importa
más de lo que es necesario.
—No te entiendo la indireta.
—Pues me explico en castellano.
¿Qué vas á hacer tú, ¡so lila!,
con cincuenta y dos veranos
en el lomo si te ponen
junto á una moza de garbo?
¿No comprendes, aunque tengas
lleno de serrín el cránio,
que la juventuz quié fuego
y tú fallas ese palo?
¿Qué timos vas á decirla
pa picarla el entusiasmo
con esa boca sin huesos
que paece un pozo artesano?
¿Vas á pedirle fatigas
á una mujer con redaños
viéndote, como estás ahora,
con la nariz destilando?
—¿Quién?
—Tú.
—¿Yo?
—¡Tú! Y ahí lo tiés
en el contraembozo. ¡Mialo!

—¡Será de frío!
—De falta
de fuerza en el aparato
y de que eres más antiguo
que la plaza de los Carros!
—Hombre, bueno; ya se sabe
que no soy ningún muchacho,
pero quedo entodavía
donde el primero.
—¡De labio!
—¡Y de tóo!
—¡Pero mal ángel!...
¿Tú te figuras que acabo
de conocerte ó que llevo
guardamalleta en los párpados?
¿No sé yo, como tóo el mundo,
mas que quieras ocultarlo,
que hasta comes los fideos
con mascador automático?
¿No te estoy viendo ahora mismo
que te sale por los vanos
de las narices más pelo
que el que te queda en el casco?
¿No llevas ahí las piltrafas
de la cara y de las manos

con más grietas y más pliegues
que hay en un kilo de callos?...
¿A mí que vas tú á contarme
de tóo lo que viene al caso,
si hasta pasaos los cuarenta
mi vida ha sido un serrallo
moruno, porque te costa
que he tenido talonarios
pa las mujeres? ¡Las cosas
son pa cuando son, Crisanto,
y no sirve darle vueltas
ni echarse por el atajo!
Yo, que he tenido en mis tiempos,
y les costa á más de cuatro,
un *harem* en ca distrito,
por no decir en ca barrio;
yo, que veo con orgullo
mis faciones á ca paso,
lo mismo entre la grandeza
que entre la gente de abajo;
yo, que he visto con mis ojos
vender en la Cruz del Rastro
muchas veces á los ciegos
romances con mi retrato;
yo, ¡¡Vitorino Pereira!!...

con tóo el cartel que me traigo,
si no llevo encima un duro...
¡como si vieran al gato!
¿Qué te indica eso? Pues eso
te indica que á nuestros años,
cuando la calor se marcha,
y te se encogen los ánimos,
y te se vuelven las hembras,
y no encuentras ni una mano
femenil que te la estreche
la tuya con cierto agrado...
¡hay que inclinar la cabeza
y hay que renunciar, Crisanto!
—No me convences.
—¿De modo
que al fin la *diñas*?
—¡Pa chasco!
—¿Y cuándo va á ser?
—El jueves.
—¿En dónde?
—En San Cayetano.
—¿Tiés ya padrino?
—El padrino
es el que la paga el cuarto.
¡Gusto de ella!

—¡Natural!
—¡Verás un hombre gastando!
—¡Na, pues ¡duro!, y no te achiques!
—Si es la cuenta que yo me hago:
mi mujer es guapa y joven
y yo vivo de mi estanco.
¿Que resulta buena? ¡Bueno!
¿Que me sale *ful*? ¡Me aguanto!
¿Que se ríen? ¡Que se rían!..
¡Pero tendré parroquianos!

LAS AFUERAS

LAS AFUERAS

—¡Adiós, hombre!... ¡Buenas tardes!
¡Pues no vas tú poco serio,
camará!...
—Como que había
jurao hacerte el desprecio
de no cambiar el saludo
contigo.
—¿Y á qué viene eso?
—Á que eres un sinvergüenza.
—¡Gracias!
—Sabes el aprecio
de hermano que te se tié,
y hace que no vas á vernos...

¡qué se yo!
—Pues desde Otubre
que me mandaron los médicos
irme á la Prosperidaz
á vivir; pero no creo
que sea pa que te enrites
de esa forma.
—Mira, bueno;
di que no quieres, y pata.
—Es que me pilla tan lejos,
que hago intención muchas veces
y al arrancar me emperezo.
—¡Por aquí!
—¡Lo que tú quieras!

....

—Menos mal, hombre; ya veo
que te ha probao la mudanza.
—Como que al barrio le debo
no estar en la besuguera
desde hace un porción de tiempo,
y es porque allí se respira
lo que le hace falta al pecho,
que es osígeno, y ande hay
osígeno, por ejemplo,
hay saluz, y ande hay saluz

hay alegría, Mamerto,
y el hombre que no tié penas
es feliz por tóos concetos.
—Es muy verdaz.
—Ea, y voy
á serte franco!
—Me alegro.
—¿Por qué no voy yo á tu casa?
¿Tú te crees que es por el hecho
trevial de que tu mujer
y la mía se haigan puesto
negras á golpes, encima
de llenarse de diterios
ofensivos, pa nosotros
más que pa ellas? ¡No por cierto!
Las cosas de las mujeres,
aquel que no es un borrego,
debe saber ande llegan
sobre poco más ó menos.
—Es natural.
—Quié decirse
que tóo el que rompe su afezto
con un amigo por cosas
de mujeres es un memo,
y de lo dicho se saca

que si he dejao de ir á versos
como antes es porque existen
otras razones. Yo siento
tener que manifestártelo,
pero es un deber, Mamerto.
—¿Es porque hace dos semanas
que no trabajo, y tiés miedo
de que me arrime y te pida
pa una libreta?
—No es eso.
Ya sabes que sos estimo
y que tóo lo mío es vuestro.
—¿Es porque has visto que es nómala
mi vida con la Remedios
y sos repuzna el tratarse
con nosotros?
—¡No hay derecho
pa hablar así, cuando sabes
lo elástico de criterio
que soy! Si uno se tratara
sólo con los que están dentro
de lo legal, no podría
ni mirarse uno al espejo.
—¿Cuál es el motivo entonces?
—¿Te vas á enfadar?

—No.
—Bueno;
pues es por cuestión de higiene.
—¡De higiene!
—Lo que te cuento;
y ya, cuanto más amigos
más claros: no voy á versos
porque cuando voy y me abren
la puerta de tu aposento
sale una peste que tira
de bruces, y como tengo
esta afeción al estómago,
que de seguida devuelvo
lo que como, cualquier cosa
me provoca el hormigueo
y me se vienen á escape
las náusias y los mareos.
—¡Mia que oler mi casa!....
—¡Huele!
Tú no te haces cargo de ello
porque tiés aclimatá
la nariz de tanto tiempo;
pero el ir á visitarte
con cuarenta sobre cero
es hacer oposiciones

á un tifus. Yo ya comprendo
que aunque tu mujer tuviera
más afición al aseo
de la que tié, se vería
coartá pa poner remedio,
porque ven aquí: tú vives
en la calle del Bastero
en una casa más vieja
que la Central de Correos.
¿Es verdaz?
—Verdaz.
—No tiés
más vistas que un tendedero
de intestinos, que corrompe
cuando hace un poco de céfiro;
agrega que el mengitorio
lo tenís á medio metro
del fogón y que la alcoba
sos sirve de comedero,
y de salón de vesitas,
y de lugar de festejos;
pon que barrís en verano
una vez, y otra en invierno,
y ahora di tú si el que vive
propiamente como un cerdo

(con perdón) pué molestarse
por tan poco.
—¡Según eso,
la amistaz es una farsa!
—No es una farsa, Mamerto,
pero antes que la amistaz
está la saluz, y en esto
tiés que convenir conmigo,
sopena de que estés ciego.
Si fueras práztico y no
le tuvieras el apego
que le tiés á la pocilga
donde vives, por el hecho
rutinario de que en ella
dió las boqueás tu suegro,
mañana mismo debías
mudarte.
—Sí que lo creo;
¿pero ande voy yo pagando
tres duros?
—Por dos y medio
tengo en la Prosperidaz
un *chalé* con pozo negro
pa mí solo, y con un piazo
de corral que mete miedo.

—Será muy chica la casa.
—Hombre, no es el Menisterio
de Hacienda, pero tampoco
nos falta ná, porque semos
yo, la cabra, mi parienta,
cuatro gallinas y el perro,
y vivimos tóos aislaos
unos de otros si queremos.
Claro está, naturalmente,
que como no hay ná perfeto,
porque á nosotros nos hizo
Dios y tampoco lo semos,
cuando llueve allí te llegan
á las sisas del chaleco
las cazcarrias, y deglutes
el polvo cuando está seco;
verdá también que en verano
se achicharran los conejos
por el día y que se suda
que es un surtidor cá pelo;
pero quitando esas cosas...
¡un *Ledén!* Si fuese aquello
puerto de mar, ni una rata
salía de veraneo.
¿Qué puerto de mar?... ¡Ni tanto!

Ná más que con que tuviéramos
aceras, y vegilancia,
y arbolao, y barrenderos,
y agua pa poder lavarte,
y un par de kioscos higiénicos
pa no ver ciertas películas,
y con que en los alimentos
se pusieran más acordes
la calidaz con el precio,
¡San Sebastián era un mito!
Sí que resulta molesto
el tener que ir tóos los días
á Madriz dende un destierro,
pero al volver á tu casa,
mayormente en este tiempo,
¿tú sabes lo que disfrutas?
¡Lo ves y te paece un sueño!
Mira: llego por la noche
reventao, porque está lejos
y el tranvía cuesta caro
y hay que escatimar; me quedo
como mi difunta madre
me echó al mundo; me encasqueto
las chanclas, la guayabera
y unos pantalones viejos

que no tién más que un botón
en la pretina; ponemos
el tenderete en la calle;
saca el guisao la Remedios,
y cenamos que da envidia
materialmente de vernos.
—Y al catre.
—¡Qué catre!... Entonces
no disfrutas ná. Yo tengo
mi combinación. Agarro
un cobertor de desecho,
salgo con él á la calle,
le estiro bien en el suelo
por las hormigas, me tumbo
y hasta que me viene el sueño.
—Esa es una gran ventaja.
—¡De las más grandes! Y luego
que tiés libertaz onímoda
pa tóo sin meterte dentro
de casa, porque en la calle
te hace gracia, por ejemplo,
un descuido que debajo
de techao te paece feo,
verbo en gracia. ¿Cuándo ha sido?
Anoche, sin ir más lejos,

estábamos seis ú siete
del barrio tomando el fresco,
y de pronto, con motivo
de un *lausus* de cierto género,
va una vecina y me dice:
—*¡Señor Pepe, que no semos*
Casablanca, repuñales,
pa que haga usté de crucero!
¡Ya ves!, en vez de sentirse
molestaos, tóos me dijeron
una chufla:—*¡Ajito al nene!*
—*¡Abrígate, que hace fresco!*
—*¡Pa los pobres!*—*¡Cuando escribas*
á casa dí que estás bueno!
Y pa remate de fiesta,
la concuñá de un churrero
que vive al lao, me esamina
y me pregunta riendo:
—«*Pero oiga usté: ¿á qué hora cierran*
la botica en este pueblo?...»
—Ten cuidao cuando te vistas.
—Bueno; pero aparte de eso,
¿puedes tú hacer estas cosas
en la calle del Bastero?
¡Ni por soñación! ¿Tiés margen

pa tumbarte como un perro
en el arroyo? ¡Mentira!
¿Te dejan ir casi en cueros
si tiés gusto? ¡Pues entonces
múdate ya, so torrezno,
y sabrás lo que es canela
y verás tú lo que es bueno!
—No sigas, porque yo estoy
convencido hasta los huesos,
pero á la Inés no la saca
de ande vive ni el Gobierno.
—Anímala tú.
—Es inútil;
ya sabes que tié el celebro
de hormigón y que discurre
con los dos cuartos traseros.
—¿Quiés dejarla de mi cuenta?
—Sí.
—Pues mañana, si puedo,
me plantifico en tu casa
cuando tú no estés; penetro;
la digo dos chirigotas
pa preparar el terreno,
y en cuanto conozca el móvil
verás cómo la caliento.

—Tú pué que sí.
—¡No te coja
la menor duda, Mamerto,
que más bestias se han venido
conmigo al convencimiento!

PREDICAR EN DESIERTO

PREDICAR EN DESIERTO

—Pero, chica, ¿qué te pasa?
—¡Pues suponte tú, mujer!..
¡Manolo, que me ha hecho birria,
lo mismo que la otra vez,
y no asoma por aquí
desde el lunes!
—¡Hace bien!
—¡Y estoy trastorná!
—¡Me alegro!
Si yo fuera que Manuel,
cargaba mañana mismo
con los trastos que tenéis,
y te ponía en la calle
y te daba un puntapié
por burra.

—¡Y qué voy á hacerle!
—¿Tú?.. ¡Ná!.. ¿Qué le vas á hacer?
¡Lo que haces! Darle al sifón
del llanto cuando te ves
sin acobijo, y quedarte
con los huesos y la piel
poco á poco, por un vago
que no tié ná que perder.
—¡Te sobra razón!
—¿De dónde
se merece que tú estés
vertiéndote á caño libre
por los ojos, mientras él
se pasa por los sobacos
tus penas? ¡Habla, mujer!
¿Qué es lo que quiere ese golfo?..
¿Le niegas algo?
—¡Ya ves!
—¿No tié tóos los gustos?
—¡¡Tóos!!
—¿No disfruta?
—¡Más que el Rey!
—¿No le quieres?
—¡Con ceguera!
—¿No eres un perro de fiel?

Pues entonces, ¿por qué concho
te rebaja?
—Creo que es
porque le gustan las gordas.
—¡A mí me gustan también
las chuletas, y me aguanto
con patatas, qué rediez!
¿No te ha conocido gruesa
y no estás así por él,
que parece que te dan
la ración en alcagüés?
¡Hombre, por Dios, es que hay cosas
que le hacen á una perder
la pacencia! Miá tú que eso
de que el muy charrán esté
tocándose las narices
mientras que tú sudas pez
por el cuero, trabajando
más que un mozo de cordel
pá comprarle gorras *chaufer*,
y armillas de punto inglés,
y chalecos fantesía,
y botas á lo *yanké;*
eso de que tú le llenes
la barriga, y que le dés

tu sudor pa que lo tire
con cinco pencos ú seis
sin aprensión, que le chupan
lo que es tuyo en buena ley,
porque lo ganas á pulso
con tus manitas...
—¡Y bien!
—Eso de que vaya el tío
como va, porque hay que ver
que le llevas por adentro
mejor cuidao que un marqués,
y que hasta gaste pulsera
con reloje de *dublé*,
pa enterarse de las horas
á que tié que ir á comer,
y que tú, que en cuanto Dios
amanece estás de piés
dándole al dengue, te prives
de un pijotero café
y andes con un trapo alante
y otro atrás, como Weylér
(verbo en gracia), pa que encima
te tenga debajo de él
dominá... ¡A ti te lo hace!
¿Pero á mi cuerpo? ¡No hay quién!

—Lo mismo.
—¡Ni toa su casta!
—¡Di que le tuvieras ley!
—Comprendo que por un hombre
que valga (es un suponer)
lo que el mío, se hagan cosas
mal hechas, porque Ginés
no piensa más que en su casa
y es lo que se dice un buey
pa el trabajo, y no se ocupa
de lo que hace su mujer,
porque tengo mucha suerte,
y está por la primer vez
que me haiga visto en ná serio
con éste ni con aquél;
¡pero por un chulo triste,
más negro que una sartén
y con el labio de abajo
que le llega hasta la nuez,
como ese!... ¡Ni aunque tuviera
que estarme á dieta tóo el mes
y no hubiese más calzones
en tóo este mundo! Ya sé
que hablarte á ti de la forma
que yo lo hago viene á ser

como tocarle á un difunto
la *manchicha*, porque tiés
un bofe, que si lo rifas
sacas pa hacerte un hotel
de tres pisos.
—No lo creas.
—¡Pues mándale á que le den
dos duros, y que te deje
sosegá!
—¡Si no pué ser,
Marcelina!
—¡Repuñales!
¿Por qué no?
—Porque al fin, es
el padre de mi hijo.
—Voy
á dar por sentao que es él;
pero si con tóo y con eso
no cumple con su deber
y se rasca con vosotros,
y el niño y tú le tenéis
sin cuidao, y no entra en casa
más que á sacarte el parné
y á que le laves la muda
y á repudrirte la hiel

más ca día, ¡que le aguante
su madre que en gloria esté!
Tú no seas tonta, y carcula
que vas pa los veintiséis,
y acuérdate de tu chico,
y mira pa la vejez,
y ten en cuenta que, si eres
la cónyugüe de Manuel,
lo eres por la miopatía,
gracias á Dios, y no tiés
que darle satisfaciones
ni á tu sombra pa romper
el ñudo y buscar un hombre
más honrao que ese cimbel
treinta veces.
—¡Á buena hora!
—¡Y tanto!
—¿Pero no ves
que no me queda en el cuerpo
más que el orujo?
—Sí, ¿eh?
Pues mira: delgada y tóo,
vivo está el señor Fidel
el ternerero, que el día
que lo reflexiones bien

y abras la boca na más
que así, pa decir ¡olé!,
te mete al chico de interno
y á ti te entrega después
su negocio, pa que tú
te pongas al frente de él
y lo dirijas *az líbitum*,
si te se antoja, y te dés
mejor trato que si fueras
la duquesa de Ivanrey.
Y esto lo hace como lo oyes;
pero no de mala fe,
sino canónigamente,
porque hoy el señor Fidel
es de Maura y no le gustan
los enjuagues. Ahora bien;
las cosas claras: el hombre
no ha nacido antes de ayer,
porque le he visto la cédula
y anda en los cincuenta y seis
(más bien más), pero me costa
que á su lao vas á tener,
tocante á cuestión de afeztos,
el tiple de lo que hoy tiés.
¿Tú sabes lo que te quiere?...

Antinoche mismo entré
por un seso de ternera
pa rebozao, que á Ginés
le gusta mucho, y el pobre,
como siempre que me ve,
te mentó y dijo, bailándole
las púpilas de placer:
¡Ay, Marcelina, qué chocho
que estoy por la Salomé!
En fin, chica, en tu pellejo
¿yo? ¡Ya estaba!
—No pué ser.
—¡Mia que chapuzas como esta
no salen á tutiplén!
—¡Me tira mucho Manolo!
—¡Pues allá sos escornéis!
Pero si te rompe el alma,
y te deja sin comer,
y vas por ahí en pelota,
y sigues dándole pie
pa que te tomen de pito
más de dos y más de tres,
no me llores ni te vuelvas
á quejar donde yo esté,
porque tú pa mí, cadáver

pa seculorum, amén.
—¡Pero escucha!...
—Tadai, bestia!
¡Qué lástima de cordel!

Á DON RAMON DE LA CRUZ

Á DON RAMÓN DE LA CRUZ

(Con motivo de la fiesta del Sainete.)

¡Vítor!, sainetero insigne.
¡Hurra!, sin par vihuelista
del Campillo de Manuela,
de Avapiés y Maravillas.
Despierta, y á tu conjuro
tomen cuerpo las cenizas
de tus majos fanfarriosos,
y tus manolas altivas,
y tus abates ridículos,
y tus maridos con pintas;
asciendan hasta la cumbre
de Helicón tus *Pintosillas*,
Pizpiernos y *Potajeras*,
Zurdillos y *Chirivitas*;
agrúpense en torno tuyo

petimetres y coímas,
chisperos y mondongueras,
rufianes y celestinas,
y juntos, llegue á vosotros
la venturosa noticia
que os transmite por mi pluma
la andante *currinchería*.
Ya el calumniado sainete
de estirpe noble y castiza,
pese á los necios que juzgan
el arte por la medida;
el sainete *deleznable*,
cuyo solo nombre excita
los nervios de muchos lindos
de melena y vaselina,
sobre el glorioso tablado
donde tú le diste vida,
resurge con nuevos bríos
y triunfa y se glorifica.
Hoy viste el Arte de gala,
y por doquier se respiran
aromas de hierbabuena,
de tomillo y clavellinas;
el rojo y gualdo nos hablan
de una España de otros días,

y está más azul el cielo,
y el Sol más intenso brilla,
y el cuerpo se torna mozo,
y el alma se galvaniza.

. . . .

Fué la Prensa madrileña
la que, honrándose á sí misma,
rindió al clásico sainete
con hermosa iniciativa,
honores que le negaron
la estultez y la rutina,
y pues ha sido la Prensa
culpable de que Talía
trocárase de *cocota*
en maja ruda y bravía
y de que Apolo cambiara
los faldones y la *bimba*
por el burdo castoreño,
la capa y la redecilla,
llévese toda la gloria,
que de plácemes es digna
su acción brava, en estos tiempos
de *cines* y de *machichas*.
Bien sé que cuando se apaguen
los ecos de la alegría

y el ruido de los aplausos
y los vítores se extingan,
recobrado ya su imperio
por cucos y ventajistas,
vuelto á su disfraz Apolo
y *achampañada* Talía,
pueden dormir otro siglo
Pizpiernos y *Pintosillas*,
Potajeras y *Goretes*,
Zurdillos y *Chirivitas;*
mas ¡vive Dios! que el orgullo
de haber conquistado un día
la atención de los que hogaño
por lo de fuera se privan,
ni *Maeterlink* te lo niega
ni *Lavedán* te lo quita.
Queda, pues, en paz, insigne
sainetero; y ya cumplida
la honrosa misión que dióme
la andante *currinchería*,
antes de marcar el mutis,
permite que de rodillas
bese tu mano el penúltimo
coplero de la familia.

LA REINA DEL MOLINETE

LA REINA DEL MOLINETE

En el rápido de Francia,
después de una larga ausencia,
regresó ayer á la corte
la famosísima *Reina*
del molinete, la insigne
Canuta Sánchez Retuerta,
que tan alto puso el nombre
de España con su belleza
soberana y con sus clásicos
movimientos de caderas.
Encargado por *La Avispa*
de visitar á la estrella,
dirigíme esta mañana
al entresuelo derecha
del número veinticinco

de la Ronda de Vallecas
donde la gentil artista
se aloja por exigencias
de amistad y por impulsos
de su extremada modestia.
Tremuloso y cohibido
llamé; franqueó la puerta
un marimacho de cara
bigotuda y apoplética,
que denunciaba el abuso
del aguardiente á cien leguas;
la transmití mi deseo
de ver á la ilustre huéspeda;
rezongó, mal humorada,
no sé qué palabras necias,
que el respeto á mis lectores
y al idioma no me deja
repetir, y me condujo
á una salita modesta,
diciéndome con voz áspera:
—*Pase usté si quié usté verla,*
pero no la dé usté murga
porque es algo nurasténica.
Y entré azorado y nervioso...
¡Allí estaba, hermosa, espléndida,

tendida sobre un sofá.
de yute, con indolencia
de musulmana, desnudos
sus pies enanos y suelta
sobre sus mórbidos hombros
la ondulante cabellera!
Al ruido de mis pisadas
incorporóse, y honesta
cubrió rápida sus senos
turgentes, que en indiscreta
libertad se expansionaban
cuando penetré; roguéla
que me perdonara; expúsela
mi objeto, y entonces ella
me hizo sentar á su lado,
me dió un cigarrillo de hebra
y me dijo:—Miosté, joven:
pa hablarle á osté con franquesa,
esto de las *entreviuses*
me ha hecho siempre la merienda,
pero me es osté simpático
y oro molido que fuera.
—¡Muchas gracias—respondíla—
por todo! Y con su licencia
voy á interrogarla.

—Bueno;
¡pregunte osté sin vergüensa!
—Dígame, Canuta: ¿cómo
empezó usté su carrera?
—Pos yo empesé en el *Burrero*
de Seviya, de pequeña,
con er cante, porque en casa
toos han sío de esa cuerda
y á una lo que ve de chica
es lo que más se le pega;
pero ¡las cosas der mundo!,
como no me sé estar quieta,
quise aprender la guitarra
pa acompañarme yo mesma,
porque no me daba gusto
más que er *Chato de Arcolea*,
y como ha *merao* er probe,
pos me salí con mi tema
y dominé er instrumento
y toqué de tar manera,
que en Seviya tós conosen
mi argilidá de muñeca.
—¿Y tocó usté mucho?
—¡Digo!
¡Más que *Paco er de Lusena!*

Y aún seguiría tocando
si no es por la considensia
de que un profesor de baile,
sierta noche en una juerga,
yo no sé con qué motivo
me vió de mover las piernas,
y ar fijarse en mi sortura
me dijo:—*¡Pero, arma negra!...*
¡Déjate ya de jipíos,
de tientos y de farsetas,
y échate á bailar, que er día
que tú ejecutes la trensa
y juegues bien los tacones,
y te suertes de caeras,
y marques er molinete,
y haigas orvidao las reglas
del arte, con esos ojos
que desabrochan las prendas,
y esa boquita de durse
y esa amplitú de pechera,
vas á ganar más miyones
que pelos tiés en las sejas!
Á mí, la verdá, miosté,
no me disgustó la idea
y le contesté: *Pos güeno;*

lo dejo si osté me enseña
lo suyo. Y er hombre, entonses,
me dijo:—*¡Mañana empiesas!*
Y ar otro día, en caliente,
llama en casa, le abren, entra,
se quita la casadora,
me pone las castañuelas
en la mano, me coloca,
me da un sobo de primera,
y le cogí tanto er gusto
ar baile y salí tan diestra,
que ar mes y pico er maestro
me dijo:— *Vaya, mosuela,*
dende mañana, si quieres,
pués empesar la carrera!
Conque me salió una cosa
pa Londón, luego pa Bérgica,
detrás pa Rusia, dimpués
pa er Monte Carlos y ersétera.
Totar, que en sinco ú seis años
he corrío Uropa entera.
—¿Sabrá usté muchos idiomas?
—Habiendo dao tantas güertas
por er mundo, ¡osté carcule
si conoseré yo lenguas!

—Y dígame usté; ¿por qué
la llaman á usté *La reina*
del molinete?
—Será,
digo yo, por la vivesa
que le doy ar movimiento
de cachas; porque aunque sea
feo que yo me pondere,
cuando me meto en faena
hago unos trensaos que quitan
er sentío.
—¡¡Olé mi tierra!!
—Mírelo osté...
—¡Bravo!... ¡Duro!...
¡Superior!... ¡Vaya canela!...
....
—¿Qué le paese á osté?
—¡Magnífico!
Y es natural que con esas
condiciones tenga usté
las contratas á docenas.
—Ahora tenía un negosio
mu güeno pa Zur de América;
pero supe que en España
anda el Arte de cabesa

por mor de las tonterías
que escriben los que hasen piesas,
y como á mí me avisaron
que es fásir que se muriera
der tóo como no viniéramos
uno que imita á las bestias
con la narís; su señora,
que escupe por las orejas,
y una serviora, dije:
*¡Pos lo primero es mi tierra
antes que ná!*, y he venío
por un mes á la Sarsuela.
—¿Con cuánto?
—Con veinte duros.
—Cinco más que la Lucrecia
Arana.
—Sí; pero disen
que hay bastante diferensia.
—¡¡Indudable!!... Y sobre todo,
usté se trae cosas nuevas
que ha de agradecer el público,
cansado ya de indecencias,
y de chulos afligidos
y de cómicos de feria.
—Pos miosté: yo, como disen

que er público se *canea*
con las artistas y que hay
muchos que no nos respetan
á las señoras, estoy
cabreá.
—¡Media docena
de niños mal educados!
Pero tengo la certeza
de que el éxito de usté
será de los que hacen época.
....
Y ahora voy á permitirme
dos ó tres preguntas sueltas
(y usté perdone si alguna
le parece algo indiscreta).
—¡A quién! ¿A mí?... ¡Vamos, hombre,
pregunte osté lo que quiera!
—¿Usté es hija de legítimo
matrimonio?
—¡Que yo sepa,
no, señor!
—¡Hermoso rasgo
de sinceridad, que, previa
su autorización, mañana
conocerá España entera!

—¡Por mí!...
—Y á otra cosa: noto
que anda usté en casa sin medias...
—Sí, señor. Es una moda
que ha sacao en Inglaterra
er señorío.
—Me gusta
por lo práctica.
—Es mu güena,
pero tié una contra.
—¿Cuál?
—Que ersige mucha limpiesa.
¡Me he fijao mu bien!
—¡Sin duda!
¡Y ese detalle revela
condiciones envidiables
de observación!
—Se *chanela*
de tóo sin querer.
—¡No hay nada
que avive la inteligencia
como el viajar!
—¡Ya lo creo!
Yo soy otra de lo que era
cuando salí de Seviya,

porque recorriendo tierras
y arternando con los públicos
se ven muchas cosas nuevas
y se abre el ojo.
—¡Y se aprende!
—¡Más que diendo á una academia!
—¿Y usté viaja sola?...
—¡Nunca!
Siempre llevo una donsella...
vamos... ya osté me comprende,
una, asín, pa las faenas
der servisio, y que de paso
me haga er papel de parienta.
—Lo pregunto porque dicen
que trae usté una riqueza
en alhajas.
—¡No me quejo,
grasias á Dios!
—Y aun agregan
que parte de ese tesoro
tiene relación con ciertas
aventuras... Hasta se habla
de personajes que llevan
manto Real...
—¡¡Eso es mentira!!

¡Cosas que mis compañeras
han levantao con sus chismes
porque me aplauden más que á ellas!
¿Sabe osté? Yo lo que tengo
me lo he ganao con mis piernas
honrámente, y la que diga
que no, que saque la prueba.
Sí, señor, que me han salío
las proporsiones á espuertas
y que hay argún fundamento,
porque yo soy muy *cobera*
pa los hombres y me gusta
dejarles larga la rienda;
pero si arguno me ha puesto
los puntos con mala idea,
¡crea osté, por mi salú,
que ha hosicao! Y si me queda
otra dentro... ¡vamos, hombre,
premita Dios que me muera!
—No se enfade usté, Canuta.
—¡Si es que hay cosas que revientan!
—Bueno; para terminar
de darle á usté la jaqueca,
¿será usté tan cariñosa
que me cuente alguna anécdota

de su vida?... Algo saliente,
¡con salsa!
—Vamos, que tenga
su picantiyo. ¿No?
—¡Justo!
—Contaré la úrtima.
—¡Venga!
—Le arvierto á osté que es mu verde.
—No importa.
—Como osté quiera.
Pos estando yo una noche
vistiéndome de framenca
pa er tango en mi *camerino*
de *Olimpia*, se abre la puerta
y entra un abonao, que es duque
de yo no sé cuántos; sierra,
se quita er *chito*, saluda,
me regala una camelia
pa er descote, me ersamina,
se pone como la fresa
de ensendío, ¡y de repente!...
se conose que á la cuenta
tenía una sé mu grande,
porque va y... *¡Tú! (con licencia)*—
dijo secamente el ama

del cuarto desde la puerta—.
Ahí está la peinadora;
¡con que se acabó la pelma!

. . . .

. . . .

Esta visita importuna
dió fin á la conferencia
cuando entraba en el período
de más interés. *La reina*
del molinete tendióme
su mano breve y morena,
que yo retuve en la mía
con emoción verdadera;
irguió la hermosa figura,
frunció la boquita fresca,
se colocó bien las chanclas
y me puso en la escalera,
diciéndome, al despedirme,
con voz insinuante y queda:
—*¡Adiós, poyo! Osté ha tomao*
posesión de mi vivienda.

. . . .

Después, un ¡Hasta la vista!...;
dos miradas que se encuentran;
dos suspiros que se cruzan;

cuatro manos que se estrechan,
y el imborrable recuerdo
de un cuerpo que se cimbrea
con eróticos espasmos
de harén...

FURCIO VALDILECHA.

(1) ....
Nuestro redactor artístico
sacó de la conferencia
tres placas: dos que avaloran
esta información directa,
y otra que publicaremos
el lunes en hoja suelta.

(1) Nota de la Redacción.

EN LA CALLE

EN LA CALLE

—¡Que no pué ser! Ya me duele
la suela de la alpargata
de decírtelo: hay sujetos
que no van en cuatro patas
porque Dios hace las cosas
á medias, y de esa casta
es Onofre, por encima
de tóo lo que tú le alabas.
—¡No decías eso enantes!
—Han cambiao las circustancias.
—No, pues Onofre es el mismo.
—Bueno, mira; cada uno habla
según como ve las cosas,
y yo las he visto claras.

Antes le llamabas burro
cien veces, ó le gastabas
una chufla, ó le metías
un azotazo en la espalda,
y en jamás de los jamases
te decía una palabra
vejatoria; pero hoy día,
por un quítame esas pajas
te se pone de manera
que tiés que darle en la cara.
Así es que yo, ya lo he dicho:
¡pa mí, Onofre, cruz y raya!
Cuidao que á mí no me importa
tanto así de que su hermana
se haya metido á *chanteuse*
ni de que ande retratada
su madre por las *delegas,*
ni de que su padre vaya
robando por ahí al prójimo
con úlceras de camama,
porque estas cosas, á Onofre,
no le traen ninguna mancha.
—¡Él no es así!
                    —Ya te digo
que á honradez nadie le gana

(y esta frase la sostengo
donde quiera que haga falta);
pero á inracional se pone
con una mula de varas
y me apuesto á que el Jurao
le da la primer medalla.
La otra tarde... ¡vamos, hombre!,
si no es por la circustancia
de encontrarse con nosotros
cuatro personas sensatas,
le pongo el ojo derecho
como una saliva, ¡mialas!
—¡Qué bárbaro!
—¡Lo que me oyes!
—Pero ¿qué te hizo?
—¡Una falta
de educación! Tú supone
que el sábado de Piñata,
estando en el merendero
titulao de *La Garnacha*,
con Gordillo y *el Usagre*
y el *socio* de la Germana,
por indicación de Onofre,
que empezó á darnos la lata,
nos pusimos á jugar

unos *chatos* á la *rana*
(juego en el que, como sabes,
no hay quien me ponga la pata),
y porque metí seis veces
consecutivas la chapa
por el quinientos, y el hombre
tuvo que aflojar la pasta,
¡chico!, se puso tan bestia,
que materialmente daban
tentaciones de mentarle
sus antepasaos.
—¡Me extraña!
—Pues ahí están los testigos.
—Le cogerías de mala
disposición.
—¡Ca! Si viene
de muy atrás la tostada.
¡Ya llueve sobre mojao!...
¿Sabes tú lo que le pasa?
Pues ese está así conmigo
desde que me hicieron guardia
inteletual de los nuevos,
que es detrás de lo que él anda,
y le da mucho coraje
que mientras él parte grava

por las afueras, sudando
más que un botijo de Ocaña,
yo lleve guantes, y tenga
un sueldo decente, y salga
en el *A B C*, y me roce
con personas ilustradas.
¡Ahí está el quiz!
—No lo creas.
—¡Como que á mí me se escapa!
Lo he notao la mar de veces:
me ve de paisano, y nada;
¡Adiós! y *¡Adiós!*, le saludo,
me contesta con su miaja
de retintín, porque á Onofre
le ha gustao siempre la guasa,
y na más; pero en diciendo
que voy vestido de gala,
con el traje azul purisma
y el sable y la teresiana,
y me doy con él de bruces,
créeme que hasta se le cambia
la color. Si no, ¿de dónde
me iba á odiar él?
—¡Vamos, calla!
¡Qué te va á odiar!

—¡Hombre, á ver!...
Las pruebas están bien claras,
me parece. La otra noche,
yendo yo de retirada
por la calle de las Minas,
me le vi vuelto de espaldas
en la parez, de una forma
que me hizo muy poca gracia,
y yo, sin querer valerme
del uniforme ni nada,
másime más por tratarse
de un amigo de la infancia,
voy y me acerco y le digo:
¿Pero por qué no te aguantas,
si estás como si dijéramos
á dos pasos de tu casa?
¡Me parece que la cosa
fué noble! ¿No es eso?
—¡Vaya!
—Bueno; pues él, en lugar
de disimular la falta
mas que sólo hubiera sido
por cumplir, vuelve la cara,
me escudriña (sin diznarse
dirigirme la palabra),

se abrocha, suelta un eruzto,
mira el reguero y se marcha.
¡A ver si esto es pa ofenderse!
Y no es por las Ordenanzas
municipales, que al fin
y al cabo nadie se escapa
sin enfringirlas. Yo mismo,
cien veces que se terciara,
mucho más que él... ¡tú lo sabes!
Lo que me ofende es la guasa,
y el día menos pensao
va á tener una morragia
nasal, porque le caliento
pa demostrar que en España,
si quieres que te respeten,
tiés que ser un utocrata.
—No, pues él á ti te aprecia;
porque Onofre tendrá faltas,
como tóos, pero no olvida
que tiés coltura y que, gracias
á lo que le has enseñao,
sabe lengua castellana.
—¡Me parece!
—No; que Onofre
tuvo contigo una ganga

pa ilustrarse, está en el ánimo
de casi tóo el que le trata,
y no viene de ahí la inquinia
que le ves. Las cosas claras,
Flatín: él á ti, el defezto
que te critica es el habla
que empleas desde el istante
que te vistieron de máscara,
porque Onofre se figura
que quieres darte importancia.
—¡Lo mismo que eso! Ya sé
que le da muchisma rabia
de que yo sepa decir
equinocio y fiascolata,
y un porción más de expresiones
extranjeras, por las cualas
soy lo que soy en el Cuerpo,
y me estiman y me halagan;
¿pero tengo yo la culpa
de que mientras él se pasa
por ventorros y tabernas
la mitad de la semana,
debilitándose el cuerpo
y trofiándose la masa,
me esté yo las horas libres

hecho un esclavo en mi casa
llenándome la sesera
de novelas y gramáticas?
—¡Tú que has de tener!
—¿La tengo
de que siga diciendo *haiga*
cuando en el mundo no quedan
seis personas ilustradas
que lo digan, porque ya
no se estila esa palabra?
—¿Estás seguro?
—Antinoche
me enteré.
—Pues, chico, gracias.
—No se merecen.
—¿Y cómo
se dice ahora?
—¡Se dice *haya!*
—Siento que lo *haigan* cambiao...
¡Tan bien como me sonaba!
—Pues es un hecho.
—¡Paciencia!
Y de eso de Onofre, nada;
¡no hagas caso!
—¿Yo, de Onofre?...

¡Te he dicho que cruz y raya!
Ahora que, eso sí, desde hoy
voy á seguir otra marcha
sin que me importe un pitillo
lo que digan ú lo que hagan;
en adelante, á mi costa
juro que no se desasna
ni el cuerpo de mi difunto
padre que resucitara;
y como á mí lo que aprendo
no me resulta de *guagua*,
porque me gasto en leturas
más que el Casino en barajas,
se terminó, y el que quiera
saber más ¡á Salamanca!
—¡Pues has reventao á Onofre!
—¡Y es poco!
—¡Por calabaza!
—Pero, hombre, ¿qué se merece
un tío que peina canas
y no conoce á Unamuno
ni de oídas?... ¡¡Una albarda!!

LAS CONQUISTAS DEL CINE

LAS CONQUISTAS DEL CINE

A Pepe Arija.

—¿Pero es verdá lo que dicen?
—¿Qué dicen?
—Que andas en tratos
formales con la Niceta,
la de Antón Martín.
—Hay algo.
—¿Y cómo ha sido eso?
—Chico,
de un modo la mar de raro;
tú sabes que la Niceta
me tiene á cuarenta grados
á la sombra desde el día
que la pusieron de largo,

no por su *fila*, que hermosa
no lo es, propiamente hablando.
—Tampoco tira de espaldas.
—¿Quién, ella? ¡Tóo lo contrario!
—¡Por eso!
—Pues, como digo,
me trae, va ya pa dos años,
viruta completamente,
no tan sólo por el gancho
de sus ojos, que ande miran
se meten como dos clavos,
sino por el movimiento
de ancas que se trae, muchacho,
y sobre tóo por las carnes...
¡Á mi es que me pone malo,
porque yo en jamás he visto
desarrollo igual!
—Y el caso
es que paece una escoltura
si la esaminas despacio.
—Pues ahí está el *quiz*. Hay otras
que las ves y te dan asco,
porque en lugar de mujeres
son propiamente cetacios;
pero esta no, porque en esta

de seguida se ve claro
que hay abundancia, pero hay
equidáz en el reparto.
¡Qué lomos!...
                —¡Pues y el pescuezo!...
—¡Y las mollas de los brazos!...
—¡Y las!...
            —¡No me hables, Reimundo,
porque na más de pensarlo
me se pone así de larga
la dentadura!
                —¡Qué bárbaro!
—¡Como que está que encanija!...
¿Te acuerdas cuando apostábamos
á que aquello no era suyo?
¡Ya ves si era suyo!
                    —Al grano.
—Pues en estas circustancias
voy la otra noche con Dámaso
á ver un par de seciones
al *cine* del Noviciado;
pedimos dos generales,
abono el importe, entramos
á tientas, como quien dice,
porque estaban empezando

la película, y me siento
con los primeros trabajos
en un clarito que había
por casualidaz. Yo, claro,
no me fijé por el pronto
na más que en el espetáculo
porque estábamos á oscuras
del tóo, pero al poco rato
noto que tengo contigua
á una mujer, por el tazto,
y que era gruesa (ya sabes
que las gruesas son mi flaco);
conque entonces me aprosimo
con disimulo, pensando
que ella se repucharía,
pero me da el primer chasco,
porque saca la cadera
pa ande yo estoy, figurando
que era casual. Al ver esto
voy y la toco una mano
de refilón pa tantear
el terreno, por si acaso,
y chico, ¡la primer zumba!,
en vez de hacer un estraño,
ella me coge la mía

con dos dedos, yo me achanto,
me la oprime, da un suspiro,
yo la digo:—*¡Vaya cardo!*
(por supuesto sin quitar
la vista del escenario),
y en el momento en que estaba
con la cabeza estallando
por la incitación de nervios
y la calor y el contazto
y el asunto de la cinta
que era bastante mundano,
dan luz ¡y el delirio! Suelta,
me retiro, nos miramos...
¡y la Niceta que estaba
más encendida que un pavo!
Conque la digo:—*¡Chiquilla!*
¿Pero eres tú?—¡Marceliano!
¿Qué haces aquí?, me contesta.
—*Ya lo ves: pasar el rato.*
—*¿Vienes solo?—No, con ese*
del jipi que está ahí sentao.
¿Y tú?—Yo con esta amiga.
—*¿Miá qué ocasión pa osequiarsos!*
Que *¡No pue ser!*, que *¡Amos anda!*,
que *¡Es tarde!*, que *¡No hagáis caso!*;

En resumen: que cogimos
una *manuela* los cuatro,
levantemos la capota,
le dió el cochero dos palos
á la yegua, que estaba hóstil,
salió por fin arreando...
¡y la juerga padre, chico!
Por supuesto, tóo de diálogo,
porque eso sí, las muchachas
lo dijeron al montarnos
en el coche: *¡Á la primera
que hagan ustés nos bajamos!*
—¡Si llegan á dar conmigo!...
—¡Tú no conoces el paño
como un servidor! Á la otra
no sé, porque no la trato,
pero á la mía... ¡te escurres
y te larga un gaznatazo!
—¿Piensas que yo soy un *menflis*,
ó es que te crees que me mamo
el dedo? ¡Si aquella noche,
después de gastarme en chatos
de Montilla seis pesetas,
la cogí al pie de unos álamos
de los que hay según se va

por el camino del Pardo
y la dije:—*oye, Niceta*:
¿nos hacemos solidarios?
—*¿Y qué es eso?*, me pregunta.
—*Pues lo que ha hecho Sinibaldo*
con tu hermana, la contesto,
y ella dice:—*¡Salen granos!*
Entonces fué cuando vi
lo honrada que es, y en el azto
entremos en relaciones
formales, y en eso estamos.
—¿De manera que te casas?
—Así que pase el verano,
porque pa ahora es mucho abrigo
la Niceta.
—¡Marceliano!...
¡piénsalo bien!
—¡Quita, tonto!
Eso se hace sin pensarlo.
—¡Miá que te rompes la crisma!
—¡Será mejor que ande á salto
de mata pa que me infezten
ó me den un linternazo!...
—Miá que en cuestión de señoras
la hinca el hombre de más párpado,

porque la que paece liebre
resulta luego que es gato!...
—¡Y vice también!
—De vices
no conozco más que un caso.
—¡El tuyo!
—¡No gastes bromas,
que yo á ti no te las gasto!
—¿Entonces á qué te metes
en lo mío? Yo contraigo
nuncias, porque la muchacha
llena mi ojezto de plano.
¿Que da la casualidaz,
porque el mundo es un sarcasmo,
de que me resulta buena
la mujer? ¡Siempre es un tanto!
¿Que hace renuncio y se tuerce
y principia á dar escándalo
como la tuya? (Es un símil.)
¡Pues la degüello, y abajo
el telón!
—¡Y te apiolan
y la *diñas* en el palo!
—¡Ya no se usa!
—Pero bueno:

pon que ocurre ese milagro.
—Es igual. Los que degüellan
ahora están fuera de cacho,
porque ó no los cogen nunca
ó los asuelve el Jurao.
—¡Así yo también degüello!
—¡Pues aprovecha, so payo,
que una ocasión más bonita
no la encuentras en cien años!

DE VUELTA DE PARÍS

DE VUELTA DE PARÍS

—¡Anda con Dios, hombre!
—*¡Adíeu,*
Valentín!
—¿Cuándo has venido?
—*Le vendredi.*
—¿Cuándo?
—El viernes.
—¡Ah, vamos!
—Haz caso omiso
si vierto alguna expresión
en francés, y te suplico
que no vayas á pensarte
que lo hago por darme pisto
de *voyageur.*
—¿De qué dices?...

—¿Ves? ¡Aunque me vuelva mico!
¡No he estao más que siete días
en París, y ya he tenido,
desde que he vuelto, la mar
de *lausus* y compromisos!
Vas á decir que es mentira,
pero, ¿cuándo fué?... el domingo;
pasando yo casualmente
por la tienda de embutidos
del *Carina*, me dió gana
de entrar á por medio kilo
de chicharrones (ya ves
que no pué ser más sencillo),
¡pues me tuve que ir sin ellos
por no acertar á pedirlos!
¿Te paece?
—¡Es que siete días
en París!...
—¡Son más que un siglo
en Palencia pa perder
el idioma!
—Ya lo he visto.
—Y es muy natural que ocurra;
¿no ves que en París ca cinco
minutos conoces una

lengua destinta?
—¡Chiquillo!
¡Te habrás divertido poco!
—Mia si me habré divertido,
que desde la noche aquella
que sabes que conocimos
á la Udosia en la visita
de pésame del marido
de su madre, no recuerdo
de juergas por el estilo.
—¡Y hay que ver lo que fué aquella
noche!
—¡Por eso te digo!
—¡La verdá es que tienes suerte!
—¡Lo que tengo yo son hígados
pa gastarme las pesetas
como se las gaste Urquijo!
—Y haces bien.
—¿Ó es que porque uno
viva de vender cabritos
y vista de pana, tié
que estar siempre como un quinto,
sin ver más que la Cibeles
y la verja del Retiro?
¡Que no, señor!

—Ahora, claro,
que tú en París, al principio,
como allí son extranjeros
casi tóos, no habrás podido
tratar con nadie.
—¡Al contrario!
Y la prueba está en que el mismo
día que llegué de España
pasaba yo muy tranquilo
por mitá del *boulevarde*
Maleshierbes, que es un sitio
como aquí puerta de Moros
ú la calle de Peligros,
cuando de pronto me dicen
en madrileño castizo:
¡Adiós, señor Luis!
—¡Atiza!
—Conque yo entonces enfilo
pa atrás los ojos, y veo
mirándome de hito en hito,
¿á quién dirás?
—Á *Loubet*.
—¡Cá!
—Pues me doy por vencido.
—¿Te acuerdas de aquella golfa

que estaba en Santo Domingo,
por las mañanas, vendiendo
majuelas pa los chiquillos
y que llevaba las manos
llenas de eso... de... ¡Recristo!
¿Cómo se llama esa cosa
que se forma en los nudillos
cuando te estás mucho tiempo
sin lavarte?
—Sarpullido.
—¡No!
—Mugre.
—¡Por ahí!
—Ya sé
de quién hablas: de la *Filo.*
—¡Equilicuá!
—¿Qué hace allí?
—¡Forrándose los bolsillos
de *pápiros* y comprándose
ca piedra que quita el hipo!
—¡Vamos, hombre!...
—¡Mi palabra,
que es *chipén* lo que te digo!
Está en un café *concerte*
moviendo los intestinos

y cantando unos *cuplés*
que te levantan en vilo.
Aquí tiés una postal
de ella: *La bella Pinguito.*
¡Míala!
—Vaya una postura!
—Es la que le ha producido
más parné.
—No se parece.
—¡Como que ha cambiao de físico!
¿Tú sabes lo que trasforma
el agua? Yo lo he sabido
por ella, que en cuanto acaba
de trabajar tié el capricho
de bañarse.
—¿Tóos los días?
—¡Y en tóo tiempo! Ya es un vicio,
porque hay días que se baña
tres veces, y cuatro y cinco.
¡Así huele, que da gloria!
—¡Mia que si te hubieran dicho
que ibas á verla en París!...
—Y que iba á hacerme un servicio
de esos que no te se borran
aunque vivas cuatro siglos;

porque me ha enseñao tóo aquello
ce por *be*; no ha consentido
que me gaste en osequiarla
ni el canto de un perro chico,
y ha descuidao sus labores
por mi causa, y la he tenido
al lao hasta que volví
pa acá.
—¡Se ha portao la Filo!
—¡Tan bien como se pudiera
portar el mejor amigo!

....

—Y de París, ¿qué?
—¡No me hables!
—¿Es lo que cuentan?
—¡Manífico!
¡Muchacho, qué menumentos,
qué calles y qué edificios!...
—Sí que serán.
—¡De primera!
—¿Y las hembras?
—¡¡El delirio!!
¡Casi todas son más monas!...
¡Si vieras!...
—Eso me han dicho.

—¡En fin, Valentín, aquello
es la *mer* en calzoncillos!
—¿Y de resultao?
—Ya sabes
que tocante al mujerío
no soy de los que se ponen
tontos ni hacen el ridículo,
pero en París yo no sé
si sería por mi tipo
ó por una cazadora
de celpa color membrillo
que llevaba, ó porque sabes
que siempre voy tan ceñido,
el hecho es que me seguían
como moscas. ¡Pero, chico,
qué mujeres! ¡De tres pares!
—¡Quién pudiera haberlas visto
por un abujero!
—¡Toma!
Si tú llegas á ir conmigo,
con lo que te tira el género
te quedas allí de fijo,
porque además de lo guapas
que son y del apetito
que te abren, tién una cosa

que á mí me ha gustao muchismo:
¡la educación! No conozco
ninguna que me haiga dicho
ná ordinario, porque en eso
todas son por el estilo
de finas; en cuanto yo
me acercaba á una y por siznos
la indicaba un pensamiento,
más ó menos atrevido,
me respondía en el azto:
¡Cochón!, que es casi lo mismo
que si una de aquí te dice:
¡Qué cosas tié usté!
—¡Pues, hijo,
no hay diferiencia!
—¡El pogreso!
Tiés que hacer un sacrificio
y ahorrar, y dirte á París,
pa que veas lo destinto
que es aquello y el cambiazo
que notas en tu individuo.
—Como que el viajar ilustra.
—¡Pero más que tóos los libros
del mundo! Mia tú si istruye,
que en cuanto llegué me dijo

sosprendida la Juliana:
¡Cuidao lo que has aprendido!
¡Y es que estamos en palotes
y semos unos pollinos!
¿Sabes por qué? ¡Por el *piri!*
¡Mientras comamos cocido
no tendremos inventiva,
ni gusto, ni razocinio!
¡Créeme á mi!
—¿Qué tié que ver
el pulso pa comer trigo?
—¿Qué? ¡Yo soy más madrileño
que la puerta del Hospicio,
Valentín, y si hace falta,
tocándome al patriotismo
me pego hasta con la sombra
del difunto San Isidro,
¿sabes tú?; pero me pongo
con la razón, y distingo
lo bueno y lo malo, y sé
que el garbanzo está reñido
con la coltura!
—Deja eso
pa el señor Montero Ríos,
que es filósofo, y refiéreme

las cosas que has aprendido,
pa ver si me falta alguna.
—No puedo, y lo siento, chico.
—¿Por qué?
—Porque se hace tarde
y voy al contrarregistro
de Aragón á preparar
el paso de unos cabritos.
—¡Anda!
—¿Te interesa mucho?
—¡Natural!
—Pues ven conmigo
y convídame á unas copas.
—¡Arzando!
—Saca un pitillo.
—¡Toma!
—Dame una cerilla.
—¡Ahí va!
—Bueno; pues oído.

LOS GOLFOS

LOS GOLFOS

—¡Pero mira!...
—¡Que me dejes!
—¡Pero escucha!...
—¡Que no quiero
cuestiones!
—Son dos palabras.
—¡Camará, te estás poniendo
más pelmazo que una huelga
de oficiales peluqueros!
¿Pa qué quiés que discutamos
si no voy á estar de acuerdo
contigo? Señor, ¿tú tiés
tu opinión? ¡Pues buen provecho!
¿Que vale más que la mía?
¡Pues pa ti! ¡Si yo no quiero

llevarte la contra! Cá uno
es lo que es y tan contentos.
—¡Pero, ven aquí y escucha,
y ten algo de criterio...
¡rendueles!, que le haces á uno
mojarse fuera del tiesto!...
¿Qué es el golfo?
—¡Un sinvergüenza!
—¡Hombre, por Dios!...
—¿Lo estás viendo?
¡Discrepaos!
—Perfetamente;
vamos á quedar en eso,
pa que veas que me gusta
ceder con los compañeros;
el golfo es un sinvergüenza.
—¡Clavao!
—Y de este epiteto
el que pueda que se salga.
¿Verdá?
—Yo estoy bien adentro.
—¡Pues yo me salgo!
—¡Si sales,
abrígate, que hace fresco!
—¡No prencipies con retrúcanos

que te estoy hablando en serio,
Juan Manuel!
—¡No te acalores!
—Lo que yo digo y sostengo
es que hoy en día los golfos,
tal como se están poniendo
las cosas, son una clase
que va tirando al pogreso,
porque trabaja y se ilustra
y porque cuenta con medios
de educación á cá paso,
y ahí está sin ir más lejos,
Inés, la hermana de leche
del *Guarro*; la recogieron
hecha un asco del arroyo,
va á hacer un año en Febrero,
¡y hoy la tiés de *sicalíztica!*
—Ya lo era endenantes.
—Bueno,
¿pero le lucía?
—Poco.
—¿Pues qué es lo que estoy diciendo?
Además, ¿cuándo han tenido
los golfos, como hoy tenemos
pa veraniar, un castillo

de sillería, ná menos,
en Villaviciosa?
—¡Nunca!
—¿No es verdá que nos han hecho
en la calle de Ataulfo
un Asilo con colegio
pa aprender, y con talleres
pa trabajar?
—¡En efezto!
—¿Vas á negarme que muchos
que andaban talmente en cueros
enseñando, como suele
decirse por ahí, los huesos,
van vestidos de uniforme,
y son miraos con respeto,
y tratan con las lendreras
y tién un oficio serio,
como es el de recoger
papeles y sus anejos
en la calle?
—¡Muy contestes!
—¿Es mentira?
—¡El Evangelio!
—¡Entonces estás conmigo!
—¿Quién, yo? ¡Con Maura primero!

—¡Miá lo que dices!
—¡No trato
de molestarte ni un pelo,
Macarrón! Tóo lo que has dicho
es tan esazto, que creo
que si alguno te rebate
lleva asfaltao el celebro;
pero como yo también
soy hombre que tié criterio
igual que tóos, voy á darte
la idea de lo que pienso.
—Dala.
—Pa mí el individuo
que se mete en un encierro,
y que se acuesta á hora fija,
y que come con asiento,
y que se agarra al trabajo,
y que lo hace tóo con método
no ha sido golfo en su vida,
y es más, ¡ni merece serlo!
¡El que lleva sangre golfa
por debajo del pellejo,
como un servidor, se ríe
de castillos y colegios
y uniformes y cabezas

bien peinás! ¿Hay ná más bueno
que la libertaz? ¿Qué vale
Róchil con tóo su dinero
junto á mí? ¿Dónde hay un tío
que viva con más sosiego?
Yo soy libre como el aire,
y hago siempre lo que quiero
y no manda en mis pedazos
ni la golfa que camelo.
No he conocido á mi madre;
mi padre guarda el secreto
también; no sé si he nacido
de ricachos ó de méndigos
(aunque de cualquiera forma
sé que golfos sí lo fueron);
de parientes ando fallo,
gracias á Dios, y me alegro,
porque los parientes ricos
niegan pronto el parentesco,
y los que están *boquerones*
ni dan honra ni provecho.
No permito que me lleguen
muy á lo hondo los afeztos,
porque está probao que así
comes más y lloras menos.

¿Amigas? ¡Muchas y falsas!
¿Amigos? ¡Pocos y lejos!
pa que la estima y el trato
se queden á ras del cuero.
De este mundo no me importa
mas que el cocido y el sueño;
igual me se da que mande
Besada que Don Tancredo
y que bajen los Consumos
ó que suban hasta el cielo.
¿Trabajar? ¡Antes difunto!
Yo la vagancia la llevo
con incustraciones de Eibar
metida en el propio tuétano,
y ni Moret, ni el alcalde,
ni el gobernador, ni el Verbo
me hace á mí doblar las ancas
pa alzar un papel del suelo.
¿Orgullo? ¡Nunca lo tuve!
¿Vergüenza? ¡No sé qué es eso!
¿Ambición? ¡No la conozco!
¿Envidia? ¡No se la tengo
ni al amo de casa Lhardy
con ser quien es! ¿Pa qué quiero
castillos de sillería,

ni uniformes, ni colegios,
si me dá Dios motur propio
tóo lo que me pide el cuerpo?
El rancho no ha de faltarme
mientras susista el Ejército
y guisen en los cuarteles
con abundancia y aseo;
pa dormir tengo una cueva
que es un horno en el invierno,
y un banco en la Castellana
pa cuando hace falta el fresco;
gasto un calzao de primera,
desde que nací lo llevo
y cuanto más lo maltrato
está el material más recio;
nunca en jamás tuve trampas
con sastres ni zapateros,
que son las botas y el traje
de igual fecha y de igual género.
No hay garatas, ni motines,
ni procesiones ni entierros
de los que yo no disfrute
como cá quisque. ¿Que siento
ganas de fumar? ¡Tabaco
nunca falta por el suelo!

¿Que la sangre me da voces
porque no soy ningún viejo?
¡Pues las hembras y el tabaco
me salen al mismo precio!
¿Que la saluz me se tuerce?
¡Pues al hospital derecho,
que allí hay dotores de buten,
catre blando y caldo bueno!
¿Que me curo? ¡A la golfemia!
¿Que la diño? ¡Al cementerio!
¡Lo mismo me da morirme
de moquillo que de muermo!...
¿Yo denigrar á mi clase
metiéndome en un encierro
como ese, donde principian
por separar los dos sesos,
privándote, por lo tanto,
de tu principal recreo?
¡Por dónde!... ¿Yo consentir
que venga un hombre con pelos
en la cara, y me desnude
y me friegue como á un perro
de lanas, sin preguntarme
si me cabe gusto en ello?...
¡Vamos, hombre... si ná más

de pensarlo me sublevo!
¡Esas gangas pa vosotros!
¡Pa tóos los que os habéis vuelto
señoritos y tiráis
contra el buen nombre del gremio!
Y ahora que estás al corriente
de la forma en que yo pienso,
voy á quitarme el celindro,
que me se seca el garguero,
y no merecéis que un golfo
como yo se quede en seco.
¡Con que, abur, y que me escribas,
Macarrón!
—¡Oye!
—¡Hasta luego!
—¡Pero escucha!
—¡Ya lo sabes!
—¡Pero atiende!...
—¡Que no quiero!
—¡¡Mira!!... ¡Sí, buen paso lleva!
¡Y haga usté asilos pa estos!...
¡Lástima de malas noches
que pasan los tahoneros!

EN EL PUNTO

EN EL PUNTO

—¿Entonces á qué discutes?
—¡Hombre, por Dios, si no es de eso
de lo que se trata!... ¿Ves
cómo te sales del tiesto?
Yo lo que te he sostenido
cien veces y te sostengo
mil años es que no tiés
condiciones pa cochero
ni pa hombre de mundo, Paco;
no en el sentido direzto
de la palabra, sino
en el otro.
—No te entiendo.
—Pues es muy sencillo. Mira;
tú dominas el manejo

de las riendas, hoy por hoy,
como no hay tres en el gremio,
y yo lo firmo; el carruaje
lo llevas que es un espejo;
vistes muy bien, además
de que te acompaña el cuerpo,
y sabes como ninguno
pisarle al amo uno ú medio
en la cuenta; cuatro cosas
que yo reconozco, y esto
te probará claramente
que sé ande se anida el mérito;
como hombre me costa que eres
capáz de quedarte en cueros
por un amigo, aunque sea
en el rigor del invierno,
y tocante á simpatías,
y á buen humor y á salero,
y á tirar un duro, estás
de non entre los primeros;
pero hay en ti varias contras
que te nutralizan tóo eso.
—¿Cuálas son?
—Voy á decírtelo:
tú tiés un grave defezto,

que es la lengua, y otros varios
más graves, que son tu genio
y tu orgullo, aunque el que más
daño te hace es el primero,
y pa probar mis palabras
ahora me se está viniendo
á la cabeza un detalle
de esos que chafan.
—Á verlo.
—Tú perdistes á la Irene...
—¿Quién te ha contao ese cuento?
—Bueno, si no la perdistes
la estraviastes por lo menos,
y en vez de coserte el pico,
que hubiera sido lo serio,
antes de los ocho días
ya lo sabía tóo el Censo
de Madriz. ¿Y quiés decirme
qué has conseguido con ello?
Que te haiga cerrao la chica
su amistaz, porque no creo
que se arregoste después
del servicio que la has hecho;
que haiga terminao con ella
Melquiades el lampistero,

después de hacerla papilla
lo que le llaman el fémur,
y que si alguna pensaba
darte una prueba de aprecio
más alante, se repuche
y te haga así con el dedo.
¡Ahí ties tú lo que hace un chisme!
¡Ya ves cuál es tu defezto!...
¿A ti quién concho te manda
darle un cuarto al pregonero,
publicando lo que nunca
debe salir del secreto?
¿Por qué no copias mi táztica?
¿No me tiés á mí de ejemplo?
¿Te hacen un favor? ¡So primo,
pues cállate y agradécelo
y así podrás pedir otro
y así tendrás siempre crédito!
¿Ha sabido alguien lo mío
con Justa, la de Bermejo,
por un por si acaso, y va
pa seis meses? ¡¡Nadie!! Bueno,
pues yo voy á todas partes
con él, y yo salgo y entro
en su casa, y allí nunca

se hace ná sin mi consejo,
y allí me lavan la ropa,
y allí cómo, y allí duermo
muchas noches, y allí gozo
fama de hombre dizno y serio.
¿Que real y efeztivamente
no soy, estudiao por dentro,
tan formal como se piensan
mis relaciones? ¡De acuerdo!
Yo de bulla y zaragata,
prencipalmente si tengo
cuatro gotas, soy el socio
más pendón del universo;
y tú, que has rodao conmigo
por algunos sitios de esos
ande imperan las señoras,
y el vino tié poco precio,
y la voluntaz es libre,
y hay concidencia de genios,
sabes que á los diez minutos
me tenís que echar el freno,
porque hago más estropicio
si me dejan andar suelto
que un rocín con garrapatas
en un almacén de huevos.

—Lo he visto.
—Pues, sin embargo,
no iznoras en qué conceto
me tié en sociedaz tóo el mundo,
alto y bajo. ¿Y por qué es esto?
Porque gasto mundologia
y soy amable, y *chanelo*
y le sé dar á la gente
lo suyo; sinó á los hechos:
¿Á quién se dirige el público,
singularmente pa ciertos
servicios? ¿Te arquila á ti?
¡Ya ves que no!... ¿Toma al *ciento*
cuarenta y tres?... ¡Ni con salsa!
¿Se sirve del *Chato*? ¡Menos!
¿Á quién van á ver al punto?
¡¡Á Luis Pijuán y Caldeiro,
aquí presente!! Y no cabe
decir que me ayuda el mérito
del coche, porque un cascajo
más grande que el que yo llevo
no ha trabajao por España
desde que murió Espartero,
como sabís, y la prueba
delante está: yo no tengo

yantas de goma ni gasto
faroles con reverbero;
al almohadón se le salen
los entestinos, y el penco
no puede ya con el rabo
y está *mochales* deshecho;
pues no ostante de estas ñapas,
yo no sé cómo me arreglo
que mientras *sornais* vosotros
yo no paro ni un momento.
—Porque te prestas á cosas
que rebajan.
—¡Quiá, no es eso!
Yo soy, pa que tu te enteres,
más delicao que el primero
y ciertas cosas del público
también me llegan adentro,
pero como sé de lógica
mundanal y considero
que lo que ha de pasar pasa
si el parroquiano está pa ello,
¡á mí Prim, y allá cá uno!...
¿No me abonan el paseo
y además me dan propina
y se marchan satisfechos

de Pijuán? ¡Pues á otra cosa!
Después de tóo, por ejemplo,
¿á mí qué leñe me importa
que me tome un caballero
con una señora de esas
que á la legua estás oliendo
la tostá, ni que me diga:
¿Despacito y tóo derecho?...
¡Un engorro más!... Tú, no;
á ti te se sube al célebro
el orgullo cuando cargas
personas de los dos sesos,
y sueltas un ajo, y sales
al nueve, y á cá momento
miras hacia el interior
pa azarar á los de dentro,
y te paras en el azto
de que notas movimiento
en las cortinillas... ¡Tiés
cosas de chico pequeño!
¡Las cortinillas! ¡Miá tú
que *achararme* yo por eso!...
¿Que se suben? ¡Tan amigos!
¿Que se bajan? ¡Buen provecho!
No le des vueltas; los seres

que trabajan por el pienso,
tién que dejarse en el cofre
las ínsulas y los fueros,
y hacerse un saco de noche
y echarse un ñudo en los nervios.
—Está bien; pero es que yo
con ciertas cosas no puedo.
—¿Con cualas?... ¡Tú con ninguna
mientras no cambies de método!
¿Se habla de los solidarios?
¡Bronca contigo! ¿Queremos
escotar pa que nos traigan
un poco café? ¡De acuerdo
tóos menos tú! ¿Discutimos
de mujeres, por ejemplo?
¡Te echas encima y no dejas
que uno saque su criterio!...
¿Estamos tóos los del punto
conformes con el letrero
de *Llevar la izquierda*, que hay
en muchas calles del centro?
¡Tú, á decir burradas!
—¡¡Ole!!
¡Las digo porque poseo
vergüenza, y porque no azmito

que se le haga ese desprecio
á nuestra clase! ¿Por qué
se le obliga á los cocheros
á llevar la izquierda? ¡Dílo!
—¡Porque es legal!
—Si yo tengo
gusto en llevar la derecha
porque me lo pide el cuerpo,
¿quién es el Gobernador,
ni el Munecipio, ni el Verbo,
pa hollarme esa facultaz
nativa en el hombre? ¡Un cero!
—¡Si es por la glomeración!...
¿No comprendes, so torrezno,
que llevando la derecha
tié que haber más atropellos,
como es natural?
—Dí claro
que tiés estintos de siervo,
¡qué Dios!
—Como tú.
—¿Yo?... ¡Nunca!
—Pues quítate de cochero
y pon una funeraria
ú hazte barítono.

—Bueno.
¿Sabís tóos lo que sos digo?
Que me...
—Sí; conozco el cuento.
—¡Pues ya sabes!
—Lo de siempre:
tú no tendrás argumentos
pero tocante á gorrino
le echas la pata al primero.

LA MALA SOMBRA

LA MALA SOMBRA

A mi camarada Julio Pellicer.

—¿Qué es lo que te ocurre?
—¡El chico!..
—¿Pero otra vez?
—Y doscientas.
—¡Miá que eres manso!
—¿Y qué quiés
que haga?
—¡Romperle una pierna!
—¡Como si no! Ya ha perdido
de una forma la vergüenza,
que aunque le maten á palos
ni el de arriba le endereza.
—Tú tiés la culpa.
—¡Bien, hombre!

—¡Ná, pero así, como suena!
Y no me hagas jeribeques
si te hablo de esta manera,
porque sabes que yo digo
lo que siento con franqueza,
lo mismo si sale en pro
que si sale viceversa.
Tú eres un hombre, Nipodio;
pero has perdido la fuerza
moral que es endispensable
pa el sujeto que es cabeza
de familia, y de resultas
tu chico no te respeta.
—¡Ni á nadie!
—¿Cómo que á nadie?
¡Yo me juego las orejas
contigo á que si le cojo
debajo de mi tutela
quince días, te lo dejo
más blando que la manteca!
—¿Quién lo ha dicho?
—Mi persona,
que al emitir una idea
la recapacita, y luego
que la vierte la sustenta.

—Tú hablas porque tienes boca.
—¡Yo hablo porque tengo... cétera!
¿Qué es lo que le pasa al chico?
¿Que no tié delicadeza
y que se le sale el trole
y que ni Dios le menea?
Corriente; pues á ese golfo,
¿sábes cómo se le arregla
la vagancia? Con friciones
de acebuche en la sesera.
—¡Lo mismo que si á un difunto
le tocas las castañuelas!
—Es tu falta de carázter.
—¡Es la suerte pijotera
de los hombres, Olegario!
No sirve que le des vueltas.
Hay seres que desde el día
que nacen tóo se lo encuentran
derecho y no tién disgustos
ni saben lo que son penas,
y otros que así de que asoman
las narices por la puerta
del mundo ya les están
zumbando la pandereta.
—Eso sí.

—¡Qué duda coge!
Claro es que si tú dijeras
lo que yo, te merecías
cuatro tiros á la vuelta
de una esquina, porque el hombre
sin oficio ni carrera
que en mitaz de su camino
se topa con una breva,
como es tu mujer: hermosa,
con juventuz y soltera,
y con un capitalito
y con dos niñas pequeñas...
el hombre, vuelvo á decirte,
que se casa y no tropieza
con ningún estorbo nunca,
y que come y se juerguea,
y que no tié que tomarse
la más mínima molestia,
porque tóo se lo han dao hecho:
boda, familia y hacienda...
¡ese hombre está bien que mire
las cosas de otra manera!
¡Pero yo!... Ponte en mi caso,
y á ver luego cómo piensas.
—Claro que algo contribuye.

—¿Cómo que algo? ¡¡Mucho!! Empieza
porque me echaron al torno
cuando nací; lo que prueba
que mi madre, que esté en gloria,
debió ser la primer fresca.
Añide que á los dos meses
de haberme quitao la teta,
en un descuido del ama
bajé dando volteretas
desde el catre á las baldosas,
y fué el coscorrón tan de extra,
que me torcí la coluzna
y me se enició la chepa.
Pon encima de lo dicho,
sin contar la disipela,
que me casé con la Ulpiana
pa cumplir con mi concencia,
y que á los tres años tuve
que desapartarme de ella
debido á que, según costa,
me resultó más coqueta
que las gallinas.
—No cabe
comparanza más perfezta.
—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta?
¡Como que has dao en la yema
sin tener que pronunciar
ninguna palabra fea!
—Gracias.
—No hay por qué.
—Pues bueno;
y ya, pa remate, agrega
mi desgracia con los hijos
que tuve de aquella pécora:
al mayor, quitando el tiempo
que se ha pasao de quincenas
por adoquín, y dos meses
que trabajó por las ferias
con *el Cuca,* le he tenido
sacándome hasta la crema
de los tuétanos, y hoy día,
porque da la concidencia
de que ha juntao malamente
pa unas cochinas lentejas,
cuando me ve por la calle
ni me saluda siquiera.
Le sigue después la pobre
que está debajo de tierra;
la Paula, que ande me pongan

hijas feliales y buenas,
la saco yo con orgullo
como modelo, y aquella
que sin coger una abuja
ni haber pisao una escuela,
no se volvía pa casa
sin diez ó doce pesetas
cá noche, pa que su padre
no andara de puerta en puerta
por el mundo. ¡Aquella mártir
va y me coge, á consecuencia
de su trabajo, una especie
de erución y se la lleva
Dios pa siempre! ¡Luego dicen
que uno es bruto y que blasfemia!
—¡Hombre, no llores!
—¡¡Pobre hija!!...
—La verdaz es que era buena.
—¿Y bonita?...
—¡Como nadie!
—¿Y trabajando?
—¡Una fiera!
De su edaz pocas mujeres
se habrán movido lo que ella.
—Por eso, por más que sabes

que ha sido la *Cienicienta*
de mi hogar y que llevaba
la infeliz desde pequeña
un trapo atrás y otro alante
(porque yo he estao á dos velas
casi siempre y no podía
llevarla de otra manera),
hoy un sombrero de plumas,
mañana un *ranglán* de seda,
y al otro día unas orlas,
y al otro un corsé bandeja,
se armó un equipo en dos meses
que paecía una duquesa.
Y es que á la infeliz tóo el mundo
no ha hecho más que darle pruebas
de amistaz por lo corriente
y por lo buenaza que era.
—¡Es que tu hija daba gusto!
—¡Así estaba la grandeza
con la pobre, que ya casi
no sabía lo que hacerla!
En fin, ya ves tú: dos días
antes de caer enferma
la regaló un señorito,
que es socio de la Gran Peña,

un *guá* de esos pa el pescuezo,
de piel, con una cabeza
de zorra, que entodavía
lo tengo á la cabecera
de la cama, porque al ver
el *guá* me se representa
la imagen de aquella santa
que se pudre bajo tierra.
—¡Vamos, no te aflijas!
—Y ahora
que estoy sin saluz ni fuerzas
pa el trabajo, y que me veo
sin tener pa una libreta,
y con los huesos al aire
y agobiao por la tristeza,
con ese golfo, ¡que así
permita Dios que se muera
de repente!, ya estás viendo
qué vejez me se presenta.
—Pues él no es tonto.
—¡Qué tonto!
¡Si es lo que á mí me subleva!
Que pué darle á Romanones
veinticinco pa cincuenta
tocante á vivo, y no ostante

carcula si hay diferiencia.
—¡Qué lástima de muchacho!
—De pequeño, ¿no te acuerdas?
¡era un dije!; pero tuve,
no sé cómo, la ocurrencia
de meterlo á monaguillo
pa ver si hacía carrera,
y bien porque ya sacara
los estintos de la perra
que le dió el ser, ó bien fuese
por lo que aprendió en la iglesia
con unos y otros, la cosa
es que ha tomao la querencia
del *piri* libre de gastos
en una forma tan seria,
y además se le ha metido
la vagabundia en la médula
de un modo, que pa él no sirven
ni reflesiones ni celpas.
Y menos mal entoavía
si tuviese alguna idea
medio sana; ¡pero si es
un gachó que tié más negras
las intenciones que el forro
de una morcilla extremeña!

Baste decirte que el lunes,
mientras yo echaba la siesta,
me pescó la dentadura
postiza, que es casi nueva,
y la vendió en quince reales
y unas alpargatas viejas.
¿Quiés más? Bien; pues por si acaso,
ahora, pa final de fiesta,
se ha hecho de la *cla* de Eslava
pa ir de gratis, y no piensa
más que en la Fons, y en la Andrés,
y en molinetes y en juergas;
pero ná, tan á lo vivo,
que de algún tiempo á la fecha
tié una cara que le miras
y da repuznancia el vérsela.
—¡Eso se arregla muy pronto!
—¡Sí, de seguida se arregla!...
—¿Tié buen estómago?
—¡Digo!
¡Come más que la cangrena!
—¿Y le gustan las señoras?
—¡Con deleite!
—De manera
que, según lo que tú dices,

el chico es en una pieza
tragón, taimao, sicalítico
y haragán...
—¡Y lo que cuelga!
—Pero listo.
—¡Como él sólo!
—¿Pues quiés un consejo?
—Venga.
—Mételo á fraile.
—¡Corujo!...
¿Sabes que es la gran idea?
—¡Natural!
—Y pué que acete.
—Será un asno si no aceta.
Pa un hombre de las costumbres
de tu chico, no trompiezas
con otro momio como ese
ni buscao con luz elétrica.

LA DEMOCRACIA

LA DEMOCRACIA

—Estás, desde que hubo crisis,
igual que una mala bestia,
tirando al alto los cascos
pa defender tus ideas
liberales, y ya has visto
que me he sujetao la lengua,
por más de que estoy oyéndote
las zanganadas que sueltas;
pero oservo, Clodomiro,
que hoy te ha dao la borrachera
por presumir de valiente
delante de mi presencia,
sabiendo que te conozco
lo mismo que si te hubiera
dao á luz y que te he puesto

los dátiles en la geta,
por feminista, más veces
que pelos tiés en las cejas
¡y eso no!, porque del hijo
de Suárez no se *canea*
coscientemente ni tú
ni toda tu parentela.
—Ya lo he demostrao.
—¡Por dónde!
—Claro que si tú me pegas
dos guantazos, ó me llamas
cualesquier cosa molesta,
no voy á soltarte un tiro
ni á morderte la molleja
mediando desde pequeños
entre los dos lo que media;
pero cuando llega el caso
de jugarse la esistencia
y hay que sacar los riñones
y ponerlos en la mesa,
¡sé sacarlos y ponerlos!
porque soy de las Peñuelas
y tengo muy mal carázter,
y en haciéndome una ofensa
me acuerdo del Dos de Mayo.

—¡Son muchos los que se acuerdan!
—¡Yo, sí!
—¿Pero qué repuño
va á saber de cosas de estas
el hombre que va á la compra
y hace las camas y friega?
¿Con qué derecho te arrancas
á presumir de guapeza
si tu mujer te sacude
cá tollina que te brea
la noche que vuelve á casa
y encuentra sosa la cena?
A ti ¿quién te ha dao permiso
pa hablar, ni por qué galleas
si cuando te duele un callo
tiés que tomar antistérica?
¿Qué valentía es la tuya,
si hasta los niños de teta
saben que al ver un tricornio
y al oir una corneta
te se arruga el entusiasmo
y te se aflojan las piernas?
Tú tiés cartel de bonito,
y eres más nombrao que Ureña,
y te rifan las mujeres,

y asustas á una docena
de infelices, que debían
de meterse á costureras,
porque insultas y armas broncas
en metines y tabernas,
y porque picas los puros
con una faca de á tercia;
pero ni tú eres valiente
con hechuras, ni te queda
de lo que tienen los hombres
más que el solar.
—¿De manera
que yo no soy nadie?
—¡Nadie!
—¡Gracias!
—¡Así, como suena!
—¿Quié decirse que la noche
que se armó la trapatiesta
por Moret yo no hice nada?
—Salir por donde te vieran
con una caña de escoba
y un piazo de blusa vieja
haciendo el burro.
—¡Y di vivas
á la democracia, y mueras

al Vaticano, y me puse
por la noche á la cabeza
del movimiento y llegué
donde muy poquitos llegan.
¡Pa que te enteres!
—Y en cuanto
que vistes á la pareja
sacar los trastos, salistes
perdiendo las posaderas
y te fuistes pa tu casa
y no encontrastes la puerta
de *canguis.*
—¡Eso es mentira!
—Lo sé por tu lavandera.
—¡Falta á la verdaz!
—Te advierto
que tié en el río las pruebas.
—¡Está bien!
—¡Qué duda cabe!
Aquí, pa que tú lo sepas,
lo que hay es que no tenemos
ni un adarme de vergüenza,
y que hoy los hombres castizos
lo arregláis tóo con la lengua;
lo que hay es, hablando en plata,

que si el difunto Pucheta
levantara el espinazo
del hoyo y sos conociera,
se iba á estar catorce meses
diciendo: *¡Tóo eso es... ecetera!;*
y lo que hay es que si sigues
tomándome la guedeja,
de un puñetazo en la boca
te tiro al suelo las muelas.
¡Tú valiente! ¿Desde cuándo?
¿Tú demócrata? ¡De pega!
¿Qué es la democracia?
—¡El hecho
de cortarles las cabezas
á los curas y á las monjas!
—¿Quién lo ha dicho?
—¡Canalejas!
—¡¡Mentira!! La democracia,
tal y como él la desea,
consiste en darle á tóo el mundo
libertaz pa sus ideas.
¿Que Fulano, por ejemplo,
tié gusto en ir á la iglesia,
bien por afición, ó bien
porque en verano está fresca,

ó bien porque tié que verse
con la mujer de cualquiera?
¡Pues la iglesia es necesaria
y debe esistir la iglesia!
¿Que á mí me tiran las monjas?...
—Ó á mí.
—¡Ó á ti! (¡Si es la idea!)
¿Ora porque estoy enfermo
y me priva el trato de ellas,
como aquel que dice, ú ora
porque me gustan sus reglas?
¡Pues las monjas hacen falta
pa mí, pa ti ú pa el que sea!
Lo que ni él ni yo queremos
es que tú, que no congenias
con la clerigalla, sueltes
tu guita pa mantenerla;
¿pero es que porque á tu cuerpo
no le sienten las almejas
como es debido me voy
á privar yo de comerlas?
Debe haber curas y monjas
como hay cafés y tabernas,
porque si tú tiés capricho
de gastarte dos pesetas

en copas, á mí pué darme
por gastármelas en velas
pa las ánimas ú en otra
tontería cualesquiera,
y la voluntaz es libre
como el aire, y con su hacienda
cá quisque, de *motur propio*,
pué hacer lo que le convenga.
¡La democracia está en eso!
En que el individuo pueda
verificar tóos los aztos
tal y como su concencia
se los dite. ¿Tú transitas,
verbo en gracia, por la Puerta
del Sol, y ves una moza
que te gusta, y tu materia
te aconseja que la tientes
al pasar? ¡Pues tú la tientas
y arreglao, porque ejecutas
un derecho!
—Y si se tercia
que viene detrás su novio
y te huele la faena
y te da dos estacazos
y te abre la chichonera,

¿qué haces tú?
—Me pongo en cura
y evito la encuentroversia,
porque él también ejercita
su derecho.
—De manera
que según esa tioría
tú harás estensivo pa ellas
el derecho.
—¡Pa tóo el mundo!
—Es decir, que si á la Ufemia,
tu mujer (es una pótesis),
la gusto yo y su materia
la encita pa que se tome
conmigo cualquier franqueza,
tié libertaz pa tomársela,
¿no es así?
—¡Siempre que quiera!
Sólo que yo puedo entonces,
ateniéndome á la letra
del pograma, darla un palo
que la deje sin cabeza.
¿Comprendes?
—Sí; pero escucha..,
—¿Qué?

—Pues ná; que ese sistema
se viene poniendo en prática
desde el día que á Adán y Eva
se les abrió el apetito
y ella le dió la camuesa.
—¿No te se ocurre más que eso?
—Ná más.
—¡Pues eres un bestia!
—¡No sé por qué!
—¡Porque lo eres!
—¡Vaya una razón!
—¡Muy buena!
Y como no tiés coltura
pa penetrar en la esencia
de las cosas y no puedes
discutir ciertos poblemas
conmigo, porque tu padre
te costruyó la sesera
de cemento armao, te ruego
que me evites la molestia
de tener que lastimarte
con el corte de la suela.
—De esa forma no discurre
ni Carrulla.
—¡No me ofendas!...

—¡Si es la verdá!

—¡Que te calles!...

—¿Yo? ¡De dónde!

—¡Ten prudencia!...

—¡Pues discute con razones!

—¡¡Hombre, vaya usté á comerla!!

LA MADRILEÑA

LA MADRILEÑA

(Monólogo representable.)

GABINETE LUJOSAMENTE AMUEBLADO

¡Bueno, sí, señor! Aquí
me espero. ¡Anda la Josefa,
cuantísima gente! (1) Ustés
disimulen la molestia
que haiga, pero yo he venido
pa entregar aquí una rueda
de picadura, y el amo
me ha dicho: *Pasa y espera,*
que ahora voy. Lo cual que he entrao,
pero con el ojo alerta
porque algunos se figuran
que los galápagos vuelan...

(1) Por el público.

¡y no, señor! Con permiso;
digo... si es que no molesta
el humo. ¿No? ¡Muchas gracias!
(Saca de la faldriquera
un pitillo; enciende, chupa,
tira el fósforo y se sienta.)
Naturalmente que ustés
habrán dicho: *¿Quién es esta?*
¿No es verdá que sí? Pues bueno;
yo soy Clotilde Venegas
y Mínguez, el renacuajo
más chulo que se pasea
desde el Canal al Vivero
y desde el río á las Ventas;
pero renacuajo y todo
tendría, si lo quisiera,
pa lucirme, un automóvil
de esos que huelen que apestan,
porque me sobra de clase
si me falta de fachenda,
y cuando juego los ojos
y le doy gusto á la lengua
me llevo detrás los duques
enredaos como cerezas.
Por mor de los adelantos,

vistiendo soy una mezcla
de chulapa y señorita,
de cocotre y carnicera,
pero si los trajes cambian,
porque las modas varean,
mi persona sigue siendo
chulapa castiza y neta,
que por algo cuando me hizo
me puso Dios en las venas
pólvora en grano y almíbar
y dinamita y canela.
No sé, ni me importa un pito,
si soy guapa ó si soy fea,
pero sé que si yo salgo
con mi carita risueña,
y mi pañuelo de alfombra,
y mi peinao á la griega,
y mis botas imperiales
con los tacones de á tercia,
recogiéndome las faldas
y moviendo las caderas
con más estilo que todas
las madamas de la tierra,
me llevo pa casa un carro
de flores y desvergüenzas.

No faltan primos que al verme
tan cabal y tan dispuesta
se piensen que estoy de punto
pa el primerito que llega;
pero hay quien sabe que tengo,
cuando hace alguno la prueba,
la bofetada en el aire
y el amargor en la lengua.
Con los moños y añadidos
que me se han quedao entre éstas
podría hacer muy á gusto
un trespuntín á la inglesa,
porque tié muchas golosas
el hombre que me camela,
y pa darme á mí el cartucho
hay que echar bota y merienda.
Soy tan castiza queriendo,
que por celosa y por pelma
mi novio ca quince días
me zumba la pandereta,
y yo voy por los Madriles
más inflada que una reina,
luciendo los cardenales
pa que tóo el mundo los vea.
Lo flamenco me disloca;

la guitarra me marea,
y no cambio por tóo el oro
que se acuña en Inglaterra
el estilo del *Mochuelo*
por la voz de la de Lerma.
Ya sé que dirán algunos
que me se ha muerto mi abuela,
ó que ya será algo menos,
ó que siempre se exagera,
pero aunque soy tan menuda
como un grano de pimienta,
le tomo el pelo á mi sombra,
con ser mi sombra tan buena,
y doy lecciones de gracia
á tóo el que presuma de ella.
Respetive á sentimientos,
mi persona la primera,
y á gusto pa divertirse
nadie me ha puesto la pierna;
lo mismo voy donde hay lágrimas
y fatigas y miseria,
sin esperar á que llamen
con pregones á mi puerta,
que pierdo tóos los tornillos,
si el cuerpo me pide juerga,

y danzo de coronilla
donde hay zaragata y fiesta.
De lo pasao no me acuerdo;
lo que ha de venir, que venga;
la cuestión es ir tirando
tóo lo mejor que se pueda,
que á mí, con que no me falten
unas botitas bien hechas,
pa lucir lo más bonito
que me ha dao Dios; mi peineta
con pedrería, mi novio,
y humor, y una delantera
del diez, lo demás me sale
tóo por una friolera.
(Dan un silbido en la calle.)
¡Puñales, las ocho y media!
Ahueco el ala en seguida,
que se atufa el centinela,
y tié las pulgas muy malas
y si tardo me calienta.
Conque... el gusto ha sido mío;
en la ronda de Valencia,
siete duplicao, segundo,
corredor, centro derecha,
tienen ustés una amiga

pa lo que se les ofrezca.
De *aquéllo*, na; pero un chato
de vino de Valdepeñas,
y un ratito de cobeo,
y simpatía y nobleza...,
eso, siempre que ustés gusten,
aunque falte pa la cena.
De modo que buenas noches;
que haya saluz y pesetas,
y si quién ustés pitillos,
ya saben ustés las señas.
Se hacen con papel de escudo
á treinta reales la rueda.

LOS MALETAS

LOS MALETAS

—Lo que ha hecho conmigo *el Mugre*
no lo hace más que un lechón,
y á ese en cuanto me lo tope
le parto el hígado yo.
—¿Pero qué te ha sucedido?
—Que me ha tomao por un clon,
y conmigo no se rasca
ni él ni la que le parió.
Bueno que me gaste chuflas
y bromitas de salón
de esas suyas, aunque á veces
le quema la sangre á Dios;
pero eso de que costándole,
como le costa, que estoy
á trompás con el cocido

de ca cuatro días dos,
se goce con mi desgracia
de rositas... ¡Eso no!
—Y haces muy bien.
—Yo, por buenas,
soy más blando que un colchón,
pero por malas no sabe
que ya lo tengo hecho tóo
y que en cuanto dicen ¡ole!
me busco mi perdición.
—¿Qué ha sido ello?
—Ya te costa.
—¡Hombre, palabra de honor!
—Pues figúrate que estábamos
sentaos de conversación
la otra noche en Puerto Rico
el Mugre y un servidor,
y hablábamos mútuamente
de cómo está la afición
á los cuernos desde el día
que *el Guerra* se la cortó,
cuando vuelvo así los ojos
hacia la Puerta del Sol
casualmente, y veo que entra,
fisgando con precaución

pa tóos laos, un individuo
con traje de *kaki*. *¡Adiós,*
(dije al ver que me miraba)
este es algún ispetor
que viene aquí de echadizo
pa darme la digestión!
Conque sigue andando el hombre;
se dirige al mostrador;
habla con el amo; el amo
le da nuestra direción;
se viene pa nuestra mesa,
y fijándose en los dos
—*¿Quién es el Mugre?*—pregunta.
Y *el Mugre* contesta:—*Yo.*
—*¿Quié usté escuchar dos palabras,*
con permiso del señor?—
le dice al *Mugre*, y *el Mugre*
le responde:—*¿Por qué no?*
Yo entonces me hago pa atrás,
porque el que tié educación
debe sacarla; prencipian
á charlar á media voz
él y el del *kaki*; se meten
en harina con calor,
y resulta que me tienen

¡hora y pico de plantón!...
—La ofensa es la que no veo.
—Pára el carro, que á eso voy.
Así de que se fué el otro,
llega *el Mugre* al velador
contoneándose y me dice:
—*Pa que veas que no soy*
tan chancla como os pensáis
tú y otros de ese tenor,
ahora mismo me han salido
dos corridas.—¿Cuántas?—¡Dos!
—¿Pero es verdaz?—Mira el préstamo.
—¿Y pa dónde?—Pa Almoróx.
—¿Vas de segundo?—¡De puntas
de París! ¡Qué primo!... ¡Voy
de faztomtum!—¿Y qué es eso?
—¿Qué va á ser?... ¡¡De diretor!!
—¿Quién, ese?... ¡Lo habrá soñao!
—¡He visto un *pápiro* yo,
de veinte duros!

—Pero, hombre...
¡qué va á matar ese hambrón,
si no se mata las liendres
porque le falta valor!
—¡Pues ahí tiés!

—¡Ni aunque bajara
y me lo dijera Dios!
—El hecho es que le pregunto:
—*¿Te dan la cuadrilla?—No.*
—Pues si no tiés compromiso
y nesecitas un peón,
te estimaré que me lleves,
porque ya ves cómo estoy
de atrasao.—¿Hacen tres duros?
—Si no das más, buenos son.
—No me gusta tu toreo,
pero te haré ese favor.
—¡Gracias!—Entonces el lunes
á las ocho en la estación
de Atocha. Lleva merienda,
porque no hay jámen si no.
—¡Qué guarro!
—¡Tratarme á mí
de esa forma un aguador
que le ha llevao los estoques
al *Itericia!*...
—¡Rediós!
¿Y por qué no le chafastes
las narices de un morrón?
—¡Porque no pué ser! Cuando uno

se ve aplanao como yo,
tié que meterse las ínsulas
en salva la parte, Eloy.
—¡Tú, que eres un infeliz!
—Repara en mi situación
y dime si no hay que ser
más bueno que un santo Job:
á mi pobre madre acaban
de hacerle la operación
de la güevariotomía.
—¿Y cómo sigue?
—Peor,
y pa remate de fiesta
la está abrasando el alcohol;
mi padre cumple pa fines
de Setiembre, salvo error,
los seis años y vendrá
con más hambre que un ladrón,
como de costumbre; luego
mi hermanilla la menor,
que entró, pa que la educaran,
en el Sagrao Corazón
de asistenta, se ha salido
ya hace tres semanas hoy,
y caerá en cama en diciendo

que cambie la luna. Pon,
además, que desde el Corpus,
que hice el Tancredo en Alcoy,
no he vuelto á ver dos pesetas
ni sé lo que es un Roscoff,
y di tú si de esta forma
pués tener orgullo.
—¡No!
—¡Qué duda!... Y como yo creo
que es tonto darse charol
cuando no tiés ni pa un triste
vaso de agua de limón,
me hice la cuenta siguiente
de seguida: pues, señor,
quince *tordas* que percibo
por lidiar en Almoróx
dos tardes y seis ó siete
que saque en la cuestación
de la plaza, si hay vergüenza,
son veintiuna ó veintidós;
rebaja de ahí medio duro
pa pagar la mantención
y el huespedaje, porque ahora
saben latín los gachós
de las posás y ni Cristo

se *pira* por un balcón,
y resulta que me quedan
prósimamente alredor
de cuatro duros; me compro
de seguida un cuarterón
de tabaco (papel tengo);
llego á mi casa; le doy
coba con un par de *moscos*
al que nos fía el arroz
y los *grabieles,* ecétera;
desempeño el cobertor
de esa, que está en siete reales,
más los réditos, que son
dieciséis; me guardo el resto
pa vicios, ¡y dominó!
—Bien pensao.
—Sí, pero aguarda
que me falta lo mejor.
Sastifecho en lo que cabe
(dao lo malo que está tóo),
le pido prestao *al Bringas*
un traje que tié, marrón
con plata, de cuando él era
banderillero; me voy
á pata dende el camino

de Maudes á la estación
del Mediodía, sudando
lo mismo que un aguador,
y llego y no veo al *Mugre*
ni al *Paperas* ni al *Magoy;*
entro en el andén, y nada;
miro vagón por vagón,
y tampoco; le pregunto
azarao al revisor
y al fosforero, y no sabe
ninguno darme razón;
me introduzco en el retrete
á fin de probarlo tóo,
y ni señales; en esto
dan las ocho en el reloj,
suena el silbato, la máquina
prencipia á soltar vapor,
se cierran las portezuelas,
sale de *naja* el convoy,
y yo, pensando en *el Mugre*
y en el zumo que mamó
de chico, y tragando bilis
y achicharrao de calor,
tuve que subirme á pata
dende la propia estación

del Mediodía al camino
de Maudes. En fin, Eloy,
pa acabar en dos palabras:
que aquel piazo de pendón
en vez de salir el lunes,
que era lo tratao, salió
el domingo, y que en lugar
de llevarse á un servidor
por delante pa quedar
diznamente, se llevó
al *Pijota*, que no sirve
ni pa sonarme, hoy por hoy.
¿Esiste la ofensa?
—Esiste.
—¿Y tú crees que debo yo
tragarme el paquete?
—¡Nunca!
—Pues que se ande ojo avizor,
porque si tié la desgracia
de venirse de Almoróx
sin una corná siquiera
de ocho dedos de espesor,
le voy á dar una trilla
de palos con el bastón
de ñudos, que va á pasarse

sin verle la cara al Sol,
direztamente, hasta el día
que gobierne Salmerón.
—Yo que tú le retiraba
el saludo, y se acabó.
—¿Qué?... ¡¡Primero me degüellan
que aguantarme ese borrón!!

LA CONTRATA

LA CONTRATA

—¿Se puede?
—Adelante.
—Pasa.
—Con permiso.
—¿Don Alfredo?
—Servidor.
—¡Niña, saluda!
—¡Buenas noches!
—¡Uy, qué genio
más soso! ¡Paece mentira
que te haiga llevao yo dentro!
—Qué desea usté?
—Pues miste:
tras de antiyer nos dijeron
que están ustés contratando

compañía pa este ivierno,
y como aquí, mi muchacha,
está dislocá con esto
del teatro, porque sabe
que tié condiciones pa ello,
pues la he cogido esta noche
y la he dicho:—*Ponte el velo*
y vamos á ver si puedes
contratarte.
—Pues lo siento
pero ha llegado usté tarde,
porque el coro está completo.
—¡Ay, qué gracia! ¡Pero usté
puede que se haiga supuesto
que esta acaba de dejar
ahora mismo el fregadero,
como otras, pa que la saquen
á las tablas cuasi en cueros
por tres pesetas! ¿De dónde?...
—¡Vámonos, mamá!
—¡No quiero!
Mi hija, pa que usté se entere,
tié muchísmo más talento
que algunas triples que ganan
catorce duros de sueldo.

¡Sí, señor! ¡Y si la chica
fuese una golfa y quisiéramos
podía estar en Romea
de *disvet*, porque tenemos
quien la meta en cuanto que abra
la boca! ¡Ni más ni menos!
¡Pero no me da la gana!
¿Sabe usté? Porque primero
la pongo á vender periódicos
ú á hacer palillos de enebro
que verla allí, siendo el hazme
de reir de cuatro frescos,
capaces de avergonzar
á un cura de regimiento
con sus dichos. Porque, miste:
lo que es pobres lo seremos,
¡pero honrás!... ahí está vivo
el señor Paso, que creo
que es una persona seria
y formal por tóos concetos,
y cuando quiera que diga
si es que le ha visto ná feo
á mi chica ó si yo soy
de las que echan ajos.
—Bueno;

al asunto.
—Es que las hay
que paecen carabineros
cuando hablan, como la madre
de la Ruiz, sin ir más lejos.
Aunque en esa no es extraño
que hable así pa los que la hemos
conocido cuando estaba
pa casarse, ¡que por cierto
no se casó!
—Bien; de modo
que usté ¿qué quiere?
—Pues quiero
que contrate usté á la niña
de segunda. Lo de menos,
ahora al prencipio, es que ustés
la señalen uno ú medio
de jornal, con tal de que haga
papeles, porque mi ojecto
es que acabe de perder
la vergüenza.
—¡Muy bien hecho!
—Y respetive al trabajo,
no tenga usté ningún miedo,
porque no es que á mí me ciegue

la pasión, pero le azvierto
que si mi hija se contrata,
y tié usté capricho en ello,
igual sale con *Marina*
que sale con *El conejo*
automático, porque esta
conoce ya tóos los géneros.
—¿Pero ha trabajado?
—¡Toma!
Como que está desde Enero
metida en *La bambalina*,
una sociedaz que han hecho
pa funcionar los domingos
varios chicos del comercio,
y aunque no lo representa
ya ha estrenao en ná de tiempo
dos ú tres cosas; lo cual
que si no es por su salero
pueda ser que las hubiesen
meneao.
—¡Caramba!
—Y luego,
que esta se lo hace á usté tóo:
lo mismo canta *El cangrejo*,
que se baila un *cake vale*

ú que hace papeles serios.
—¡Caray, pues es un estuche!
—Eso tocante á su mérito,
porque respetive á formas
pregunte usté á los Quinteros,
que la han visto en el salón
de Zorrilla hacer de Venus;
lo cual que pensando que eran
las caderas de relleno
la palparon por encima
y se quedaron suspensos;
porque á esta la ve usté así
que paece que está en los huesos,
pero tié en salva la parte
cá molla que mete miedo.
¡Toque usté!
—No; ya se advierte.
—¡Vamos, haga usté el osequio!
¡Ven niña!
—¡Sí que está dura!
—¿Verdá que engaña su aspezto?
—Sí, señora.
—Pues lo mismo
la sucede con el genio;
la tié usté aquí tan cobarde

que no mira mas que al suelo,
¡y hay que ver cómo se mueve
en las tablas!... Por supuesto,
que ha sido cuasi un milagro
de Dios, porque lo que menos
nos figurábamos nadie
es que esta tuviese aliento
pa lo que es; pero una noche
que fuimos á los Viveros,
el año pasao, con Suárez,
un condutor de Correos
que teníamos de huéspede,
más que por ná por aquello
de que está tóo por las nubes
y no queda más remedio
que ayudarse, y además
porque nos daba respeto
de vivir solas, y un hombre
paece así que llena un hueco
en una casa.
—Pues claro.
—¡Mamá, que este caballero
tendrá que hacer!
—Es lo mismo.
—¡De seguida acabo! Bueno;

pues el asunto es que Suárez
se arrancó por unos *tientos*,
porque aunque es de Palanquinos
le gusta mucho el flamenco,
y mi chica, que á la cuenta
hizo una miaja de exceso
en la bebida y estaba,
como aquel que dice, pa ello,
se entusiasmó con el cante,
y de repente notemos
que se la salía un chorro
de voz que ni la Barrientos.
Con que entonces, un señor
que nos tié la mar de aprecio
y que va á casa por gusto
muchos días, al saberlo,
después de probarla el timbre
con un acordeón, me acuerdo
que me dijo:—*¡Señá Odulia:*
tié usté en su casa un jilguero,
y es un crimen que la chica
siga forrando chalecos
pudiendo hacerse una Lerma
y echarse á robar dinero!
En total: que de seguida

la quitó del aperreo
del trabajo; la hizo ropa;
la puso con un maestro;
nos tomó un cuarto decente,
y á la niña me la ha puesto
en condiciones pa hacer
la carrera en ná de tiempo.
—¡Muy bien!
                    —Pues usté dirá.
—El caso es que ya tenemos
mucha gente y no es posible
recargar el presupuesto.
—No; ¡si esta viene de gratis!
Usté la prueba, y si vemos
que la chica no da gusto
ná se ha perdido por eso.
—¡Conformes!
                    —Pero ahora sí,
que si usté se toma empeño
de verdá por la muchacha
y la echa una mano, dentro
de un mes gana cinco duros,
y me corto yo el pescuezo
como no se ponga encima
de todas.

—Ya lo veremos.
—¡Pa chasco!
—Diga las señas.
—Ponga usté: Pura Caldeiro
y Paniagua. Domecilio:
travesía del Almendro,
decisiete y decinueve,
piso bajo. (Hay entresuelo.)
—Se avisará.
—Que no vayan
de noche, porque queremos
volver á ver *La cachunda*
por si se hace aquí.
—No creo...
pero en fin...
—¡Ya verá usté
cómo acabamos en eso!

POLÍTICA INTERIOR

POLÍTICA INTERIOR

Á mí dime lo que quieras
porque te conozco ya
y sé ande llegan tus cosas
y estoy hecho á tus burrás;
pero si estimas en algo
nuestra cochina amistaz,
no me toques á La Cierva,
ni como particular
ni como menistro, ¿sabes?
porque salimos muy mal.
Y coste que te lo azvierto
con toda formalidaz,
pa que no te hagas de nuevas
si te ves por un casual
con morragia.

—Pero escucha:
¿es que me voy á privar
de decir lo que me salga
del criterio?
—¡Natural
que te privas!
—¿De manera
que no puedo creticar
los aztos de un hombre público
que es inezto?
—¡Tú verás!
—¡Ah! ¿De forma que me empides
decir que es un animal,
supongamos?
—¡Ya lo creo!
—Bueno; pero eso será
suplicao...
—¡Eso es que á mí
me se ha puesto en el frontal
el que te ocultes la lengua
salva la parte y ná más!
De modo que menos gaitas.
—¡Está bien!
—¡Claro que está!
¡Y como hagas la *reprise*

de esa grosería que has
pronunciao, vuelves á casa
con la nariz como un flán!

. . . .

Si tú tuvieras prencipios
y coltura pa entablar
una discursión dejando
quietas las patas de atrás,
santo y bueno; pero tú
¿qué vas á raciocinar,
si tiés moyuelo ande el vulgo
tié la masa celebral?
—¿Pues sabes lo que te digo?
Que como yo puedo hablar
de tóo lo que me se antoje
con entera libertaz,
porque pa eso pago cédula
y soy un sér racional,
y como no me se importa
salir contigo á trompás,
porque si tú tiés lo tuyo
lo mío á la vista está,
diré tóo lo que me salga
respetive de don Juan
La Cierva, y si no te gusta

nos calentamos, y en paz.
—¡Pero so tocino! ¿Tú
qué le vas á creticar
á La Cierva?
—¡Muchas cosas!
—¿Tú?
—¡Sí, señor! ¿Es legal
que porque quiera un menistro
me prive yo de tomar
dos copas á la una y media,
si es que me cumple? ¿No dan
ganas de aflojarse el cinto
y hacer una muy soná
al ver que después de hincarla
al pie de las barricás
nuestros padres, pa dejarnos
tanto así de libertaz,
tenga yo que dirme al catre
porque lo diga un morral
(y dispensa) poco menos
que anochecido? ¿Es que va
también La Cierva á decirme
á qué hora puedo entimar
con mi señora? ¡Porque es
lo único que falta ya!

¿Te crées que estamos en Rusia
y que es La Cierva un *Cazar*,
pa que nos trate lo mismo
que estitutrices? ¿O vas
á pensarte que este cura,
y te hablo en particular,
va á permitir el que le holle
como á Sánchez Toca?... ¡¡Quiá!!
¡Compadre, no le ha brotao
poco fuerte la moral
al amigo! Pues cuando él
prencipiaba á pollear
á su gusto, y se veía
con guita y en libertaz,
tú mismo me has dicho á mí
que era un punto regular.
—¿Y qué importa, si aztualmente,
que ha estudiao la sociedaz
y tié seso, retifica?
—Cuando va pa viejo ya
y se dobla.
—¡Cuando ha visto
que es la ocasión! Además;
que él haiga sido de joven
esto ú lo de más allá,

y le haigan privao las hembras,
y le haiga gustao tallar
entre amigos uno ú medio
al monte ú al *bacarráz*;
que haiga disfrutao bebiéndose
dos botellas de *champán*
con esta ú la otra, según
lo esige la poca edaz
y el seso, ¿habrá ni uno sólo
que se atreva á levantar
el dedo pa creticárselo?
—¡Yo!
—¿Tú? ¡Si tú eres igual!
¿No gozas tú con el vino
y no te gusta pescar
cá *trúpita* que te quedas
moribundo?
—Sí es verdá
que me gusta.
—¿No te olvidas
por si acaso, de que estás
recién casao cuando topas
con una *gachí* juncal,
de esas de ojos pendencieros
que desnudan al mirar?

—¡Claro que sí!
—¿No disfrutas
cuando le fallas el as
de oros á uno, mas que tengas
con él mucha entimidaz,
y no te juegas el bazo
y empeñas el paladar
en cuanto ves una sota
boca arriba?
—¡Natural!
—Y sabiendo los trastornos
que ocasiona en el hogar
el que un padre de familia
tire al arroyo el jornal,
¿no permites que te chupen
cuatro golfas lo que estás
obligao á reservarte
pa tu señora legal?
—Sí; pero es que ciertas cosas
no se pueden evitar.
—Está bien, y ya conoces
que no me guía el afán
de elevarme, porque á mí
me han chupao como al que más;
¿pero es que porque tú tengas

hoy esa debilidaz,
hija de los pocos años
y del mal ejemplo, vas
á consentir, cuando llegues
á poder reflesionar,
el que tus hijos te copien
las macas?
—No.
—No, ¿verdá?
Pues á eso tiende el menistro
que nos ocupa: á cortar
de cuajo las corruztelas,
y á meterles la moral
en el cuerpo á nuestros hijos,
y á que entre la sociedaz
por ande han entrao ya todas
las que están cevilizás.
Y respezto á lo que dices
de que no puedes soplar
ni una gota en cuanto suena
la una de la madrugá,
¿tiés mas que dir al colegio
de Pepa *la del Melar*
ú al taller de *la Gordales*
ú á casa de la Coral?

—Es que esas no son tabernas.
—¿Pero á ti que más te da,
si allí te despachan vino
con agrado y además
tien servicio permanente,
como en el *The Funeral?*
¿Tú te crées que á él se le escapa?...
¡Lo mismo que pa jugar!
¿Te han clausurao las tertulias
y te privan del solaz?
¡Pues, rediéz, veste al Casino,
que bien en el centro está!
—No son de mi clase.
—¡Toma!
¿Y de eso le vas á echar
la culpa á La Cierva?... ¡Tóo
no lo pué preveer!
—Total:
¡que estamos en Jauja!
—Y eso
que acaba de prencipiar,
que cuando al hombre le den
tiempo y mimbres, ¡tú verás!
Como que pa mí es el tío
más grande que come pan.

—¡Y pa mí!
—Tóo se le junta:
tié simpatía.
—¡La mar!
—Y se hace querer.
—¡Muchísmo!
—Y es noblote.
—¡Y servicial!
—Como que aunque no te guste,
aquí tiés que confesar
que es un talento.
—¡De Mula!
—¡Y de Madriz!
—¡Quita gas!
—¡Ah!, ¿no te gusta?
—¡Ni un pelo!
—¡Pues pa rato tiés percal!
—¡Primero me meto á *unuco*
que dejarme gobernar
por un pizmeo como ese!
—¡Rediós!; ¿pero qué quedrán?...

EL TERRIBLE PÉREZ

EL TERRIBLE PÉREZ

—¿Se pué pasar?

—¡Tóo derecho!

—Con permiso.

—¡Concho, Féliz!

—Pa servirte.

—¿De ande sales?

—Chiquillo, pues de ande siempre; de por ahí.

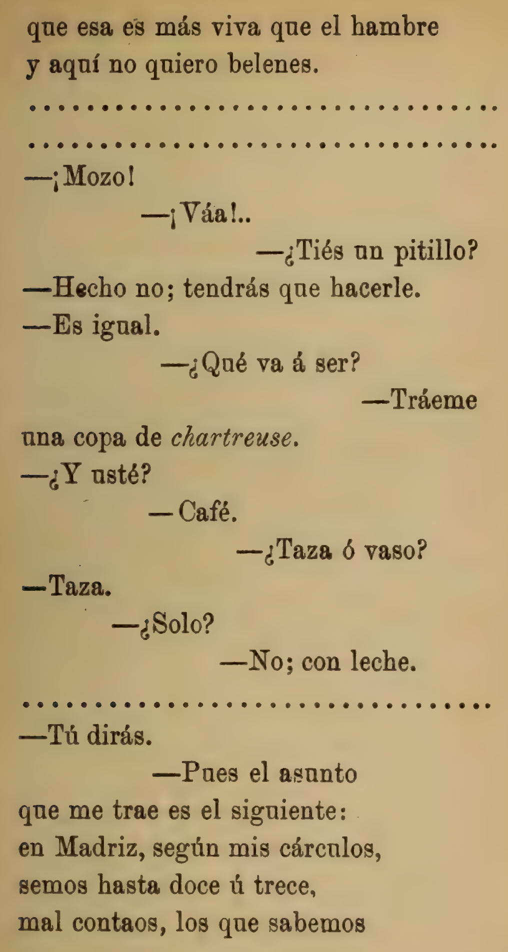
—¡Dichosos ojos! ¡Chavó, qué caro te vendes!

—Mi tráfico.

—¡Vamos, hombre, coge una banqueta y siéntate!

—Como quieras.

—¿Y á qué debo
la satisfación de verte?
—Pues hombre, á ná; que he venido
con unas muestras de aceite
refinao, ahí á la tienda
de ultramarinos de enfrente,
y al salir me acordé y dije:
Voy á entrar á darle á Teles
una sospresa.
—Bien, hombre;
sabes que te se agradece.
—Me costa. Y ya que he venido
quiero también que te enteres
de una cuestión que te afezta
como á mí direztamente.
—¿De qué es la cuestión?
—De faldas.
—Pues pa que no se cabrée
más entoavía la Antonia,
que va á subir de la fuente,
coge el *frégoli* y arrea
pa el café de los Mostenses,
que te convido.
—¡Pero oye!
—Tira pa alante y no ojetes,



que esa es más viva que el hambre
y aquí no quiero belenes.

....

....

—¡Mozo!
—¡Váa!..
—¿Tiés un pitillo?
—Hecho no; tendrás que hacerle.
—Es igual.
—¿Qué va á ser?
—Tráeme
una copa de *chartreuse.*
—¿Y usté?
—Café.
—¿Taza ó vaso?
—Taza.
—¿Solo?
—No; con leche.

....

—Tú dirás.
—Pues el asunto
que me trae es el siguiente:
en Madriz, según mis cárculos,
semos hasta doce ú trece,
mal contaos, los que sabemos

atontar á las mujeres,
los unos por la pletóra
de físico que poséen,
como eres tú...
—Te se dan
las gracias.
—No se merecen,
y el resto (en el que me encluyo
con permiso)...
—Tú lo tienes.
—Por la soltura de lengua
y por otros alicientes
que de tan sabidos no hace
falta que te los numere.
¿Estamos ó no conformes?
—¡Hasta la cepa!
—Corriente.
Pues cavilando yo en esto
y en que el llamao seso fuerte
va volviendo las espaldas
á su historia...
—¡Me parece!
—Y envirtiendo sus costumbres,
sus gustos y sus quehaceres
de una forma que, hoy en día,

ya has visto que si no fuese
por los pelos de la cara
ni tú sabrías lo que eres,
he pensao fundar, contando
contigo, naturalmente,
una sociedaz que tienda
al monopolio perezne
de la mujer.
—No te entiendo
del tóo.
—¿Tú has visto *La alegre*
trompetería en Eslava?
—Lo menos cinco ú seis veces.
—¿Y tú te has empapao bien
del argumento?
—¡Miá tú este!...
La prímer vez ya sale unó
empapao.
—Perfeztamente.
¡Pues ahí tiés mi móvil!
—Vamos,
tú quiés hacer una especie
de sociedaz sicalíztica.
—Y hasta patriótica, *Teles*,
porque además de servirnos

de solaz prencipalmente,
como es lógico, de paso
yo tiro á que se perpétue
la raza, porque te azvierto
que siguiendo las corrientes
por ande van no nos queda
ni la cicatriz.
—Contestes.
—Y tan es así la cosa
que en seguida que se aprueben
los estatutos y estemos
costituídos legalmente
pienso dirigirme á Maura
de *motur propio*, esigiéndole
que nos señale el gobierno
la survención hache ú equis.
¿Te peta el negocio?
—¡Mucho!
—Me alegro de que te pete.
—¿Y cómo llevas la cosa?
—Pues prencipié á hablar el jueves
del asunto, y en dos días
que llevo dándole al dengue
se han azderido á la idea:
Exuperio el de la *Celes*,

el Butifarrón, Miajitas,
Chichacorta y *el Casoesque.*
—Que son cinco.
—Cinco, y seis
contigo y conmigo siete.
Sin contar conque *el Gandumbas,*
Mochales y *el Peleméle*
se iscriben de coronilla
de seguida que se enteren.
—De acuerdo.
—Vamos entonces
á estudiar muy seriamente
las contras que tié el proyezto,
porque las tié, y no conviene
el obrar á la ligera
en un negocio como éste.
Primero: nos hace falta
un local independiente
que nos sirva pa fallar
los asuntos que se tercien,
porque sin este elemento
claro es que desaparece
el prencipal ozjetivo
de la idea que nos mueve.
—Lo encuentro muy bien.

—Segundo:
hay que azquirir los enseres
y utensilios necesarios
pa que esté aquello decente,
como son: algunas sillas,
una mesa con tapete,
tres ú cuatro batidores,
un par de *longues* con muelles,
de yute, un palanganero,
cétera.
—¡Qué duda tiene!
—Tercero: es endispensable
buscar, cueste lo que cueste,
una individua de peso
y que sepa más que *Lepe*
pa que se encargue del polvo
del mobilario y se entere
del estao y circustancias
de las señoras que apenquen,
así como del carázter
y fuerza de sus parientes
más próximos pa evitarnos
el que nos casquen la liendre.
—¡Qué han de cascar!
—Tóo es posible.

—¡Eso será el que se deje!
—Ya lo sé.
                    —¿No tiés tú manos?
—¡Tóo hay que precaverlo, *Teles!*
Cuarto y último: la cuota
que ha de abonar tóos los meses
el asociao será un duro
por cabeza.
                    —Me parecen
muchos duros.
                    —Doce al año
se pagan sin que te enteres.
—Pero como es cuasi fijo,
por lo dicho anteriormente,
que no se cubran los gastos
ningún mes, cuando haiga défici
haremos una derrama
al prorrate.
                    —Me parece
muy equitativo.
                    —Entonces
sólo me falta que hacerte
dos ligeras salvedades
á cuala de ella más breve.
—Venga de ahí.

—La una es que quiero,
si no existe inconveniente,
que la sociedaz se llame
«El Cluz del Terrible Pérez».
—Por mí bien está.
—Y es la otra
que me he nombrao presidente
nato pa mientras sursista
dicho cluz, porque comprende
que algo se le tié que dar
al autor.
—Disiento, Féliz.
—Razones.
—Esisten varias:
la primera es que eso debe
conferírsele al que junte
más votos, porque tóos tienen
igual derecho.
—¡El primer
derecho que allí se ostente
será el mío!
—No lo dudo,
aunque eso tendrá que verse.
Pero además, ¿cómo concho
vas á ser tú presidente

de un cluz, ande el que presida
tié que ser como una especie
de cimbel, pa que se atonten
al mirarle las mujeres,
si eres más negro que el guano,
y llevas costra en los dientes,
y gastas unas narices
que paeces un *fosterriere?*
—¡No me lo ha dicho eso nadie!
—¡Pues yo te lo digo, Féliz,
aunque sepa que me cuesta
tu amistaz, si á mano viene!
¿Tú crées que con engrasarte
la crín y con pisar fuerte
y con ir de arriba abajo
desde el Suizo á la Cibeles
te basta pa que las hembras
la diñen? Las hembras quieren
que el hombre se traiga hechuras
de tal y que las camele
con labia ó con simpatía,
y como tú estás asperges
de tóos estos requisitos
y además eres un *menflis*
que preparas el terreno

pa que el nuncio se aproveche,
dispensa que te haga un feo,
pero conmigo no cuentes
porque yo ya sé andar solo
y no nesecito intrépete.
—¿De modo que no cooperas?
—¿Quién, yo? No tan solamente
no coopero, sino que ahora
vas á pagar mi *chartreuse*,
pa que otra vez no me vengas
con gaitas.
—¡Pué que te pese!
—¡Sí que es fácil!
—Por de pronto
yo fundo «El Terrible Pérez»,
lo mismo me da contigo
que sin ti.
—Que te aproveche.
—Y como conozco el mundo
tanto como á las mujeres
y sé que has de ver muy pronto
los resultaos de relieve,
me matan ó retificas
el conceto en que me tienes.
—¡Ca!

—Si no al tiempo.
—Aunque vuelvas
á nacer catorce veces,
tú seguirás siendo tonto
hasta después que te entierren.

EL DOS DE MAYO

EL DOS DE MAYO

Aunque excite la neurosis
de esta juventud dorada
que usa bucles y toquilla
y lleva el sexo á la zaga,
yo, que estoy por mi fortuna
chapado á la antigua usanza
y soy madrileño puro
y español hasta las cachas,
al celebrar este día
de grandeza soberana
quiero levantar mi vaso
lleno del burdo *garnacha*
de mi tierra, como cumple
á gentes de tal prosapia,
en honor de los humildes

que dieron su sangre brava
para defender el suelo
sacrosanto de la patria.
¡Brindo, pues, por los granujas
que á través de las piltrafas
gloriosas de sus pingajos,
pusieron á las miradas
de Europa los vigorosos
atributos de la raza!
¡Gloria á la maja bravía
que á mordiscos y á pedradas
supo abatir el orgullo
de los dragones de Francia!
¡Gloria al pujante chispero
que apagó con su navaja
los trágicos estampidos
del obús y la bombarda,
y al manolo corajudo
que en lucha sublime y bárbara
opuso al fusil guerrero
el mástil de su guitarra!
Reposen en paz los hijos
insignes de aquella España,
asombro del mundo entero
y orgullo de nuestra casta,

cubiertos por los jirones
del pabellón de la patria
que sublimaron las huellas
de la sangre y la metralla,
y no teman que interrumpan
su sueño de eterna calma,
los gritos del patriotismo
ni el fragor de la batalla.

. . . .

Como al correr de los años
sufren las cosas mudanza
y evolucionan los hombres
y las ideas se cambian,
trocáronse al propio tiempo
con el traje las agallas
y el majo se tornó chulo
y se hizo *golfa* la maja.
Y á tal altura llegaron
en este siglo de gracia
los arrestos varoniles
y el decoro de la raza,
que sobre las propias tumbas
donde los restos descansan
de Daoiz y de Velarde,
de Ruiz y de Malasaña,

rindiendo culto al buen tono,
y sin permiso del guarda,
hoy los manes de Loyola
y Epicuro se solazan.

. . . .

Bien sé yo que cuando lean
estas reflexiones rancias
muchos barbilindos cultos
de gabán con sobrefalda,
entre ironías sutiles
y punzantes epigramas
en la intimidad del sexo
me pondrán hecho una lástima;
pero como el tiempo es oro
y ocupaciones más altas
mis preferencias exigen
y mi actividad reclaman,
confiero al *Pucheta* clásico
las facultades más amplias
para que les dé, en mi nombre,
contestación adecuada.

ÍNDICE

LOS HIJOS DE MADRID

OBRAS DEL AUTOR

Migajas, colección de diálogos (2.ª edic.)
Los barrios bajos, ídem íd. (6.ª edic.)
Los madriles, idem id. (3.ª edic.)
Chulaperías, ídem íd. (2.ª edic.)
Gente de tufos, idem id.
La gente del pueblo, ídem íd.
Los hijos de Madrid, ídem íd.

TEATRALES

La calle de Toledo.
¡Véase la clase!
Chismes y cuentos.
La clase baja.
El cabo Baqueta (3.ª edic.)
Los Descamisados (5.ª edic.)
Los Inocentes.
El coche correo.
Las Bravías (4.ª edic.)
La Revoltosa (14.ª edic.)
La Chavala (3.ª edic.)
Los tres millones.
Los Arrastraos.
El Gatito negro.
Instantáneas (2.ª edic.)
Los buenos mozos (2.ª edic.)
El Barquillero (10.ª edic.)
El siglo XIX.
El capote de paseo.
La Tremenda (3.ª edic.)
El Puesto de Flores (3.ª edic.)
La Parranda.
La Chica del maestro (2.ª edic.)
El Ciego de Buenavista.
La Borracha (2.ª edic.)
Zarzamora.
El alma del Pueblo (3.ª edic.)
Mariposas blancas.
El noble amigo (2.ª edic.)
Sangre moza (3.ª edic.)
El Gallo de la Pasión (2.ª edic.)
El Estudiante (2.ª edic.)
¡Apaga y vámonos! (3.ª edic.)
La vuelta de presidio.
Ninfas y sátiros (2.ª edic.)

J. LÓPEZ SILVA

Los Hijos de Madrid

PRÓLOGO

DE

D. Manuel Bueno

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15
1910

MADRID, 1910.—Imprenta Española, calle del Olivar, núm. 8

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Pepe López Silva, el poeta popular que más de veras admiro, quiere que mi nombre vaya en la vanguardia de este libro. Defiriendo á su cariñoso requerimiento, llevo, como dice la gente del pueblo, las de ganar, porque el lector culto verá en estas páginas una alianza «inter pares» perspectiva que no deja de honrarme, y el gran público adicto al regocijado vate se enterará, por lo menos, de mi existencia.

López Silva no tiene precursores en nuestra literatura. Es personal, autónomo y de nuestro tiempo. Á ratos su realismo crudo y socarrón nos hace volver los ojos hacia Lope de Rueda, y más de una vez el nombre del ilustre poeta madrileño y el de don Ra-

món de la Cruz suscitan conjuntamente el mismo recuerdo de gracia castiza y de desenfado satírico; pero, sería difícil abonar con textos claros y rotundos, aquella presunción de parentesco literario. López Silva es lo que ahora llamamos, usurpando palabras del vocabularío pictórico, un costumbrista. Su escuela es el natural y sus instrumentos de trabajo la mirada y el oído. Estas obras del ingenioso poeta, intensamente humanas, carecen de toda adherencia libresca.

La cultura, peldaño necesario para subir á la crítica, embaraza el vuelo de los temperamentos creadores. ¿Qué antecedentes literarios son visibles en esos pintorescos cuadros populares del ilustre sainetero?

El fiscal más avisado no podría reconocer en ellos el indicio de un precursor ó la huella de una imitación. López Silva, por su dilatada convivencia con el pueblo, ha penetrado hasta en sus redaños espirituales. No hay aspecto de la vida humilde de la urbe madrileña que le sea ajeno.

En las páginas del festivo escritor se transparenta lo que hace el pueblo en las horas del amor, cuando se casa, cuando lleva sus hijos á bautizar, cuando discute de política, cuando amenaza y cuando pelea, y, en general, en todos aquellos momentos de agitación íntima en que impone su varia y pintoresca personalidad. El poeta nos lo retrata sin artificio, á la cruda luz del ambiente en que vive.

Andando el tiempo, con los cuadros dispersos de López Silva se podrá reconstituir la historia familiar del pueblo madrileño á partir de la segunda mitad del siglo décimonono hasta el primer tercio del vigésimo. Lo anormal del vivir de un pueblo son sus exaltaciones guerreras y á reproducirlas y comentarlas es cabalmente á lo que se ha aplicado el historiador, con grave quebranto de la verdad.

Lo que importa es la entraña de la muchedumbre, lo íntimo de sus sentimientos y de sus irrupciones pasionales, que suelen estar

casi siempre asociadas con una tenue bruma cómica que contados escritores advierten.

López Silva no sólo ha recogido eso, que viene á ser como el fondo psicológico del pueblo, sino que ha logrado la fortuna de hacer ostensibles sus gestos y sus muecas. En este sentido tiene la pluma del poeta la viveza de colorido del pincel de Goya.

En la galería de López Silva están presentes todos los ejemplares de la fauna popular: el holgazán dicharachero que se procura el pan á fuerza de locuacidad; el perdonavidas, que lo defiende con ademanes heroicos que jamás alcanzan la garantía de las obras; el tenorio de blusa y alpargata que triunfa de la flaqueza de las mujeres, encendiendo oportunamente cuatro colillas poéticas recogidas en Novedades ó en el Liceo Ríus; el chulapo sentimental, más cándido que malo en el fondo; el agitador de masas que se gana la pitanza soliviantando á sus amigos en la taberna; el aficionado á los toros; el filósofo que nos espeta los más graciosos disparates con la sufi-

ciencia de un catedrático de la universidad de Oviedo; la menestrala honrada que lo sufre todo por su hombre; la chispera que domina con astucia á su marido ó á su amante; la hembra que vive en la ignominia social sin haberse enterado de su propia caída; la madre honesta y metódica; la barragana y la golfa; todas las variedades masculinas y femeninas del pueblo madrileño desfilan ante nuestros ojos, y á hombres y mujeres los vemos vivir sin que ellos nos recaten su ingenua amoralidad y su desdén de los usos y los convencionalismos á que ajusta sus pasos la clase media.

Hay en los cuadros de López Silva otro poderoso incentivo de gracia; el vocabulario. Los tales seres se expresan con un desgaire tan pintoresco y tan disparatado, dentro de lo real, que el lector no puede reprimir la risa. Sus tropos, comparaciones é hipérboles son de un ingenio desconcertante.

¿Llegará la Academia Española á anexionarse algún día esas frases y esos giros que

nuestro poeta ha recogido del decir popular? Probablemente, no. Lo más verosímil es que, andando el tiempo, un filólogo ocioso los reclute y los agrupe en un libro que el público contemporáneo suyo leerá entre asombrado y divertido. No todas esas voces intencionadas y festivas de los diálogos de López Silva, proceden, sin embargo, de la corriente verbal popular. Muchas son de la inventiva del poeta. Entre él y el público se ha establecido un intercambio de frases tan activo que sería difícil la restitución equitativa de voces entre una y otra parte.

* * *

Leyendo las páginas de López Silva se echa de ver que no ha recogido los aspectos sentimentales del bajo pueblo madrileño.

Yo me he preguntado más de una vez si esa restricción que impone el poeta á su musa es deliberada, porque desdeñe las lágrimas ó inconsciente porque no crea en la ternura

popular. Esa omisión de todo elemento elegíaco en la novela, el teatro y la poesía españolas tiene precedentes gloriosos.

En la literatura clásica el pueblo no llora nunca, como si sus penas secretas no tuviesen derecho á exteriorizarse. El sufrimiento se recata altivamente, obedeciendo á un ingénito estoicismo, y sólo la risa, la burleta y el buen humor asoman á los labios de la muchedumbre pobre. Aun el rico, el hidalgo, el señor se duele de sus desdichas, contrariedades y sobresaltos con tal pompa retórica, con tal énfasis que dudamos de la sinceridad de sus penas.

Fuera del Quijote, que es un libro amargo en el fondo, ¿qué novela ó qué drama castellanos han sacado lágrimas de nuestros ojos ó promovido nuestra compasión hacia un personaje cualquiera?

Aun en la obra de Cervantes el dolor anda tan desleído en la ironía y se ostenta con tan viril reserva, que casi no repercute en nuestra sensibilidad.

Hay zumo cordial, lágrimas, en la literatura que nos vino de Provenza, en las poesías árabes y gallegas, en los cantos vascos. Castilla no llora nunca ni en el teatro, ni en la novela, ni al través de sus poetas. Del Quijote se desprende una melancolía filosófica y trascendental que nos sugiere una visión pesimista de los hombres, pero, esa melancolía es inasequible para el vulgo, que no verá nunca en la gran novela de Cervantes más que un tema de recreo y de risa.

El mismo Lope de Vega, el más humano de nuestros dramaturgos del siglo de oro, cuando quiere vaciar el costal de sus íntimas cuitas, escribe la *Dorotea,* comedia sobre la que se cierne la suave y austera tristeza de Marco Aurelio.

Casi puede aventurarse el comentarista á sostener que en toda la literatura castellana no hay lágrimas, tal vez porque el pueblo no sepa llorar.

La misma unción sentimental de los escritores místicos españoles carece de fondo ele-

gíaco, noblemente humano. Por eso yo dudo de que las páginas de Fray Luis de Granada ó el padre Alejo Venegas, aproximen al lector á Dios por el camino de la compasión. Aquella literatura es tan fría como la de los poetas y escritores profanos.

¿Cómo ha de sorprendernos, pues, de que López Silva excluya las lágrimas de sus cuadros populares? En esto el ilustre poeta madrileño muéstrase dócil al espíritu de la raza que es duro, estoico y socarrón.

Para buscarle á López Silva empalmes literarios con el pasado, es menester internarse en Lope de Rueda, en la novela picaresca y en don Ramón de la Cruz.

No se trata de definir á los precursores del sainetero madrileño; empresa que considero arbitraria porque ningún texto viejo nos autoriza á ello plenamente, sino de descubrir en las remotas páginas del glorioso batihoja y en las más cercanas del autor de *El Muñuelo* indicios de parentesco intelectual con López Silva.

Los tipos de extracción popular que nos dan á conocer Rueda, D. Ramón de la Cruz y el insigne autor de las *Chulaperías* tienen entre sí un cierto aire de familia. ¿Verdad? La ética á que ajustan sus actos es la misma: son holgazanes, propensos al parasitismo y matones sin efectividad heroica: en suma, proceden de la misma Hampa. Lo que los diferencia es la fraseología, y á que cada época ha impuesto al idioma popular su nota pintoresca en los giros, en las hipérboles y en las exclamaciones satíricas.

Véase, pues, por donde López Silva, sin dejar de ser un poeta singular, continúa toda una tradición literaria, la más castiza y acaso la única permanente de nuestra raza.

Si fuera posible hacer el balance de las virtudes y flaquezas de nuestro pueblo, tal vez llegásemos á la conclusión de que los hidalgos y los héroes están hoy en minoría, al paso que los pícaros se multiplican.

Manuel Bueno

¡Pobre mártir!

¡Pobre mártir!

—Es que cuando el sino dice
que ties que hacerte la pascua
no vale que tú te emperres
en llevarle la contraria
ni sirve que te conduzgas
como el Catecismo manda.
—Ya lo sé.
—Tú me conoces
cuasi desde que gastaba
talega, y por consiguiente
te costa que si hace falta
puedo apostar á conduta
con el lucero del alba.
¿Exagero?
—No exageras.
Lo sabe too el que te trata.
—Por eso me jazto.
—Y haces

perfetamente.
—Pues nada;
lo que es el cochino mundo:
yo, que si aquí se premiara
la virtuz tendría un carro
de díplomas y medallas;
yo, que antes de que la gente
me ponga la menor tacha
tengo tripas y vergüenza
pa darme un tajo en la tráquia,
ya estás viendo de qué forma
me persigue la desgracia
desde que perdí pa siempre
á la Refugio (¡Dios la haiga
perdonao!), va á hacer dos años
y medio pasao mañana.
—¡Qué mujer perdistes, chico!...
—¡De lo que no se encorambra!
Tú la tratastes.
—A fondo.
Antes de que sos casarais.
—Tanto como yo.
—¡Lo menos!
—¿Y era dócil?
—¡Una malva!
—¿Y decente?
—¡No me digas!...

¡¡El *nó pus!!*
—¿Pues y cristiana?
—¡Mucho!
—¡Cuántas veces la hice
de saltársele las lágrimas
á golpes por irse á misa
y dejarme hecho una cuadra
el cuarto!
—¡Así estaba el cura
de chocho!
—Mia tú si estaba,
que si ella no iba á la iglesia
se venía él á mi casa,
porque sabía que diendo
la pobrecilla gozaba
lo indecible.
—Como que era
materialmente una santa.
—¡Pobre Refugio!...
—No llores.
—¡Si es que me se parte el alma!
—Pues ten valor.
—¡¡Angel mío!!
Ella, tú que la tratabas,
sería cuando soltera
lo que le diera la gana,
porque al fin los pocos años

disculpan too lo que se haga,
pero lo que es desde el día
que fuimos juntos al ara
hasta expirar, nadie pudo
cogerla en la menor falta.
¿Es esto verdá?
—¡Qué duda!
Algo sí que le afeaba
el beber de la manera
que bebía.
—¡Pero rara
era la vez que tuviese
la infeliz que guardar cama!
—¡Eso en jamás!
—¿Hay alguno
que la haiga visto borracha
casualmente, en el sentido
direzto de la palabra?...
—¡No!
—Y además, si tenía
la botella de Cazalla
siempre en vigor, ¿no es sabido
por toos que es que la obligaba
la cumulación de gases,
que así creo que le llaman
al flato, téznicamente,
los médicos?

—Sí.
—¡Pues basta!
—No te enfades.
—No me enfado.
¡Es que no quiero que caiga
ningún borrón en el nombre
de aquella mártir!
—¡Qué lástima
que no te haiga dao un hijo,
pa que te la recordara!
—Ese sería mi orgullo,
pero después de casada
no tuvo familia.
—Ni antes.
—¡Y cuidao que ha tomao aguas
y que ha probao cosas!...
—Es
que tendría refrataria
la naturaleza.
—Bueno,
pues á lo que iba: no basta,
se conoce, con que el hado
haiga sumido mi casa
en el dolor, ni con darme
esta enfermedaz cutania,
que encima de los trastornos
y la ruina que me causa

sirve pa que más de cuatro
señoras me se retraigan,
sino que ya hasta me priva
de cumplir como Dios manda
con la memoria de aquella
santa mujer.
—¿Por qué causa?
—¿No lo sabes? Pues escucha,
y verás si tengo pata:
me he pasao desde su muerte
reservando ca semana
dos perras pa dedicarle
una modestisma lápida
conmemoratriz, privándome
de cosas tan necesarias
como el afeitao; lo arreglo
en tres duros, me da gana
(no volverá á sucederme)
de entregarle de fianza
la mitaz al tío cochino
(¡así se lo gaste en árnica!),
y cuando voy á buscarle
pa ir con él á colocarla,
me dicen que se ha jugao
el taller y que está en Avila.
—Sí que es zumba.
—¡Espera un poco!

En vista de esta desgracia,
voy y empeño la bandurria
en un arceso de rabia;
mando hacer con el produzto
una corona de dalias
y follaje; me la entregan,
me voy con ella pa casa
la mar de ufano, la cuelgo
del pie de la palangana,
salgo al corral á una urgencia,
y en el ínterin la cabra,
que se coló en la cocina
mientras que yo despachaba
va y me deja la corona
más lisa que una patata.
¿La tengo negra?

—La tienes.

—Pues aguárdate, que aun falta.
Cuando estaba yo diñándole
candela con una vara
de fresno á la cabra, caigo
de pronto, por una rara
casualidaz, en que días
antes de entrar en la cama
gravemente, la difunta
compró una vela rizada,
de ocasión, con el ojezto

de llevársela á las Animas;
con que la cojo y me marcho
pa el Este con la garganta
hecha un ñudo y con los ojos
talmente preñaos de lágrimas,
pero al pasar por las Ventas
oigo una voz que me llama
desde un ventorro y me veo
á Resti con una jamba
asomaos al ventanillo
de un reservao.—*¡Ninchi, pasa*
(me dice), *que aquí la joven*
es cuasi familia!—¡Gracias,
(le contesto) *pero voy*
á una cosa muy sagrada!
—Entra á tomar un chupito
que deseguida te marchas.
—¡Que no!—¡Que sí!—¡Que otro día!
—¡Que á ver si te meto arrastras!
Total, que entré: prencipiemos
de chufla, y ahora una raja
de salchichón, luego un chato,
después media de Cazalla,
detrás una chirigota
con calembur, la muchacha
y Resti, con el achaque
de que había confianza

entre los tres, no te quiero
decir ni media palabra...
y, pa acabar, que me estuve
allí con la vela en danza
hasta las nueve cuarenta
que me llevaron á casa
cuasi á puñaos, por efezto
de la curda que ostentaba.
¿Tengo razón pa quejarme?
—¡Chiquillo, valiente racha.
—¡Luego dicen que uno es blásfemo!
—¿Y la vela?
—Buena, gracias.
La rifé antes de antinoche
pa comprarle unas enaguas
á *la Sorda*, que anda cuasi
como cuando vino al mapa.
—¿Sos casáis?
—En cuanto rompa
con Cirilo el de la Cava.
—Hombre, me alegro, porque esa
también es buena muchacha.
—Pa escoger si tengo suerte.
¿Verdaz?
—¡Una suerte bárbara!

Á una madrileña.

A una madrileña

¡Qué pena me da, chiquilla,
ver tu carita serrana
oculta por el alero
de ese armatoste de paja!
Si Dios hizo tu semblante
para que se recrearan
nuestros ojos, ¿por qué, dime,
le enmiendas á Dios la plana?
¿De qué cerebro ha salido
moda tan estrafalaria,
y qué tiene, me pregunto,
que así os trastorna la máquina?
Tápense el rostro en buen hora,
si ello les viniere en gana,
las feas, que no ha de darnos
disgusto porque tal hagan;
pero ¿por qué, tú, que tienes
tanto salero en la cara

la escondes bajo esa espuerta
ridícula y antipática?
Si cuando estás en el palco
vestida de toda gala
no puede ver tus facciones
más que el que pague butaca,
considera, niña hermosa,
que eres un poco inhumana,
porque niegas á los pobres
el derecho de mirarlas.
¿No es, además, irritante
cuando de verte se trata,
que tenga ese privilegio
sólo el que es corto de talla?
Bien está que vuestras formas
luzcáis á la última usanza,
poniéndonos, al lucirlas,
los dientes de media vara;
bien que las que no las tengan,
en secreto se las hagan,
aunque al tratar de engañarnos
son ellas las que se engañan;
pero si es vuestro propósito
hacernos la vida grata
mostrándonos generosas
esas turgencias bizarras,
dejad también, por Dios Santo,

que os contemplemos la cara
y será el favor más grande
y la gratitud más franca.
Queden esos promontorios
de flores, plumas y gasas
para algunas que parecen
fenómenos de barraca,
y dejad que se los pongan
hasta para andar por casa,
si gustan, que tal antojo
sólo merece alabanzas;
mas si, esclavas de una moda
que así mis nervios ataca,
al capricho de las feas
os ceñís las hembras guapas,
¿para quién y para cuándo
se hizo la mantilla clásica
que el gusto ramplón de hogaño
desterró de nuestra patria?
¿Dónde hay cosa más bonita
más gentil y más gallarda
que una mantilla de blondas
en un busto de gitana?
Si naciste en los Madriles
y eres flamenca de raza
y está pidiendo tu cuerpo
los madroños de las majas,

tira con mil de á caballo
esa ponchera nefasta
que habrá inventado, sin duda,
algún escuerzo con faldas,
y gocen grandes y chicos,
como la justicia manda,
el recreo de tus ojos
y el encanto de tus gracias.

ACTUALIDADES

ACTUALIDADES

—Mira, vamos á cambiar
de tema, porque te advierto,
Vespurciano, que yo soy
más patriota que el primero
y en tocándome este punto
no miro edades ni sesos.
—Hombre, si no es que yo saque
la cara por los rifleños
ni que crea que les deben
levantar un menumento;
pero hay que mirar las cosas
fríamente y sacar luego
las resultas pa saber
quién es el que está en lo cierto.
—Yo.
—¿Por qué?
—¡Porque lo estoy.
—Voy á ponerte un ejemplo

y verás cómo te inclinas
ante mí.
—Vamos á verlo.
—Tú tiés en *Cuatro Caminos*
una casa y un terreno
que te dejaron de herencia
tus antipasaos maternos.
—¡Poca cosa!
—Poca ó mucha
te pertenece. ¿No es eso?
—Hombre, claro está que es mía.
—Perfetamente. Pues bueno:
si estás en tu casa, en uso
de un perfetismo derecho
entregao á las labores
naturales de tu seso,
y yo, que vivo contiguo,
solamente por el hecho
de no caberme los trastos
en mi hogar voy y penetro
en el tuyo, sin permiso,
y te pongo el fregadero
en la alcoba, ¿tú qué harías?
—¡Darte un trastazo en los sesos!
—¿Por qué?
—¡Toma, por ansioso!
—Estoy de común acuerdo;

pero al darme en la cabeza
vas y ultrajas al pogreso,
que lo soy yo (te hablo en pótesis),
y como es lógico tengo
que echar mano de mis hijos
pa vengar este atropello;
tú llamas pa que te ayuden
á defender tus derechos,
á los parientes que tengas
al redor; nos encendemos
unos y otros; nos llenamos
de cardenales el cuerpo,
porque nos sobra de agallas
lo que nos falta de seso;
intervienen los vecinos,
pa que se termine aquello,
cuando ya estamos á pique
de no quedar uno ileso,
¿y qué pasa? Que después
de machacarnos los huesos
bis á bis, y de probar
los hígados que tenemos,
cualquier desahogao que ha visto
la corrida desde lejos
se lleva tranquilamente
tu casa y mi fregadero.
¿Doy en la yema?

—¡Lo que haces
es hablar sin fundamento!
—¿Yo?
—¡Tú!
—¡Bien, hombre!
—¡Pues claro!
Si aquí no se trata de eso
señor, ¿á qué tregiversas
las cosas?
—¡Viva el salero!
¿Pues de qué se trata entonces?
—Se trata, ni más ni menos,
de que yo soy un pepino
silvestre sin pulimento
nenguno (sigue la pótesis),
y tú, que porque te dieron
otra educación de chico,
ties coltura y ties talento
te empeñas en desasnarme,
porque te asiste el derecho,
y es más, porque, si me apuras,
estás obligao á hacerlo.
—¿Pero es que tú me has pedido
que te desasne?
—No.
—Bueno;
pues si tú no me lo pides

y sé, además, Iluterio,
que vas á darme dos coces
en lugar de agradecérmelo,
¿á mí qué concho me importa
que tú tengas el celebro
de nogal y que discurras
con los dos cuartos traseros?
Además, ¿te paece justo
que yo esté gastando el tiempo
cepillándote, cuando hay
en mi familia sujetos
que en cuanto que abren la boca
escupen salvao moyuelo?
¡Por amor de Dios, Arístides,
hay que tener el criterio
más quilibrao!
—¡Ah, de forma
que, por lo visto, debemos
evacuar de *la Restinga*
y quedar como unos cerdos
y permitir que nos tomen
por el pito del sereno!
—¡Nunca!
—¡Tú lo has dicho!
—¡Mientes!
¡Antes me corto el pescuezo
que pensar esa indecencia

que me achacas!
—¡Hombre, bueno
cálmate.
—¡Y no te desgloso
las narices de un meneo,
pa que otra vez no rebuznes,
porque sabes que te aprecio!
¡Miá que evacuar!... ¡Vamos, hombre!
Después de empezar el queso
con ó sin razón, que aquí
la causa ya es lo de menos,
y después de que hay cochinos
que dudan de nuestro mérito
se empeña hasta la camisa,
y se juega uno el pellejo,
y si hace falta sacar
los riñones y ponerlos
en el velador, se sacan
y se ponen, que este pueblo
tan caluniao por algunos
á traición y desde lejos,
aunque es *un viva la Virgen*
y aunque tié muchos defeztos,
ya saben toos los que chillan
que cuando le tocan á eso
que pone encarná la cara
y que hace estallar los nervios,

sabe morir como mueren
los hombres.
—¡Así te quiero!
—Y así soy.
—¡Qué duda cabe!
¿Ves cómo estamos de acuerdo?
—En esto sí.
—Lo esencial
es ir acordes en esto,
que los motivos de lo otro
después los discutiremos.



¡Ah, mundo, mundo...!

¡AH, MUNDO, MUNDO...!

En el entierro de Chueca.

Murió el hombre cariñoso y bueno, el amigo leal, el músico insigne, ídolo de este Madrid de su alma, simpático, noble y alegre, para el que guardó todos sus amores.

Á la puerta de la casa donde vivió el maestro glorioso se apiñan sus camaradas, sus admiradores, la representación oficial; los vecinos que compartían con él las veladas, aquellos vecinos para quienes eran las primicias de su música retozona, se agolpan entristecidos á los balcones, resistiendo los rigores de un sol de justicia. Por todas partes se ven caras macilentas y se adivinan corazones oprimidos; es muy justo: ha muerto Chueca; el amigo leal, el hombre bueno, el niño grande...

Dan las tres. Sobre las cabezas de la multi-

tud avanza el cuerpo inerte del pobre Federico, en hombros de sus deudos. La gente se descubre silenciosa, los rostros palidecen, á los ojos asoma el llanto; entre el amor sincero y la vanidad humana cubren el cadáver de coronas riquísimas, y el fúnebre cortejo avanza lento, triste, callado...

¡Qué pena tan grande!
¡Qué dolor tan hondo!...

. . . .

Cinco minutos después de ponerse en marcha la triste comitiva:

(Diálogos cogidos al vuelo.)

—¡Calle usté, hombre! «¡Zumba» nada más! Créame usté á mí: ni era chulo, ni tenía gracia, ni se traía cosas. Y de la música no hablemos; ¡Chín, chín, y armas al hombro!

—Pues á mí me parece que tenía talento y personalidad y frescura. No se logra un nombre como el suyo, así, de bóbilis, bóbilis.

—¡Nada, hombre, suerte! Ya ve usté: treinta y siete zarzuelas llevo yo estrenadas, dos de ellas con éxito, y, ¡píscis!... y esté usté suscrito al *París qui chante*, para no coincidir con los franceses, y haga usté trabajo serio y rómpase usté la crisma... ¡¡Suerte!!

. . . .

—¡Me ha reventado el amigo con morirse tan de prisa!

—¿Por qué?

—Pues porque le iba á encargar la partitura para «La cazcarriosa», que hubiera sido un éxitazo, y ahora ya ves... ¡Otro meneo!

. . . .

—¡Yo no he visto un tío más fresco que González! Le raya el papel Gómez, le hace la música Pérez, se la instrumenta Sánchez, se la ensaya Martínez y ahí le tienes: ¡Cuatro mil pesetas mensuales!

—¡Toma tripita!

. . . .

—Debía estar bien, ¿eh?

—Vivía con holgura.

—Lo digo porque es uno de los tres ó cuatro autores que no tienen retención.

—¿Ha cobrado usté ya de Menéndez?

—¡Sí, sí!... ¡Valiente sinvergüenza!

—¿Pero qué hace ese hombre con el dinero?...

—Se empeñan en tener queridas como uno, sin poder, y ¡claro!, aquí está el primo.

—¡Mal paga el «interés» que usté se toma!

—¡Dichosos autores! ¡Me están dejando en la miseria!

—Hombre, no se queje usté, que hace ocho años era usté pocero y ahora tiene coche...

—¡Buenas fatigas me cuesta!

. . . .

—¡Chico, hace un calor que monda!

—¡Yo voy sudando pez! Mira; toca.

—¡Qué bárbaro!

—¿Vámonos á los toros?

—¡Superior!

—Pues párate con disimulo que vamos á hacer la «serpentina». ¡Ahora! (Hacen mutis).

—¡Pobre Chueca!

—¡Ya, ya!

. . . .

. . . .

Y mientras algunos «admiradores» acompañan indiferentes al cadáver, y algunos «amigos» piropean á las hembras guapas que ven al paso, y algunos «compañeros» huyen ó le regatean la gloria, y el pueblo, ese gran ingrato para el que guardó el inolvidable Chueca todos sus amores, mientras ese pueblo que tanto se deleitó con la música picante y regocijada del maestro, sestea en las frondosidades de la Florida, ó injuria á un picador en los toros, ó se emborracha en los merenderos, allá en las tristezas de aquella

casa que fué nido de venturas y alegrías, un dolor, el verdadero, el perdurable, llora por los ojos de una mujer la muerte del amigo leal, del músico ilustre, del niño grande...

¡Ah mundo, mundo!...



De Madrid al cielo.

DE MADRID AL CIELO

—¿Qué tienes que estás tan mustio?
—¡Mi mujer, que anda lo mismo!
—¿En cama otra vez?
—¡En cama!
—¡Pues sí que estás divertido!
—¡Figúrate tú!
—Pero, hombre,
dila que tenga más juicio.
—¡No sirve que la machaques!
Es que le ha entrao el delirio
por el gazpacho tan fuerte
que por más que la predico
ya lo ves: ¡ca día un cólico!
Cuidao que yo se lo digo
toos los días veinte veces:
¡No me abuses del pepino,
Nastasia, porque ya sabes
que te sienta como un tiro!

Pues ¡zas!, en cuanto amanece
ya está cogiendo el vestido
y diéndose á la plazuela
y comprando un par de kilos.
Así es que luego resulta
lo que resulta, Rutilio:
que la empiezan los calambres
y que está siempre en un grito
y que se le inflama el vientre
y que uno se vuelve mico.
—Eso es poco seso.
—¡Toma!...
¿Pues por qué te tengo dicho
que la mujer es un ser
inracional? ¡Ve el peligro
y se mete en él de patas
aposta! ¡Miá tú el pepino!...
Me gusta á mí con demencia,
como sabéis los amigos;
es decir, que muchas veces
me se van toos los sentidos
detrás de una raja, pero
como sé de posetivo
que en seguida me se pone
de punta en los entestinos,
le hago la cruz, porque pa algo
le da Dios á uno el estinto.

¿No es esto?
—¡Qué duda cabe!
—Celebro que estés conmigo.
—Sin embargo, yo disculpo
lo de tu mujer, Benizno,
porque es que con las calores
del verano está uno frito
y no te apetece el cuerpo
mas que basuras y líquidos.
—Sí que es verdá; pero entonces
¿pa qué te sirve el ser bípedo,
y pa qué ties la sesera
y pa qué te han dao el juicio?
Que un cuadrúpedo (y dispensa
la espresión) meta el hocico
en un muladar, es lógico
porque no tié razocinio,
pero de ahí á que mi esposa
con veintiocho años corridos
se atraque de porquerías,
según lo hace de continuo,
media, como vulgarmente
suele decirse, un abismo.
—¿Y tú, por qué no lo evitas?
—¿Pero yo cómo lo evito?
—Muy fácilmente; ¿no fuistes
con ella en el tren botijo

á San Sebastián el año
pasao, y según tu dicho,
en dos meses que estuvisteis
no se quejó lo más mínimo?
—Como que volvió más gorda
que un cerdo.
—Pues haber ido
este año, y así te hubieras
ahorrao de estar intranquilo.
—¿Yo á San Sebastián?... ¡Quita, hombre!
¿Tú te crees que soy tan primo?
¡Aunque mi mujer tuviera
un asiento ca domingo!
Con que estás aquí too el año
sufriendo á un porción de tipos
que te revuelven las tripas
y te hacen pasar el sino,
y cuando llega el verano
y te queda too esto limpio
de morralla, que talmente
vives en un paraíso,
¿te vas á ir de veraneo,
pa encontrarte con los mismos
que te hacen aquí la cusca?
¡¡Primero me pego un tiro!!
—Di que no ties dos pesetas
y hemos terminao.

—Te digo
que no salgo porque sé
que es una primá.
—Pues chico,
lo que es como yo tuviera
parné, me iba á cualquier sitio
veraniego y se quedaba
sudando aquí San Isidro.
—¡A *Fuenterrábia!*
—O á Ontígola;
habiendo mar me es lo mismo.
—Pues no sabes lo que dices,
y yo te lo garantizo.
—¿Tú?
—Yo, que tengo esperencia
y que sé, porque lo he visto,
que esos viajes perjudican
á la saluz y al bolsillo
por igual.
—¡Hombre, me choca!
—¿Por qué?
—¿No dices tú mismo
que volvió mucho más gruesa
la Nastasia?
—Y lo repito;
pero hay grosuras fiticias
que aquí se azquieren lo mismo.

En fin, pa que te convenzas,
á las pruebas me remito:
Yo me marché bueno y sano
en Julio, cuando nos fuimos,
porque siempre he sido un toro
de fuerte.
—Siempre lo has sido.
—¿Es verdá?
—Patente.
—Bueno;
pues con los aires marítimos,
no hacemos más que llegar
y me brota un sarpullido
por too el cuerpo, que tenía
que rascarme con cepillo;
luego prencipia de pronto
á supurarme el oído,
tan torrencial, que pensemos
que me quedaba vacío,
y pa remate de fiesta
me se metió el rumatismo
por toos los compartimentos
de una forma, que si sigo
en San Sebastián, siquiera
quince días más, la *diño.*
—De eso estaba yo en ayunas.
—Pues es un hecho verídico.

—Habrá qne quedarse entonces.
—Tu harás lo que quieras, chico,
pero no te coja duda
de que estándote aquí fijo
(másime ahora que tenemos
la banda del Munecipio),
con una armilla de rede
y un pantalón de crudillo,
y unas chinelas morunas,
y dos pesetas pa vicios,
á tu lao son tres cebollas
Róchil, Comillas y Urquijo.
¿Porque qué te falta aquí
que tengan en otros sitios?
—El mar.
—¡Pues, concho, te metes
en el vapor del Retiro
y si eres algo fantástico
te piensas que estás en Vigo!
—Es verdá.
—Verdá ó mentira,
ya sabes lo que te he dicho:
yo de Madriz no me muevo
este verano ni á tiros.
—¿Y si se queda la Cierva?
—¡No me se había ocurrido!...
—¡Pues ahí lo tiés!

—¡Hombre, claro
que si ves por lo fatídico
las cosas, naturalmente
que estás mejor en presidio;
pero si se va la Cierva,
y desaparece el tifus,
y ahueca Alanís el ala
y pues blasfemiar *ar libitum*,
aunque sufras del estómago
y aunque caiga plomo líquido,
estás en las Cambroneras
cuasi como en el Olimpio.



INJUSTICIAS

INJUSTICIAS

A mi querido amigo el popular Pepe Suárez.

—Si á mí no me quema el que haiga
diferiencias en la vida,
porque ya se sabe que unos
tenemos que estar encima
y otros debajo, y que siempre
y que en too hay categorías;
lo que á mí me pone gorda
la sangre y lo que me inrita
es que en el mundo cochino
siempre hemos de ser las vítimas
de la desgracia los hombres
con la conduta más limpia.
—Es que algunos os quejáis
de vicio.
—¡Calla, y no digas
eso porque me calientas

la boca! ¡Paece mentira
que siendo tú y yo desde antes
de que entráramos en quintas
como hermanos, y sabiendo
las penas y las fatigas
que he sufrido pa ir tirando
de esta pijotera vida,
tengas valor pa gastarme
chirigotas entoavía!
—¡Rediós; pero si estás siempre
que paeces un Jerimías!...
¡Hombre, no hay derecho!
—¡Claro!
Tú, como tiés tan rolliza
la suerte y too te lo pasas
al biés de la rabadilla,
miras, y haces bien, las cosas
bajo ese punto de vista;
pero yo, ¡me cargo un pisto!,
que soy desde el mismo día
que me dió á la luz mi madre
el rigor de las desdichas,
¿qué quiés que haga más que echar
pestes por la campanilla?
—Toos tenemos nuestras lañas.
—¡Por amor de Dios, Fariñas!
¿Vas á comparar mi caso

con el tuyo? ¿Ande radican
la zumba y el mal arate,
en tu casa ó en la mía?
¿Quién tié la mujer más chula
más juncal y más bonita
de los dos? ¡Tú! ¿Quién no sale
sin un duro ningún día,
y quién, reasumiendo, saca
más produzto de la vida?
¿Yo?...
—No.
—¡Pues, á ver, entonces,
si voy á bailar encima
y si esiste palangón
entre tu suerte y la mía!...
¿Le arrebato yo ni un céntimo
del jornal á mi familia
pa vicios, como tú y otros
se lo arrebatáis? ¡Ni pizca!
¿No voy en cuanto que Dios
amanece hasta la Elipa
á hacer adobes, pa mal
comer cuatro porquerías?
—Sí.
—¿Me ves, con lo que sabes
que me gusta la bebida,
en la taberna, y no fumo,

cuando fumo, de colillas?
—Verdá.
—¿Tengo yo algún lío.
quitando á la Catalina,
con el que haiga malgastao
valor de una perra chica?
—Ya lo sé.
—Bueno; pues yc
que sacrefico mi vida
de esta forma; yo que vivc
esclavo, pa que no digan
que si fué y si vino; yo
que te va á paecer mentira
si te digo que no sé
¡ni lo que es una película!;
yo, que, ¡mialas!, no conozco
más hembras que la ligítima
va á hacer un mes, pa que el mundo
tenga un ejemplo en mi hombría
de bien, ¡ya estás viendo el pago
que encuentro con la Lucila!...
—No es mala.
—¡De fiel no hablemos!
Me ha dao Dios una costilla
que otra más honrá no esiste,
(porque hay que hacerle justicia,)
pero tú ya la conoces:

lo que es en su parte física
ni de intento se costruye
señora más repolsiva.
—No anonada por lo hermosa.
—¡Qué va á nonadar, si hay días
que la ves por las mañanas
recién levantá y encita
al asesinato!... Aparte
de que en las cuestiones íntimas
del matrimonio, es conmigo
igual que el papel de lija.
¿Ella lavarme una muda
siquiera ca quince días,
como otras? ¡Le salen grietas
y dice que lave Rita!
¿A ella darle lacha el verme
cómo me sueno á la antigua
española por su causa?
¡Ni le importa ni se fija!
¿Ella aceder á un capricho
ó á un gusto que yo le pida
si me salgo, por ejemplo,
tanto así de la rutina?
¡Vamos, hombre!...
—¿Qué, tampoco?
—¡Aunque la desuellen viva!
Agrega que ca dos años

me larga tres de familia,
toos escrufulosos, ponle
que me suelta ca tollina
que me monda, cuando está
dominá por la bebida,
y ahora dime con franqueza
si me quejo de rositas
ó si hay razón pa meterse
dos tiros en la tetilla.
—¡Sí que es mala pata!
—Ahí tiés;
y en cambio tú que debías
estar degollao, si hubiera
dos adarmes de justicia
en este mundo; tú que eres
materialmente un endígena,
tiés más saluz que el Botánico,
corres ca juerga que priva,
trabajas cuando te sale
del criterio, (que es un día
ca par de semanas), vistes
como no hay cuatro que vistan
en Madriz, sacando al negro
del *Ideal Room*, y encima
te ha tocao en el reparto
conyugal la Gumersinda,
que es, como mujer, el premio

mayor de la lotería
de Hamburgo.
—No tengo queja.
—¡Como que es canela fina!
¡Cuidao qué cara, y qué mollas,
y qué par de pantorrillas
las que ostenta!... ¡Se parece
á las que tié la Lucila,
que son un palasan ca una!
—Verdaz.
—¡Eso está á la vista!
Luego el salero con que anda,
y luego la picardía
con que se coge la ropa
pa marcarse bien las líneas,
¡y luego las medias que usa!...
¡¡Calás!!
—Desde que se estila
lo calao, too lo de dentro
lo lleva así.
—Lo sabía.
—¿Tú? ¡De qué!
—De que se lo oigo
de decir á su modista.
—¡Ah!
—Bueno; y una mujer
como esa, tan distinguida

que la paran en la calle
hasta señores con bimba;
una mujer que se baña
de su motur toos los días,
y que se perfuma el cuerpo
además, porque es muy limpia;
una mujer que merece
ser cuasi esposa ligítima
de un príncipe, por lo guapa,
lo baril y lo castiza,
¡esa es la que á ti te toca
y eso es lo que á mí me indizna!
Ella te da toos los gustos;
ella te cuida y te mima;
ella en cuanto que moqueas
una miaja, ya está lívida
y no deja que te tires
de la cama y que te vistas,
y te arropa pa que sudes,
y si no hay pa medicinas
se echa en el azto á la calle
y se lo agencia en seguida.
¿No es así?
—Chipén.
—¿Tenís
la cuentroversia más mínima?
—¡En jamás!

—Cuando se arraiga
en ti la holgazanería,
¿te falta tu buen cocido,
tu duro y tu cajetilla?
—Nunca.
—¿Te pide dinero?
—Tampoco.
—¿Te da familia?
—Es infrutuosa.
—¡Pues dime
si no es pa tener envidia
de tu suerte y pa tomarse
medio litro de lejía!
—Tú tiés la culpa. ¿Por qué
te has casao con la Lucila?
—Porque soy decente y quise
darle un apellido á mi hija,
mirando que ella no tuvo
la culpa de nuestras prisas.
—¡Valiente apellido: López!...
—¡Tan honrao como Fariñas,
que es el tuyo!
—¿Quién lo ha dicho.
—¡Este servidor!
—¡Te pica!
Y el día que te se antoje
saber la timología

de mis pasaos, veste á casa
y allí te daré noticias.
—¡A ver si es que estoy hablando
con Don Opas!
—Bueno, mira;
á mí nunca me ha gustao
presumir con la familia,
ni hablarte de mi bolengo,
ni gastar pamplinerías,
pero ya que me provocas
te diré, pa que no sigas
con la chunga, que mi abuela
paterna fué ¡¡favorita
de un brigadier!! Y ahora tú
piensa la cosa y medita.
—¡¡Pero hablas en serio!!
—¡Toma,
como que tuvo una niña
con él!
—Pues, chico, perdona,
porque es que no lo sabía.
—Está bien, pero cuando hables
mira el terreno ande pisas,
porque se mete la pata
muy fácilmente en la vida.

Cosas del progreso.

COSAS DEL PROGRESO

—Oye, mira: no te ofendas
si no vuelvo los domingos
por Pozas.
—¿A qué viene eso?
—Pues eso viene á que he visto
que con el mus y el julepe
y la rayuela y el chito,
por ningún conceto gano
ni en lo moral ni en lo físico.
—¡A ver si es que te figuras
que el ajuntarte conmigo
te rebaja!
—¡Si lo tomas
por ahí hemos concluído!
—¡No sé entonces!
—Hombre, mira:
ya sabéis toos los amigos

que yo siempre he estao propenso
pa darsos gusto. Si ha habido
que jugarse las entrañas
y quedarse en cueros vivos,
sos costa que á mí en la vida
me se ha arrugao el ombligo;
si se habla de un prorrateo
pa osequiar á cuatro pingos,
toos vosotros veis que soy
el primero que *apoquino;*
cuando se ha terciao romperse
la cara con Jesucristo,
no iznoráis que la primera
morragia siempre lo ha sido
la mía. Total: que á mí
nadie, por ningún estilo,
me pué llamar orgulloso,
ni cerdo ni mal amigo.
Yo me he estao meses y meses
sin salir de vuestro círculo,
y hemos andao por ahí juntos,
sin importármese un pito
que tú fueras quincenario,
ni que Roque tenga el vicio
que le afea, ni que el suegro
de Quintín esté en presidio.
—¡Pues miá que también tu madre!...

—¡De mi madre no permito
reticiencias, porque toos
sabemos que es histierismo,
y si hace lo que la emputan
no es voluntario!
—En lo antiguo
se llamaba de otra forma
lo de tu madre.
—Es lo mismo
porque, además, eso no
tié na que ver con lo mío.
La cuestión es que, siguiendo
vosotros por el camino
que váis, toda vuestra vida
seréis unos beduínos,
y yo, que en este momento
estoy en la edaz del juicio
y la refleslón, y trato
de entrar por el modernismo,
que es la coltura, he fundao
con otros varios amigos
una Sociedá esportiva,
á la que le he puesto el título
de *The Rocin Cluz.*
—¿Qué es eso?
—Inglés.
—¡Anda Dios, qué fino!

—Las cosas hay que tocarlas
bien ú se dejan, Olimpio.
—¿Y qué ojetivo sos guía?
—Pues nos guía el ojetivo
de dar carreras de burros
en el muladar de Sixto,
que nos lo ha dejao de gratis
pa toos los días festivos,
con la condición de que hemos
de hacerle socio honorífico.
—¡Pues no le veo la punta!
—Porque estás embrutecido.
—¡Adiós, tú!
—¡Flojas ventajas
se traen los esportes hípicos!
—¿Cuálas?
—Pues que te osigenas
tu sér, haces ejercicio
y te mira la *higue life*
de otro modo muy distinto;
con lo cual te dinificas,
y te se abre el apetito,
y hablan de ti los papeles,
y hasta pués llegar á obispo.
Eso sin contar los gajes
que te caigan, si eres vivo.
—¿Qué gajes?

—¡Toma, los premios
que te dan! Mira: el domingo
que viene corremos varios
de los socios que hay iscritos,
pa ver quién gana la Copa
de Inés *la del Salpullido*,
que es una gachí que sólo
de verla te vás pa tísico.
—¿Pero hay copa y too?
—¡Qué duda!
—¿De qué es la copa?
—De vino.
—¡Vaya un premio!
—Es que, además,
tié la cosa otro incientivo,
y es que al primero que llegue
le da la Inés su albedrío
por un mes, libre de gastos
y sin resultas... ¡¡Un mito!!
—¡Pues duro y á ver si llegas
á la meta!
—Gracias, chico.
Y no me guardes inquinia
si dejo de dir contigo,
pero me paece que está
razonao.
—Veste tranquilo;

ya sabes que entre nosotros
son escusaos los cumplidos.

. . . .

II

—¿Se pué pasar?
—¡Adelante!
—Buenas noches.
—¡Hola, Olimpio!
—¿Qué es eso, hombre?
—¡Aquí me tiés!...
—¿Cómo sigues?
—¡Hecho cisco!
—¡Vaya por Dios!... ¿Y ande sientes
el dolor?
—¡En too el recinto!
—¡Camará, pues se conoce
que el porrazo fué de alivio!
—Vas á verme la cabeza
pa que te hagas cargo.
—¡Chico,
qué barbaridaz!... ¡Si paece
que te se ha hinchao!
—Pues lo mismo
tengo too esto, mira.

—¡Tapa!
No me lo enseñes.
—¡Te digo
que estoy como si me hubieran
tirao desde un cuarto piso!
—¿Pero cómo fué la cosa?
—¡De lo más tonto que has visto!
La otra tarde debutemos
en el muladar de Sixto,
como sabes, con la copa
de Inés *la del Salpullido*,
lo cual nos traía locos
rematados á cuatro ú cinco
de los corredores, más
que por el valor entrínseco
de la copa, por tratarse
de un premio tan sugestivo
como lo es la amistaz íntima
de ella.
—Lo sé.
—Pues salimos
los catorce burros que éramos
á una señal que nos hizo
el direztor de la cosa;
le *endiño* estopa al pollino
con las pezuñas; la bestia
sale á galope tendido

por la pista, de una forma
que aquello era un velocípedo
más que un burro; los contrarios
se achican al ver mis bríos;
la Inés, ca vez que pasaba
por delante de su sitio,
eletrizá me decía:
—*¡Duro, que tú eres mi tipo!*
Y en fin, que á las cuatro vueltas
mi trunfo era pan comido,
y too eran vivas y aplausos
pa un servidor; pero chico,
cuando ya no me faltaban
ni diez pasos, ¡qué, ni cinco!
pa plantarme vitorioso
ante la Inés, de improviso
se le sale al burro el trole
y va y me se queda fijo
en el suelo, rebuznando
como loco. Yo al principio
pensé que aquello sería
un pronto, pero le arrimo
dos palos y na; mecachis
en Alanís y lo mismo;
le suelto la rienda, y ¡piscis!
¡No le arrancaban ni á tiros!
Con que al notar que valiéndose

de este acidente furtuito
se iban á colar los otros
y á quedarme yo en redículo,
le meto en salva la parte
la colilla del pitillo
hecha un tizón, ¡y no quieras
saber más!
—Me lo imagino.
—Pega el salto de la trucha,
me hace perder el quilibrio,
caigo al suelo, me se enreda
la alpargata en el estribo,
sale á cincuenta por hora
dando vueltas al cercuito...
¡y corrí más á la arrastra
que montao!
—Sí que fué tibio
el debú!
—¡Maldita sea
la hora en que me hice esportivo!
—¿Y quién se ganó el aprecio
de la Inés?
—Uno que ha sido
de la Remonta.
—¡Qué envidia
le tendrás!
—¡¡Está el amigo

pa envidiarle!!...
—Qué.
—¡Na; cosas!...
Yo me he quedao sin caninos
del porrazo y sé que tengo
cicatrices pa un ratito,
pero él se acuerda más años
del muladar y de Sixto.
—¿No montarás más, supongo?
—En asoluto no digo
que no, pero cuando monte
será en ganao conocido.

LOS QUE VIENEN PEGANDO

LOS QUE VIENEN PEGANDO

—¿Pero eres tú ese Rebollo
que hace piezas pa el teatro?...
—¡Natural!
—No gastes chuflas.
—¡Que sí que soy yo!
—¡Qué bárbaro!
¿Y cómo ha sido eso?
—¡Toma!...
haciéndome polvo el cránio
en mi casa, y no teniendo
los vicios de antes, y ahorrando
dos pesetas pa comprarme
novelas y dicionarios
que me istruyan, mientras tú
y otros os gastáis los cuartos
y la saluz por tabernas
y ventorros y tablaos.
—¡Pero si tú no sabías

escribir este verano!...
—¡Ni falta que me hace!
—Entonces,
¿cómo te arreglas?
—¡Ditando!
Yo cordino las ideas
y me las escribe Arcadio,
el que vende las pastillas
de Logroño junto al Banco
los días de entre semana
que yo no le doy trabajo.
—¿Y cómo ha sido el meterte
á escritor?
—Pues de milagro.
Verás cómo fué la cosa:
yo tenía aquel barato
de pan duro y botas viejas
los domingos en el Rastro,
y mal que bien me sacaba
pa unos míseros garbanzos,
pero el día que La Cierva,
que es mi padre sin pensarlo,
nos prohibió el ejercicio
de nuestro comercio honrao
y saldé las esistencias
por tres cochinos ochavos,
y tuve de las resultas

que andar por ahí golfeando,
medio loco dije, digo:
Bueno, y ahora, ¿qué es lo que hago,
si yo no sirvo pa nada
y se ha puesto too tan malo?...
Conque Liocadio, el broncista,
que sabes que vé muy claro
y que me aprecia, me dijo
viéndome cuasi llorando:
—¡Vamos, hombre, no te achiques,
reconcho, que no es pa tanto!
—¡Si hay pa cortarse el pescuezo!
—¡Los tíos que tién redaños
no lloran, aunque se vean
con las tripas en la mano!
Y, sobre too, á ti te queda
un recurso.
—¿A mí?
—Sí.
—¿Cualo?
—¡Paece mentira que no haigas
dao entoavía en el clavo!
Tú que has leído la Historia
de Candelas y *el* Orlando
furioso, *y que sabes íntegra*
la coleción de El Enano,
y tiés por de consiguiente

prencipios de literato;
tú que has sido de la clá
de Apolo más de tres años,
y conoces lo que al público
le resulta en el teatro,
¿por qué no haces un melódrama
pa Lo Rat-penat?
—*¡Liocadio!...*
¡¡Si no sé!!
—*¡Pero so primo!...*
Si el no saber fuera ostáculo,
¿te crees que iban á vivir
de la pluma toos los gansos
que van á los saloncillos
y pisan los escenarios?
—*¡Eso si es verdá!*
—*¡Pues duro,*
y á ver si vienes pegando!
Con que empecé á calentarme
de día y noche los cascos,
y ¡tras, tras!, en dos semanas
nos carguemos yo y Arcadio
La catombe de Mesina
ú la lojuria de un vámpiro,
que la habrás visto.
—No. ¿Dónde?
—En el *cine* del Barranco

de Embajadores. ¡Anda este!
¡Pues se armó menudo escándalo!...
Con decirte que salí
deciséis veces al palco
escénico, ¡que son veces!
y que al final me sacaron
pa el *Nuevo Mundo* un cliché
con maznesia, saludando,
me paece á mí que tendrás
bastante pa hacerte cargo.
—¡Me dejas tonto!
—¡Está visto
que esta vida es un arcano!
—¿Y qué es lo que más te tira,
lo cómico ú lo dramático?
—¡Yo te hago too lo faztible!
Es decir; lo mismo te hago
un drama de la Edaz Media,
por ejemplo, que te saco
un sainete que te ríes
más que Dios. En fin, Cachano;
bástete con que te diga
que hoy día estoy ensayando
La legañosa, en Barbieri,
que ha tenido un esitazo
de leztura; en Novedades,
La nuez y el escapulario

(contra el clero), y en la Flor,
un entremés en dos aztos,
sicalítico, que apuesto
á que es el primer escándalo.
—¡Chico, pues si no te cansas
di que vas á ser el amo!
—¡Como que están que echan lumbre,
porque he salido apretando,
toos esos autores que iban
tan á gustito en el macho!
—¡Así te dan tantos bombos
los papeles!
—Me los hago
yo mismo.
—¡Tú!
—¡Como que es
lo que hace too el que tié párpado!
—¡Qué gorrino!
—Bueno, mira;
tú hablas por boca de ganso,
porque estás de mundologia
en el abecé, Cachano,
y como la que nos une
es una amistaz de hermanos
y el que yo tenga secretos
pa ti no va á ningún lao,
voy á esplicarte la forma

de llegar en pocos años,
si no á ser un Benavente,
á sacar pa dir tirando.
—Vamos á ver.
—Es muy fácil,
según verás *irso fazto:*
te haces el tonto al prencipio,
y no despliegas los labios,
y si quién que rodes, rodas,
pa que digan—¡Qué simpático!
Estrenas en cualquier *cine*
cualquier sandez con retazos
de obras que otros escribieron
cuando tú ibas á los párvulos;
te tomas media docena
con la *cla* de vez en cuando,
pa que las noches que estrenes
tengas un ésito franco;
te compras una pelliza
con cuello de piel de gato,
pa presumir, aunque vayas
hecho por dentro un marrano;
hablas mal de los Quintero
y Arniches, pongo por caso,
sin perjuicio de besarles
el chaflán, si viene á mano;
te cuelas en los periódicos

toos los días de pelmazo,
hasta que, hechos la santisma,
te den bombos á too pasto,
y siguiendo este pograma,
que me vendió por un plato
de alubias, en *Petit Fornos*,
un autor que va pa abajo,
me juego yo las chinelas
á que, mas que tengas guano
por sesos, cobras tú solo
una fortunita ca año.
—Oye: ¿pues sabes que estoy
cuasi por dejar el tráfico
de las postales y hacerme
dramaturgio?
—¡Quita bárbaro!...
—¿Por qué no?...
—Te esperas que abran
otro salón, en too caso,
porque si los diez ú doce
que no escribís pa el teatro,
gracias á Dios, entoavía,
prencipiáis á meter aztos
aquí y allá, pues resulta
que nos vais á hacer un saco,
porque así se acaba el público,
y á ver... ¡¡Adiós espetáculos!!

A la musa del pueblo

Á LA MUSA DEL PUEBLO

Ante la tumba de Chueca.

Chulapa de mis amores,
musa de cara morena
y de cuerpo menudito
como grano de pimienta;
reina de la gallardía,
del donaire y la guapeza,
que á los hombres das deseos
y das martirio á las hembras;
la que ha de cerrar mis ojos
el día que yo me muera,
si no es por mis pobres coplas
aunque de limosna sea,
¿por qué lloras, como vate
melenudo, tú que llevas
sangre de maja bravía

y de chispero en las venas?
¿Por qué con luto en el alma
y en el cuerpo te presentas
cuando el sol de tus Madriles
hasta las tumbas alegra?
Si es por el manolo insigne
que duerme bajo esa piedra
por quien lloras, seca el llanto,
que él no gusta de tristezas.
Cubran tu cuerpo las flores
del mantón de las verbenas
y tira lejos las gasas,
si es por él por quien las llevas,
que no es justo un homenaje
de crespones y de penas
para quien hizo derroche
de alegría y de majeza.
Pon junto á la cruz cristiana
que en su sepulcro se eleva
un manojo de claveles
y una guitarra flamenca;
despiértale con el eco
de una canción madrileña
de las que escribió su mano
para tu boca de fresa,
y brotará el regocijo
de la entraña de la tierra

en estampido de besos
y en choque de castañuelas.

. . . .

Chulapa de mis amores,
musa de cara morena,
la que ha de cerrar mis ojos
el día que yo me muera,
dame el calor de tu cuerpo,
que mi espíritu flaquea
viendo cuan rápidamente
se va, con nuestra leyenda,
el solar de los chisperos
y el de las manolas recias.
Llora por Madrid, mi gloria,
que en estos tiempos de anemia,
cuando el piropo es delito
y el valor palabra hueca,
cuando la maja de Goya
viste á la moda francesa
y los varones de empuje
se emborrachan con cerveza,
cuando van en automóvil
los que fueron en calesa,
y al compás de la *Walkyria*
los manolos se festejan,
de aquel Madrid indomable
que cobró su independencia

con el trabuco en la mano
y á la espalda la vihuela,
no queda ya, para orgullo
de los hijos de esta tierra,
más que ese nombre glorioso
y este pedazo de piedra.

EL SULTAN DE CHAMBERÍ

El Sultán de Chamberi

—Es verdaz en asoluto
lo que dices, y yo soy
el primero que declara
que te asiste la razón,
pero no hay que darle vueltas;
ties que quitarte el *chapó*
donde se hable de señoras
y esté presente Rincón.
—¿Quién, ese?
—*¡Güi!*
—¡Camará
pues no lo entiendo!
—Ni yo.
—Cuidao que es feo!
—¡Mas feo
que pegarle un tiro á Dios!
¿Y bruto?...

—¡De eso no me hables!
Miá tú si es bruto el gachó
que pa estornudar se afloja
la hebilla del cinturón.
Y sin embargo ya has visto:
tié el amigo un qué sé yo
pa engatusar á las hembras,
sin gastarse ni un botón,
que las pide el acabóse
y ni una dice que no.
—Pues no será por su físico.
—¡Qué va á ser!
—En eso estoy.
—¡Si te pones á contarle
defetos de costrución
y te duermes aburrido
cuando estás en lo mejor!
El, ya le conoces, mide
un metro cuarenta y dos
con zancos, y está que paece
que le pasan la ración
en virutas; si te pones
á su lao sin alcanfor
te desvaneces, efeto
de su poca educación;
lleva musgo en las junturas,
porque ya sabes que no

se lava más que cuando hay
centenario de Colón;
usa dos pies que talmente
son dos planchas de vapor,
y tié las faciones mistas
de *fosterriere* y *buldoz*.
De modo que si no goza
de algún mérito interior,
realmente no se le ve
la punta.
—¡Pues á eso voy!
—¡Pero el mundo es un arcano
que no lo entiende ni Dios!
A ti, que no eres un dije,
(porque no lo eres, Eloy),
pero que tampoco llamas
por lo feo la atención,
¿qué te ocurre? Pues te ocurre
lo que á mí: que á lo mejor
ves una señora de esas
que de primera intención
paecen faztibles; te arrimas,
la dices *¡vaya calor!*
ó la sueltas cuatro timos
de esos que te enseño yo,
y vistiendo como vistes,
(porque vas como un milor),

y llevando un par de duros
por si hay que echar too el carbón,
ó va y te hace caso omiso
ó va y te arrima una coz.
¿Es así?
—¡Calcao!
—Entonces,
(y aquí entra mi indinación)
¿cómo te explicas que un tío
que pué batir el rencor
del fenomenismo, tenga
más cartel que tú y que yo
cien veces? ¿Cómo te explicas
que haiga por él un montón
de gachís en la Galera
y en el lecho del dolor?
¿Cómo te explicas que un ganso,
que paece que está hecho az hoc
pa enseñarle por las ferias,
se dedique á costrutor
de amas de cría y esté
siempre en danza?
—¡Qué sé yo!
—No te lo explicas, ¿verdáz?
¡Pues es más fijo que el Sol!
—Es que se va de la lengua,
y las cosas que no son

se las atrebuye.
—Bueno,
pues padeces un error,
que yo las oigo de hablar
á todas sin distinción
y están con él siempre arriba
y abajo.
—¡Sí que es humor!
—En fin, chico, yo no sé
qué es lo que tendrá Rincón
de saliente pa las hembras,
pero de que es un gachó
que tira de espaldas... ¡de eso
no te azmito discusión!
Lo de ahora ya lo estás viendo
palpable: se encaprichó
por él una ternerera
de Olavide, superior
de bonita, y la ha sacao
en dos meses: un reló,
quince duros, una capa
bordá de color marrón,
un reclamo de perdiz,
unas botas de charol
y un sin fin más de recuerdos
que prueban su estimación.
—¡Pelo de tonto no tié!

—¡Eso lo sabemos toos!
—Oye: ¿será maznetismo?
Porque anoche me pidió
prestaos diecinueve reales
pa comprarle un biberón
de cauchuz á la pequeña
de su hermana la mayor,
y siendo lo refraztario
que sabes tú que yo soy
pa prestarle dos pesetas
ni al gallo de la Pasión,
metí mano y se las di.
¡Vamos que me hiznotizó
realmente!
—¡Sí que hace falta
fuerza hiznótica, rediós,
porque tú llevas los cuartos
pegaos con sindeticón!
—Pues por esa circunstancia
lo digo, y una de dos;
ú tié el poder en las cornias
ú existe una aberración
en las hembras y se tiran,
ocecás, á lo peor.
—Me inclino más hacia lo último,
porque hay que oservar, Eloy,
que el modernismo ha cambiao

hasta los afeztos.
—¡Yo
no llego á tanto!
—Pues, hombre,
ahí tiés la comprobación
en la Irene y tu sobrina
y en Ginés y Salvador.
—¡No es lo mismo!
—¡Ya se sabe
que es destinta la cuestión,
pero he citao este caso
pa indicar cómo anda too!



UN GROSERO

UN GROSERO

—Entre amigos no se hacen esas cosas,
y dispensa, Fermín, que te lo diga.
—¿Tú sabes por qué fué?
—Ni me hace falta.
Mediando entre los dos la amistaz íntima
que media, no hay razón que justifique
una acción tan bajuna y tan cochina.
—¿Me permites hablar?
—Di lo que quieras.
—Pues ahora vas á ver cómo te explicas
mi aztituz.
—¡No lo creo!
—Calla y oye.
¿Tú sabrás que él está malo de anginas?
—Muy grave, ya lo sé.
—¡Pero muy grave!
¡Tan grave que por poco no la *diña!*
Bueno; pues antiyer subí á su casa

con ánimo de ver cómo seguía
y á ofrecerme pa too, porque el amigo
se prueba en estos casos de la vida,
lo cual no han hecho muchos que le deben
el tener sucesión en la familia.
—¿Qué es lo que quiés decir?
—Es un pariéntesis
que no te atañe á ti.
—¡Bien!
—A lo que iba:
levanto el picaporte de la puerta,
y entro y no veo á nadie; con las mismas
me asomo al comedor, y ni una mosca;
me introduzco alarmao en la cocina,
y lo mismo; olfateo en el nodoro,
y también solitario.—*¡Anda la mitra!*—
esclamé cuando vide aquel desierto—.
¿Si estarán en la cama todavía?
Con que llamo en la puerta de la alcoba,
pego la oreja así y oigo que gritan:
—¿Quién es?
—¡Soy yo, Fermín!
—Penetra.
—¿Qué haces?
—Me está dando unos toques la Felipa,
pero puedes pasar.
—No la interrumpas,

y aquí espero, que yo no tengo prisa.
—¡Vamos, anda; rempuja la vidriera
y no gastes finuras ni pamplinas!—
me responde Julián. Entonces entro
y le veo sentao en una silla
cara al sol, revolviéndose nervioso,
y á su mujer al lao que le tenía
cogida la cabeza, con ojeto
de hacerle bien la cura en las anginas.
—*Pero, hombre, ¿qué te pasa?*—le pregunto,
y él, abriendo la boca, dice:—*¡Mira!*
¡¡Fíjate cómo tengo la garganta!!...—
Se la miro, ¡y pensé que me caía
de la impresión! ¡Muchacho, yo no he visto
destrozo como aquel.—*¡Sí la tiés tibia!*
exclamo, y él contesta:—*¡Cállate, hombre!...*
¡Me se pone la carne de gallina
ca vez que esta me agarra por su cuenta,
porque es que me la deja en carne viva!
—Bueno, pero el motivo de la bronca
no lo veo.
—A eso voy. Se tranquiliza
de los nervios así que pasa un rato,
y me se ocurre á mí la tontería
de decirle, buscándole una miaja
de distración:—*¿Te juegas una brisca*
mano á mano?

—¿Quién, yo? ¡Pa luego es tarde!
—¿Qué va á ser?
—Una caja de pastillas
de clorato.
—¡Tre bian! *Contra dos puros*
escogidos de á quince.
—¡Ni una sílaba!
—¿A cuántos juegos quieres que vayamos?
—A seis.
—¡Perfetamente!
—¡Pues alivia!—
Conque pidió las cartas y en resumen:
que desde que empezamos la partida,
ca vez que le acusaba las cuarenta
ó le fallaba el oro me salía,
pa vengarse, con una zanganada
de las suyas, (que dao lo reducida
que es la alcoba ande estábamos jugando
¡figúrate el salero que me haría!).
—¡Eso está mal!
—¡Pues le conté catorce!
Yo, claro, como estaba de visita
y me costa que lo hace como gracia,
por más que es una gracia de pocilga,
lo dejaba pasar teniendo en cuenta
la enfermedaz... ¡Muy bien! Pero termina
la cosa, y porque ve que estoy de suerte

y le gano los seis de carrerilla,
le da como una especie de locura,
hace piazos las cartas, me las tira
con desprecio, se acuerda de mi madre,
(Dios la haiga perdonao,) pa deprimirla,
y levantando un anca dice:—*¡Toma!*
¡Esos dos puros te los paga Rita!
—Tampoco eso está bien.
—Entonces tuve
que hacerle una *turné* por las encías,
porque el hombre que tenga dos melímetros
de cutis, como yo, no se resina
ante una porquería de esa especie.
—¡Según con el que dé!
—¡Por esa misma
circustancia le pego yo á mi padre!
—Mucho más gorda fué la porquería
que te hizo en el pasillo de tu casa
la otra noche Conrao, el de Canillas,
y tú, con lacha y too, te la tragastes.
—¡La cosa de Conrao es muy distinta!
A ese tengo el deber de consentirle,
por la Nati, lo que haga y lo que diga,
porque él me aguanta á mí lo que me aguanta
y estamos mútuamente á la recíproca.
—Tú has pegao á Julián porque está enfermo,
pero si en vez de dar con ese lila

te trompiezas con *mudá,* ¡de río peces!
—¡Y á ti te hincho la cara como sigas
de ese tenor!
—¿A mí?...
—¡Y al que te abone!
—¿Pero tú?...
—¡Yo! Fermín Puch y Orcasitas.
—¡No me asustes, por Dios, que estoy de purga!
—¡¡Pues toma, á ver si sientes mejoría!!
(Suena una bofetada, que parece
la explosión de un quintal de dinamita,
llueven los puñetazos y las coces,
los dos *socios* se injurian y relinchan,
y cuando ya cansado de dar leña
el apreciable Puch sale de *pira,*
sangrando propiamente como un cerdo
en el arroyo vil queda la víctima.
¡No os metáis en camisa de once varas
ni deis vuestra opinión sin que os la pidan,
y ved, nobles amigos, á qué extremos
conduce el ejercicio de la crítica!)

HISTÓRICO

HISTÓRICO

Estrenaron *Las bribonas*
las Carmonas en Montoro,
¡y fueron torrentes de oro
los que dieron las Carmonas!
¡Qué *sprit* el de la mayor,
qué gracia y qué movimientos!...
¡Y válgame Dios qué *tientos*
los *tientos* de la menor!
La gente las aplaudía
de ciego entusiasmo presa,
y estaba loca la Empresa
con el negocio que hacía.
Todo era bulla y holgorio
y alegría y emociones...
y Baco estaba en funciones
y andaba suelto Tenorio.
Mas con el amor y el vino
las tiples se desbocaron

y una noche se escaparon
con dos socios del Casino,
y al verse sin las Carmonas,
(aquellas tiples tan monas
que alegraban á Montoro)
todo el mundo dijo á coro:
¡¡Se acabaron *Las bribonas!!*



UN FRESCO

UN FRESCO

—¡Eres el *viva la virgen*
más fresco y de menos lacha
que come pan!
—¿Quién?
—¡Tú mismo!
Desde que te hicieron ácrata
y conseguistes, á fuerza
de copas, que te nombraran
miembro de la Direztiva
de *La nueva solidaria*
de arbañiles, con achaque
del reúma, cobras de guagua
tu jornal de las reservas
del montepío y te pasas
las cuatro terceras partes
del mes tumbao á la larga.
—¡Hombre, porque estoy rumático!
—¡Mentira!

—¡Tantismas gracias!
—¡Tú qué vas á estar!
—¡A ver
si mi mujer no se pasa
too el día dándome friegas
por aquí, con la pomada
que me han recetao! ¡A ver
si uno que está bueno gasta
calzoncillos de bayeta
pa dir rezumando grasa
con esta calor, y aquí
tienes la pretina! ¡¡Miala!!...
Y últimamente: ¡á ver si una
persona tan delicada
como yo, y esto lo sabe
too el que ha cruzao su palabra
conmigo una vez siquiera,
va á cometer la guarrada
de vivir con el trabajo
de un amigo de la infancia!
¡Aunque no me conocieras!...
¡¡Paece mentira, Berlanga,
que tengas de mí un conceto
tan erronio!!...
—¡Vamos, calla,
que si no me vas á hacer
de soltar la carcajada!

—¿Por qué?...
—Porque lo que estás
cometiendo es una estafa
con los compañeros.
—¿Yo?
¿Quién te ha contao esa infamia?
—Tu señora.
—¿Mi Dolores?
—¡La misma que viste y calza!
—¿Cuándo?
—El jueves por la tarde
que la ví junto á la estatua
de Castelar contemplando
con Pepa, la del *Melamas,*
aquellos gachós desnudos
de realce que hay á la espalda
del menumento; lo cual
que sin que ella lo notara
voy y me acerco y la digo,
tirándola de la chambra
por detrás:—*¡Hola, Dolores!...*
¿Qué haces aquí?
—Pues estaba
viendo estas cosas, (me dijo
más encarná que una grana).
—*¿Te gustan?*
—Están mu propias

—¿Y Ulpiano?
—Tan bueno, gracias.
—¿Pero no tié reúma?
—¿Quién?
¡Lo que tié es una galbana
que se va á quedar cuajao
la tarde menos pensada.
—¡Qué dices!...
—Lo que te cuento.
—¡Me dejas tonto, muchacha!...
—Y luego, como le da
por estar too el día en casa,
al rabo de una, pues una
ni sosiega ni descansa.
Así es que ya se lo he dicho:
¡Mira, no me des la lata
y veste pronto al trabajo,
que me tiés martirizada!
—¿Te ha dicho eso?
—Salvo error,
estas fueron sus palabras.
—Pues bien; ya que la Dolores
ha tenido esa confianza,
de la que pué que le quede
recuerdo pa una semana,
yo quiero serte más síncero,
si cabe. Mira, Berlanga,

la verdaz: á mí el trabajo
corporio me hace la pascua
de un modo que, francamente,
mejor me estoy en la cama
quince días con dolores
que haciendo por ahí ginasia
en los aleros, á pique
de romperme un día el alma,
y como la vida es corta
y uno tiene que alargársela
porque si nó de este mundo
ya sabes lo que se saca,
pues me he hecho el siguiente cárculo:
con seis reales que me pasa
la Sociedaz, más catorce
que le producen las planchas
á mi mujer, suman veinte,
y me llevo dos; se gastan
en la mantención, la elétrica,
el cuarto y la endumentaria
doce, á too tirar; de forma
que, ú mienten las matemáticas,
ú me sobran dos pesetas
pa los vicios que me esmaltan,
y que son, (mientras continue
la Dolores buena y sana,)
el vino, el mus, el tabaco

y en su tiempo la mojama.
Quié decirse, que teniendo
buen humor, saluz y pasta,
va á trabajar mi difunto
padre, si le da la gana,
porque en estas condiciones
lo que es el hijo ¡nequaquam!
—Eso va á ser hasta el día
que se jamen la tostada
y te encuentres el puchero
de los garbanzos con gasa.
—¡De dónde!... ¿Pero es que tú
te figuras que hoy se mama
el dedo la clase obrera
como antes se lo mamaba?
¡¡Por aquí!! ¿Tú te has pensao
que yo soy un calabaza
de tu tenor, que no sabe
dónde le aprietan las chanclas?
Si á mí me se hiciera vítima
del atropello que narras,
(¡que no me se hará!), ¿tú crees
que *La nueva solidaria*
de arbañiles iba á estarse
mirando las musarañas?
—¡Claro que sí!
—Pues entonces,

¿pa qué sirven las ventajas
de la unión, si no es pa hacer
lo que á uno le dé la gana?
¿Nos hemos pasao la vida
luchando por que triunfara
nuestra idea pa seguir
siendo los burros de carga?
¡¡Ca!! Lo que sudó mi padre
por ahí machacando grava,
¿te piensas que yo no voy
á cobrármelo en la cama
tocándome las narices
á pulso? ¡¡Con esta cara!!
¡Qué duda cabe! Y te advierto
que si alguno me delata
y me despiden de la obra
y no me apoya la masa
del gremio, como las bases
de los estatutos marcan,
alguien va á tener recuerdo
de Ulpiano Malpica y Záncara.
—Hombre, ¿pero no comprendes
que si too el mundo pensara
como tú, Dios andaría
de cabeza?
—¡No sé nada!
—¿No ves que sin el trabajo,

la virtuz y la costancia
no hay fuerza moral ni base
pa imponer nuestro pograma?
—¡Déjame á mí de monsergas!
Yo pienso á la catalana
y digo: ¿cómo se logra
too aquello que á uno le salga
del interior? Pues formando
un núclio, que se le llama
Solidaridaz, pongamos
por ejemplo ú verbo en gracia,
y así de que esté en funciones
el núclio, te da la gana
de que te entreguen la Luna
ú pides la Biblia en pasta,
y ties la Luna y la Biblia,
si no es por buenas, por malas.
Ya sé yo que hay muchos primos
alumbraos que se entusiasman,
y que por la idea tiran
de un camión, si se lo mandan,
pero los que semos práticos
y vemos las cosas claras,
como Cambó y este cura
y algún que otro cucalandra,
nos mamamos una vida
que ni el lucero del alba.

—¿Sabes que me has convencido?
—¡Si está más claro que el agua!
—¡Toma, como que en diciendo
que me paguen la semana
me busco una enfermedaz
vitalicia, y á hacer gárgaras!
—La tubreculosis.
—¡Esa,
que es de las que dan más lástima!
—Bueno, pero no pedriques
por ahí la cosa, Berlanga,
porque si hacen toos lo mismo
se acabó lo que se daba.



EL FOOT-BALL

EL FOOT-BALL

No puedo, técnicamente,
deciros ni una palabra
del *foot-ball,* porque soy hombre
de costumbres anticuadas
y declaro con franqueza
que nunca me hicieron gracia
más que los juegos tranquilos
como el julepe y la rana,
que sin quebranto del cuerpo
sirven de expansión al alma,
pero aunque mis aficiones
y mi sangre musulmana
de los deportes modernos
resueltamente me apartan,
reconozco honradamente
las innúmeras ventajas
del *foot-ball,* ese modelo
de buen tono y de elegancia

que la nación admirable
del *Whisky* y de la morrada
introdujo en este pobre
pueblo de costumbres bárbaras.
¡Cómo, con el noble juego,
se vigoriza la raza
y adquieren fuerza los músculos
y los pulmones se ensanchan!
¡De qué forma tan sencilla,
hecho cada poro un Niágara,
se purifica la sangre
y el cuerpo pierde la grasa!
¡Qué bien en fuerza de saltos
y coscorrones y *cargas*
los pectorales se amplían
y se endurecen las nalgas!...
Cierto que el que tiene el virus
del *foot-ball* en las entrañas
es capaz de hacerse polvo
los sesos contra una tapia.
Cierto que en algunos casos,
cuando el entusiasmo estalla
y el amor propio se encuentra
pendiente de una jugada,
por hacer un *goal* brillante
los riñones se relajan
ó la nariz más correcta

de forma y de sitio cambia,
pero ¿pueden importarnos
detalles tan sin substancia
tratándose de una fiesta
culta, varonil y sana?
¿Qué más da que los seis niños
que tengo, (¡hijos de mi alma!),
estén desde que amanece
dándose coces en casa?
¿Qué importa que yo consuma
de tres partes de la paga
una en algodón hidrófilo
y en sublimado y en árnica
y otra en punteras, tacones
y medias suelas y palas?
¿Es que existe, por ventura,
bajo el cielo cosa humana
en la que no estén las contras
enfrente de las ventajas?

. . . .

. . . .

¡A ti, glorioso inventor
del *foot-ball*, debe mi España
la dicha de haber salido
del atraso en que se hallaba!

¡Por ti, mis hijos son fuertes...
pero ¡Ay, si yo te pillara
solito en un escampado
de noche y con una estaca!...



EL NOBLE AMIGO

EL NOBLE AMIGO

Al notable poeta almeriense José de Burgos.

—¡Ese ya hace tiempo que anda
buscándome las cosquillas,
y voy á tener que darle
un tortazo el mejor día!
—¿Has roto con él?
—He roto
por no romperle la crisma.
—¡Tan buenos amigos que erais!
—Ya ves tú.
—¡Paece mentira!
Aún tenís que hacer las paces.
—¿Con él? ¡Antes me afusilan!
—Pues yo, si te he de ser franco,
no he notao entodavía
ningún detalle que endique
su animalversión.

—¡No digas
tontunas! ¡Si desde que abre
los ojos no se dedica
más que á pensar en la forma
de hacerme á mí la santisma!
—¡Desageraciones tuyas!
—¿Desageraciones mías?...
—¡Es natural!
—¡Tú no sabes
ni la metá de la misa!
¡Si yo empiezo á referirte
bajezas y guarrerías
de Vítor me estoy hablando
hasta que hagan la Gran Vía!
—Pues no me explico la cosa.
—¡Ni ninguno se la explica!
—¿Y por qué fué la ruztura?
—Pues verás: el otro día
fuimos á ver *Gerineldo*
los tres; yo con esa chica
morena que tié el salón
de peinar junto á Pardiñas,
y él solo, porque resulta
que es un poco modernista...
—¡Hombre, Ecequiel!!...
—¡No hay más hombre
que lo que salta á la vista!

—¿Quién te lo ha dicho?
—La Adela,
que sabes que es fidedizna.
—¡No lo creo aunque lo jures!
—Yo tampoco lo creía,
pero hay endicios que prueban
que lo es, y esto te lo endica:
¿tú le has conocido á Vítor
en relaciones inlícitas
con nadie?
—No me recuerdo.
—¡Ya tiés ahí el primer síntoma!
—¿Tú has oservao que se gaste
ni tanto así de saliva
en decirle á las mujeres
la chirigota más mínima?
—¡Jamás!
—¿Fuma?
—No.
—¿Tié pelos
en la cara?
—La tié lisa.
—¿Tú le ves alborotarse,
como ca hijo de vecina,
cuando mueven los macizos
la Andrés ú *las Argentinas*?
—No se altera mayormente,

al menos así á la vista.
—Pues eso prueba que toma
de manera muy distinta
que tú y que yo los afeztos
y las cosas de la vida,
y como yo á ti te estimo
más que á uno de mi familia,
te aconsejo que no alternes
con él, porque ya prencipian
á señalarte y no quiero
que tú lleves ese estizma.
—¡Gracias!
—Yo te hablo de amigo.
—Sigue.
—Bien, pues á lo que iba:
¿Tú has estao en *Gerineldo?*
—Hace tres ú cuatro días.
Ya sabes que yo me privo
por las obras sicalíticas.
—¿Y qué tal?
—Me sastiface.
—Y á mí.
—¡Y á too el que distinga!
No es una *Güedeja rubia*
ni un *Arte de ser bonita*,
¡pero también es de abrigo!
—¡Me alegro de que lo digas!

—¿Por qué?
—Porque casualmente
concidimos en la crítica.
Ya ves si abundo en la idea
que tú, que como esa chica
peinadora que te digo
me trae loco de fatigas,
y por más que la machaco
le ha dao por la tontería
de la honradez y no hay forma
de que se meta en harina,
me dije, digo: pues á esta
me la llevo de rositas
al Español, y si viendo
Gerineldo no la diña,
es porque es incorrutible
del too. Conque con las mismas
me compro dos delanteras
de prencipal que tenía
un revendedor; me planto
de dos brincos en Pardiñas,
sale, la espongo mi ojeto,
dice que sí de seguida,
va á su casa, vuelve al poco,
montamos en el tranvía
de las Ventas, nos bajamos
en la calle de Sevilla

y antes de cinco minutos
de reló ya nos tenías
sentaos.—*¿Sabe usté Ecequiel*
(dice de pronto la chica)
que tengo una delantera
de encargo?
—*No.*
—*¡Pues es tibia!*
—*¿Por qué?*
—*Porque me entra el aire*
por toos laos.
—*Pues anda arriba,*
y ven y siéntate aquí
si te gusta más la mía.
Conque hacemos la permuta,
y en esto va y se prencipia
la función. Concluye el azto
primero, ande se averigua
claramente que la reina
ha sido la cuncubina
del paje y que su muchacha
también pajea. Me mira,
incendiá, la peinadora,
y yo silencio en las filas;
sólo me lemito á darla
alguna que otra pastilla
de menta, que, como sabes,

cuasi siempre llevo encima.
—¡Valiente punto!
—¡La prática
que enseña mucho en la vida!
Y viene el azto segundo:
se presenta la infantina,
y diéndose pa su madre
le cuenta la tontería
que ha hecho con el paje; llora
la reina, porque le pica
su amor propio de *cocotre,*
pero como es una tía
con toa la barba y se huele
que le han chafao la combina,
va y le sopla á su marido
ce por be lo de la chica;
se quedan pasmaos los nobles,
el rey bufa y se encabrita
porque le hace daño el chisme
de su conyugüe, y la niña,
molestá porque su madre
le ha sacao las porquerías
á relucir malamente,
sin mirar que tién visita,
descubre lo de la reina
con el gachó de la pipa.
Conque traen á *Gerineldo,*

y en vez de darle una trilla
de palos pa que tuviera
más cuidao con lo que hacía,
le besa el rey en los pósmulos
y le da el pendón encima.
Entonces, la peinadora
me dice muy encendida:
—*¿Pero esto es un gallinero*
ú es la Corte de Castilla?...
¡Esto es (la refuto yo,
arrimando mi sardina
á su ascua) *que las mujeres*
que aman y que son castizas
le entregan su sangre al hombre
que las quiere con fatigas!
—*¡Ecequiel, no diga usté eso!...*
—*¿Pues qué quieres que te diga,*
corazón, si estoy pasando
las morás por tus caricias?
—*¡Ay, Ecequiel!*
—*¿Qué deseas?*
—*¡Que quite usté la rodilla!*
(me contesta suplicante),
y dije: *¡Cayó otra vítima!*
Conque en esto oigo que exclaman
por detrás de mí:—*¡Mocita:*
tenga usté cuidao con ese

que es casao y tié dos hijas!
Vuelvo la cabeza, y ¡Vítor!
—¡Pues sí que es una bromita!
—Como que así de que oyó
la muchacha la noticia
me llamó cerdo, y se fué
del local echando chispas.
—¡Pues cuéntala con los muertos!
—¡Toma, ya por fallecida!
¡Por supuesto, que le puse
de insultos y groserías,
que si él es más hombre, se arma
la primera esterotipia!
—¡Lo que es yo que tú le arrimo
un capón!
—¡Y se lo arrimas
y na! ¿Qué le hace un capón
á Vítor?
—Verdá.
—¿Te explicas
ahora el odio que le tengo?
—¡Sí señor! El que le quita
de las manos á un amigo
una mujer que está en vísperas,
fustrándole malamente
su distración favorita,
¡ni sabe lo que es aprecio,

ni ha pasao ciertas fatigas,
ni conoce la vergüenza,
ni es varón!
—¡Chócala, Dimas!
¡Tú destingues de estas cosas!
—¡Es natural que destinga!



UN HOMBRE SESUDO

UN HOMBRE SESUDO

—Tú me gustas porque no eres
como esos que se arrebatan
de seguida y too lo arreglan
con la punta de la faca;
tú ves las cosas en frío,
las esaminas con calma,
pesas las razones y obras
conforme á las circustancias.
—¡Claro está!
                    —Si á otro le ocurre
lo que á ti con la Donata,
supongamos, á estas fechas
se ha buscao una desgracia.
—¡Qué duda!
                    —¡Pero muy gorda!
—¡Pa eso sirve la incefálica!
Yo reflesiono y me digo:
«Vamos por partes, Torralba;

si ella, siendo tu mujer
ante el Código, y costándola
claramente que te asiste
derecho pa degollarla,
según la ley, coge al *Mocho*
como le ha cogido, y saca
mientras tú vas al asunto
del estucao á Villalba,
tu ropa buena y el poco
dinero que tiés en casa,
y con ellos y el produto
del mobilario se largan
sin escribirte, siquiera
por cumplir, cuatro palabras,
y se están por ahí tres meses,
¿no es una prueba palmaria
de que ella es inresponsable
viendo las cosas con calma?
Si una fuerza inresistible
la hace cometer la falta
que cometió en un momento
de arrebato, ¿qué adelantas
quitándola de este mundo
súbitamente? ¡Dí!... ¡Nada!»
—¡Conformes!

—Por otro lao,
¿doy parte al Juzgao de guardia

de la ocurrencia? ¡Pa qué,
si no van á restaurarla!
Se arma el escándalo padre,
se entera toá la manzana
de la porquería y tú
te quedas igual que estabas.
Pa terminar: que yo entonces,
recordándome la fábula
del elefante y la hormiga,
dije: «¡Pacencia, Torralba!»
Y qué hago; me voy á ver
al médico de la Casa
de Socorro, que es un hombre
de carrera y que nos trata
de igual á igual, porque estuvo
de doncella la Donata
con sus padres, se lo esplico,
y me dice:—*¡No me estraña!*
Tu mujer tiene un defezto
que se apellida vesania,
(vulgariamente locura).
Y yo entonces dije:—*¡Basta!*
El que está loco, ¿delincue?...
¡Ahí está el quíz!—
—¡Vamos, calla!
—No, ¿verdá?
—¡No!

—Lo que prueba,
como tres y dos son varias,
que el hecho que se la imputa
fué realmente una desgracia
más que un delito.
—De forma
que si á ti te da la gana
de juzgar erroniamente
la cosa, y vas y la matas,
¡ya ves!...
—Como que los hombres
inreflesivos son causa,
muchas veces, de que trunfe
la injusticia; verbo en gracia
mi caso, que está bien fresco:
me se fuga la Donata
en un razto de demencia,
como se ha visto á las claras;
me se está fuera tres meses;
prencipian á caluniarla
(tú ya conoces las lenguas
que hay por ahí...)
—Conozco varias.
—Aumenta la Prensa el hecho;
me fríen toos á pigramas;
me enemisto con Dios Padre
por las chuflas que me gastan,

y luego, qué. Pues que un día,
cuando más tranquilo estaba
repasándome los callos,
se presenta hecha una lástima
en mi hogar (Andrés Borrego,
veintiocho, ande tiés tu casa...)
—Gracias.
—No hay de qué. Que al verme,
va y me se arroja á mis plantas
anegá en llanto y con una
congoja que me se ahogaba,
y que me dice:—*Manolo:*
¡soy una infame!—*¡Levanta,*
pobre vítima! (la digo
echándola una mirada
de compasión). *¿Tú qué sabes*
ni qué entiendes de lo que hablas?
—¡Y hoy como dos novios!...
—¿Hoy?...
¡Orgulloso de que me haigan
hecho así, con este génio
reflesivo!
—¡Es una ganga!...
Y ella, qué.
—¡Pues de primera,
chico! La tengo en Las Navas,
aconsejao, porque al ver

lo mústia y desmejorada
que volvió, dije: «Pues ahora,
con esta calor de fragua
que está haciendo, me se queda
la pobre como una flauta.»
Conque voy y se la llevo
al médico de la Casa
de Socorro, que ya he dicho
la amistaz con que nos trata,
y en cuanto la vió de cerca,
y se la encontró tan pálida,
y la esaminó las púpilas
y estuvo un rato oservándola,
me coge aparte y me dice:
A tu mujer le hace falta
osígeno, porque ocurre
que, además de la vesania,
está de dos y conviene
que haga vida reposada.
Añide á esto que tié anemia
y que hay, pa poder salvarla,
que someterla á una ación
inminentemente láztea.
—¿Y qué es eso?
—Leche.
—Entonces
están indicás Las Navas.

—Con que al comprender el médico,
por mi aztituz, que yo andaba
mal de fondos, va y contínua:
Mira: da la circunstancia,
Manolo, de que yo quiero
pasar una temporada
en el campo; de manera
que si pa ti es una carga
el viaje, no te preocupes,
porque habiendo confianza
se va conmigo y conmigo
se vendrá.—¡Tantísmas gracias!
le contesté yo, y se fueron
hará un mes pasao mañana.
Too esto sin dar ni una perra
chica, porque él la sufragua
de su *motur propio* el viaje,
la mantención y la estancia.
—¿De modo que no te ocupas
de ella?
—¿Quién, yo?... ¡Buena gana!
¿Pa qué vamos á ocuparnos
dos?...
—Verdá; con uno basta.
—Yo suelo ir ca quince días
una vez á visitarla,
y arreglao.

—Estará buena.
—¡Más redonda que una vaca!
Carcúlate tú: al cuidao
de un hombre así, y en Las Navas,
¡cómo se estará nutriendo
la pobrecita de mi alma!

A mi chula.

Orgulloso de verse prisionero
bajo los pliegues del mantón de rizo,
va tu cuerpo garboso, que Dios hizo
con sangre de manola y de chispero;
es, cuando se cimbrea, pregonero
de ocultas gracias su vaivén castizo,
y al supuesto no más de tanto hechizo
te rinde pleitesía el mundo entero.
Tus negros ojos de mirar ardiente,
y tu boca, de amores acicate,
hante dado un poder superlativo;
porque tú, como Dios omnipotente,
consigues elevar al que se abate
y logras abatir al que es altivo.

Moldes nuevos.

MOLDES NUEVOS

Para mi excelente amigo el Dr. Decref.

—En vista de que la vida
resulta ca vez más cara,
porque está too por las nubes
y el triste jornal no alcanza
pa mal vivir, aunque afines
y te hartes de hacer ginasia,
hay que aguzar el ingenio,
porque el hombre que se estanca
en la rutina, se muere
de asco.
—Me gusta ese másima.
—¿De veras?
—Yo lo que digo
lo siento.
—Pues hombre, gracias.
—No se merecen.

—Y voy
á explicarte en dos palabras
la razón de haber tocao
este tema.
—Venga.
—Miala.
Yo, de oficial de botero,
vengo á sacar ca semana
cuatro *cabezotas*, que hacen
deciséis al mes; rebaja
nueve y medio que me cuesta
la mantención y la cama
donde me tienen de púpilo;
pon de lavao y de plancha
diez riales; añide luego
pa gastos de endumentaria
alredor de diez pesetas,
si quiés vestir una miaja;
retira dos ú tres duros,
que es lo menos que te gastas
en fumarte cuatro *toñas*
y en convidar á las damas
un día, porque no vas
á quererlo too de guagua,
y si echa las cuentas uno
que entienda de matemáticas,
¡que me diga á ver qué líquido

me queda á mí!
—Casi nada.
A mí tampoco me llega
por más que lo estiro.
—Y gracias
que tú eres solo, y si vives
á ramal y media manta,
como aquel que dijo, nadie
te agobia ni te reclama,
pero yo ya tengo que ir
pensando en lo de la Paula,
porque ca día resulta
la cosa más descarada
y ayer me dijo su padre
que pa probatura basta,
y que como me haga el loco
me va á reventar la cara.
—Tie razón.
—Es que llevando
las cosas á rajatabla,
mi responsabilidáz
no creas que está tan clara.
—Pero ya tiés que casarte
con ella, por lo nomala
que es tu situación.
—¡Ah, claro!
De eso ni media palabra.

No pué ser uno tampoco
muy delicao, según andan
hoy las hembras, porque dime
qué mujer está sin macas.
¡La Cibeles!
—Hay algunas.
—¡De tres docenas no pasan!
—Pué ser; pero sobre too
¿te quiere?
—¡Eso sí!
—Pues basta,
que al fin y al cabo la chica
parece buena muchacha
y es bonitilla y juiciosa
y está muy bien educada.
—¡No, si es buena! Y además
te azvierto que si hace falta
sale por ahí con lo suyo,
que son los peinaos, y saca
pa una ayuda.
—Pues podéis
hasta ahorrar, si ella trabaja.
—Es que yo quiero tenerla
metida siempre en mi casa,
pa que me lave la ropa
y la cosa, y friegue y barra,
y no he de dejar, como otros,

que mi mujer entre y salga,
porque en un minuto ocurre
lo que en un año no pasa.
Y como ya nos juntamos
tres bocas, porque á la Paula
se le ha retirao el jugo
y tengo que buscar ama,
de ahí que lleve quince días
quemándome las pestañas,
porque está visto que inflando
pellejos, por mucho que hagas,
según como están las cosas
de dos cincuenta no pasas.
—¿Y has dao con algo?
—Pues mira:
ahora que vienen las Pascuas,
he pensao plantar un puesto
de zambombas en la plaza
Mayor, y pa llamar público
poner al frente á la Paula,
porque da la concidencia
de que maneja la caña
de un modo que cuando toca
es estar oyendo un arpa.
Ya sé yo que esto se presta
pa que los guasones hagan
anedoctas de mal gusto,

pero si al final se sacan
del negocio diez ú quince,
eso me encuentro en mi casa
¿No es así?
—Naturalmente.
—Ahora, que luego se pasa
la aztualidáz pa esta clase
de istrumentos y se acaba
la industria, pero pa entonces
me traigo una martingala
pa dejar hasta el oficio
si me apuras.
—¡Concho!...
—¡Nada!
—¿Y cuál es?
—Escribir piezas
pa los *cines*.
—¡Vamos, calla!...
—¡Y va á ser contigo!
—¡Bueno!...
¡Sí que estás como una cabra
de loco!
—¿Tú coloboras?
—Mira: métete en la cama
y arrópate.
—¿Sí? Pues oye;
ya que lo tomas á guasa

voy á ponerte el ejemplo:
yo conozco á uno que estaba
de echador en *Platerías*
y ha estrenao dos ú tres dramas
y ya tié gabán con vuelo,
y hay que ver cómo le tratan
los periódicos, que paece
que es de Arniches de quien hablan
cuando estrena. ¡Ca bombazo
le dan que tira de espaldas!
¡Conque ya ves!...
—Pero escucha:
¿tú cómo estás de Gramática?
—¡Yo qué sé!
—Porque te azvierto
que pueda ser que haga falta.
—¡Quita, hombre! Teniendo ideas
con novedáz y algo clara
la letra, ¡ríete tú
de síntasis y antiguallas!
¡Tengo yo un asunto propio
que es tibio!...
—¿Sí?
—¡Cuasi nada!...
¡Fíjate tú en el asunto!
Son (pa que veas que hay salsa)
dos que quieren á una: un viejo

con mucho *parné*, que trata
de seducirla, y un chico
que no tié ni una *lucana*,
pero con un corazón
que no le cabe en el mapa.
¿Qué te paece?
—No está mal
traído.
—¿Sí? ¡Pues aguarda!
El novio, que es fogonero
del ferrocarril de Arganda,
tié que salir una noche
de servicio; la muchacha,
toda acongojá y vertiendo
talmente chorros de lágrimas,
está velando á su madre
que agoniza de unas gástricas
y no tié pa medicinas...
¡Ya ves! De pronto levantan
el picaporte; penetra
el que hace el traidor y clava
sus ojos en ella; al verle
la chica, con voz ahogada,
le pide por Dios seis riales
pa un cocimiento; el canalla
la ofrece catorce á cambio
de su honor; ella rechaza

con indiznación la suma,
pero él, queriendo á mansalva
sastifacer sus estintos
creminales, se abalanza
sobre su vítima. Entonces
ella, cegá por la rabia,
coge el servicio de hierro
con baño de porcelana
que pa el uso de la enferma
tié debajo de la cama,
y después de gritar:—*¡Antes
creminal que deshonrada!*,
le da con él en los sesos
de una manera tan bárbara,
que el vámpiro miserable
cae desplomao en la estancia.
En esto aparece el novio;
ve á su rival; ella lanza
una carcajá nerviosa;
cae en sus brazos; se arranca
con un garrotín; espira
la madre, y concluye el drama.
¿Y ahora qué dices?
—Pensé
que eras una calabaza
pero ya me he convencido
del gran error en que estaba.

¡Dispensa, chico!
—¿De forma
que pruebo?
—¡Qué duda!... Dramas
de ese tenor llevo vistos
catorce en una semana,
y dan dinero y el público
se relame en las butacas.
—Me alegro de que concidas
porque prencipio mañana.
—Teniendo esas condiciones
pa inventar asuntos, ¡nada!;
deja el oficio cuanto antes
y que infle pellejos Maura.

CUESTIÓN DE GUSTOS

Cuestión de gustos.

PRIMERA PARTE

—No me cabe en la cabeza,
con lo abultá que la tengo,
el que á ti y á otros idiotas
sos guste tanto el ivierno.
—Supongo que no quedrás
arrebatarme el derecho
de que á mí me guste helarme
sin tu permiso.
—Ná de eso.
Pero como yo también
pago tamboril, y tengo
onímoda libertaz
pa discutir el criterio
de too dios, velay la cosa.
—Mira, Isidoro: pasemos
á otro asunto, porque siempre
que se origina hablar de esto

salimos enemistaos
pa un siglo. Tú y yo tenemos
los gustos al viceversa,
porque mi temperamento
es puramente ninfático
y el tuyo es sanguinolento,
y como ni ahora ni nunca
nos encontramos de acuerdo,
y en cuanto abrimos la boca
ya está en peligro el pellejo,
he pensao que la amistaz
que nos une tan estrechos
se reduzga á saludarnos
y na más.
—Yo no lo veo
tan así como tú dices.
—¡Pues es preciso estar ciego!
¿Pa qué vamos á andar siempre
igual que el gato y el perro,
cuando sabes que ú salimos
á trastazos ú ofendemos
á la memoria de seres
diznos del mayor respeto
pa entre nosotros, como es
tu padre, sin ir más lejos?
Si no se ha dao entoavía
el caso, desde pequeños,

de que tu gusto y el mío
haigan ido paralelos,
por hache ú be; si está visto
que, aunque nos hagan de nuevo,
ni tú has de variar de miras
ni yo he de cambiar de genio,
comprenderás, Isidoro,
sin hacerte agua los sesos,
que entre nosotros no caben
más palabras, por ejemplo,
que —*¡Hola!*—*¿Como estás?*—*Bien, gracias.*
—*¿Y en la tuya?*—*Toos tan buenos.*
—Alguna vez hemos ido
acordes.
—No me recuerdo
mas que una: cuando la Hilaria
nos quiso al unis; y pa eso
ya sabes tú que en la forma
de tratarla discrepemos,
que ca cual llegó á su estima
por muy distintos senderos.
—Tú la entrastes por el ojo
derecho.
—Así lo vi luego,
y, sin embargo, tú fuistes
el que la sacó el dinero.
—¡Suerte!

—No; poca vergüenza.
—Pué que sí.
—Dalo por hecho.
Pero, en fin, aquí se trata
de poner de manifiesto
lo contrapeaos que marchan
nuestros gustos predileztos
en esta vida, y la prueba
más clara la dan los hechos.
A ti, en materia política,
(voy á ponerte un ejemplo),
Rubaudonadeu te paece
cuasi cuasi un monumento.
—¡¡Siempre!!
—Conforme; y pa mí,
respetando tu criterio,
don Juan la Cierva es el tío
más grande de too el misferio.
—¡Allá ca uno!
—Tú te viertes
de risa (en otro terreno)
con los clones de los circos,
igual que un chico pequeño,
y yo, que soy pocondriaco
rematao de nacimiento,
resulta que no me río
ni con los metines vuestros.

—¡Oye, tú!...
—Chico, qué quieres;
cuestión de temperamento.
Yo me lavo toos los días
tres veces, y si me veo
las uñas de medio luto
ya me ataco de los nervios;
en cambio tú no conoces
lo que es la palabra aseo
y llevas medio centímetro
de verdín en el pescuezo.
—Eso es nativo.
—¡Eso es...! Iba
á decirte lo que es eso,
pero queda mal sabor
de paladar y no quiero.
—Irás mejor tú, que llevas
una arroba de cosmético
y hay días de la semana
que paeces del otro seso.
—Ya ves, y por el contrario
tú te pones y á dos metros
no hay un cristo que distinga
si eres sastre ú pozo negro.
—¿De veras?
—El que te puso
Isidoro tuvo acierto,

porque lo que es de inodoro
no hay quien te haiga visto un pelo.
—¡Y á mucha honra, ya que ensistes
en lo del olor! Yo huelo,
como dices, porque soy
muy hombre. ¿Te enteras? ¡Eso!
Y too aquel que huele á lisir,
y se suena con moquero,
y gasta ligas de goma,
y compra papel higiénico
como las cocotres, ese
no debe estar en el seno
de una sociedaz ande haiga
seres veriles.
—Te debo
participar que si vuelves
á pisar ese terreno
te voy á poner los ojos
como dos claras de huevo.
—No lo he dicho con la idea
de zarirte.
—¡Lo estás viendo!...
No hay discursión con carázteres
tan desidentes, á menos
que nos rompamos á golpes
ca quince días un hueso.
Por lo tanto, siga ca uno

con su tema y *lausus deo,*
sin meterse en lo que al prójimo
le dizte su fuero interno.
¿Que tú estás por el verano
y que te gusta en extremo
que el forro de tu persona
rezume alquitrán noruego?
¡Pa ti! ¿Que, por la contraria,
yo disfruto más que el verbo
los días, pongo por caso,
que estoy debajo del cero?
¡A ti, piscis! ¿Va á ser esta
razón pa que nos lisiemos?
—¡Hombre, no!
                —Pues á otra cosa.
¿No te paece?
                —Por mí, bueno.
¿Hacia ande vas?
                —A mi casa.
—Espera un poco.
                —¡Hasta luego!
—Toma un pitillo.
                —No fumo.
—¿Quiés una copa?
                —No bebo.
—Acompáñame á ver á esa.
—Gracias; ya sabes el cuento...

Cuestión de gustos.

SEGUNDA PARTE

—Hoy que estás de muy diversa
conformidaz y no hay miedo
de que la buena armonía
que nos junta, desde tiempos
antiquismos, se interrumpa
por palabra más ú menos,
voy á ensistir, aunque digas
que soy más pesao que el hierro,
en que me espliques qué clase
de ventajas tié el ivierno
sobre el verano.
—¡No vuelvas
á dicha cuestión!
—Te advierto
que mi ozjetivo no es otro
que ver si es que yo padezco
un error, pa susanarlo
y sumarme á ti.

—No creo,
dao lo cabezota que eres,
que te cambies.
—Más acérrimo
que Maura, Dios no lo encuentra
bajo la capa del cielo
ni con un faro *Tres Forcas*
en la punta de ca dedo,
y ya has oservao, no ostante,
dónde se ha metido el génio
y la hostilidaz. De forma
que yo, que soy un pizmeo
junto á él, lo mismo en riñones
que en soberbia y que en talento,
¡calcula tú si lo haré
cuestión de amor propio!
—Bueno;
poniéndote de ese cáriz
ya hay base pa que lleguemos
á una inteligencia.
—Entonces
prencipia.
—Pero antes quiero
que prometas no cortarme
la palabra.
—Lo prometo.
Y aunque te la corte, no hagas

caso, porque son los nervios.
—Está bien.
—Pues al asunto.
—Mira, Isidoro: el ivierno
es, dicho téznicamente,
una estación.
—Así creo
haberlo leído.
—En ella
el frío es el elemento
prencipal, como asimismo
la lluvia, ú sea el sustento
de la tierra, que sin agua
no daría ni el centeno,
ni el trigo, ni la algarroba
que han de servir en el resto
del año pa nutrición
de toos los que componemos
la sociedaz. Quié decirse
que la humedaz llega al centro
de la tierra y fruztifica
too aquello que tié en su seno;
bien sean ceriales, caldos
ú legumbres, pa que luego
el calórico lo acabe
de desarrollar. ¿No es eso?
—Sí.

—Pues lo dicho te indica,
mas que tengas el celebro
almohadillao, las ventajas
sinnúmeras del ivierno.
Ahora bien; ¿que cuando el frío
te se encaja por derecho
tirita la intremerata?
¿Quién va á negar ese extremo?
—¡Como que esto ya es helarse
con la capa puesta!
—¡Es cierto!
Dirás que ahora hay pulmonías
y que se acatarra el verbo
sin pensarlo, y que la suele
diñar más tanto por ciento.
¡Lo sé! Dirás que te pasas
la mayor parte del tiempo
sonándote, con perjuicio
de otros quehaceres más serios.
¡Conformes! Dirás que á veces
tiés que hacer un gran esfuerzo
pa saber si tú eres tú
ó eres tu hermano pequeño...
—¡Qué ocurre!
—¿A mí qué me vas
á decir, si me penetro
de too?

—Lo supongo.
—En cambio,
visto por el lao higiénico,
¿con qué se evita hoy en día
la corrución de los cuerpos
animales pa que tengan
más duración? ¡Con el hielo!
¿Cómo vienen los besugos
y otros pescaos de los puertos
de mar, á fin de que lleguen
sin *funguelar?* ¡Pues con eso!
—Por ahí sí; pero ahora dime,
porque too es menester verlo:
¿y cuando empiezan las lluvias
y te se embarriza el suelo
y te se ponen los pieses
enguachaos?...
—¡Mia tú este!... ¡Pa eso
tiés los chanclos!
—Son nocivos
á la saluz.
—¡Estás fresco!
—¡Natural que sí!
—¿Por quién
lo sabes tú?
—Por los médicos,
que dicen que no trespiran

los poros lo que tenemos
en la sangre y se cuagulan
los humores.
—¡Pues yo llevo
ya seis pares, y entoavía
no he notao ese defezto!
—Yo también los he tenido.
—¿Chanclos tú?
—¡Yo!
—No recuerdo
de haberte visto en mi vida
más que en chanclas.
—Fué un osequio
que me hizo la Melitona
el día que nos tomemos
los dichos, y no podía
dar ni un paso.
—Los primeros
siempre se extrañan un poco.
—¡Digo! Como que tuvieron
que abrírmelos más que á escape
porque iba mártir con ellos.
—No serían de tu número.
—Se conoce.
—Pero bueno;
comprenderás que esas son
menucias sin fundamento

pa alterar en lo más mínimo
la tisis que yo defiendo.
¿El calor corrompe y seca?
¡Pues lo corruzto y lo seco
no pué acetarlo ninguno
si tié quilibraos los sesos!
Por consiguiente, yo sigo
siendo hóstil á tu criterio,
y no cambio auuque me den
«La Equitativa»
—Lo siento;
pero, francamente, chico,
yo tampoco me convezco,
y entre soplarme las yemas
ú rezumar por el cuero
aceite recino, estoy
por lo último.
—¡Buen provecho!
—¿Vas á negar que en verano
está más alegre el cielo,
y son las hembras más guapas,
y tién los hombres más fuego,
y se caldea la sangre,
y se avivan los deseos,
y vistes con tres ochavos,
y sastifaces el cuerpo
con un tomate maduro

y un ceneque de diez céntimos?...
Y en invierno, ¿qué? ¡Si da
risa la facha que hacemos!...
¿No me ves á mí con esta
zamarra de cuatro dedos
de grosor y estoy pegando
diente con diente? ¿No veo
que tú, en persona, gustándote
como te gusta este tiempo,
llevas la nariz lo mismo
que un cuentagotas? ¿Qué efezto
pasional vas á causarle
á una mujer de algún mérito
si cuando la tiés perpleja
se fija en ese goteo?
¿Dónde vas con estos fríos
tan grandes que están haciendo,
si sabes que quedas mal
de noventa veces ciento?...
En cambio, con los calores
te encuentras llano el terreno
pa too, y como pués hacer
lo que te salga del pecho,
si te da la gana vas
en pelotari.
—¿Qué es eso?
—Con una armilla de rayas

y un calzoncillo de lienzo,
que respetive á elegancia
no es pa que te den el premio
Nobel, pero que tocante
á comodidaz no hablemos.
¡Bendito sea el verano,
con chinches y too, Verdejo,
porque en verano too vive!
—Los bichos.
—¡Y los sujetos!
—No congeniamos ni á tiros.
—¡Ya cambiarás con el tiempo!
—¿Quién, yo?...
—¡Tú!
—¡Primero moro!
—¡Camará, miá que eres terco!
—¡Si á mí me arraiga una idea
no me la tuerce ni el clero!
—¡Ciervista al fin!
—Y á mucha honra.
—¡Qué animal eres!
—Te pego
dos patás como repitas
esa expresión!
—¿Por qué? ¡Bueno!...
—¡Porque la Cierva es mi padre!
—¡Anda, pues ahora me entero!

COPLAS

Pelito negro y con ondas
tiene la que yo camelo;
pelito negro y con ondas,
que es como me gusta el pelo.

—

¡Lo que es el amor, compadre!...
¡por el querer de una golfa
pierde uno hasta el de su madre!

—

¡Miá si es grande mi querer,
que sabiendo que me engañas
no te puedo aborrecer!

—

Si el gachó que te camela
no se encela alguna vez,
anda y que *le den dos duros,*
que ese no sabe querer.

—

¡Cómo está el mundo, alma mía!...
¡Ca minuto de placer
nos cuesta un año de vida!...

—

Cuándo querrá Dios del cielo
que suplicante me digas:
¡Déjame ya, que no puedo!

—

Me ha quitau de trebajar
una mañica mú maja;
á otros les vale su juerza,
á mí me vale mi maña.



¡Hoy las ciencias adelantan!...

¡Hoy las ciencias adelantan!...

—¿Pero qué es lo que te ocurre
pa ponerle á uno esa jeta,
que paece que estás tratando
con el que cobra las cédulas?
¡Jesús qué Dios!
—¡Y agradece
que no coja la cazuela
y te la estampe en los sesos
pa ver si es que así te enteras!
—¿De qué?
—¡De que ya me tienes
cansao de cenar lentejas
y alubias y porquerías
que salen lo mismo que entran!
Y te advierto, pa que luego
no te pille de sospresa,
que ó me cambias los *menuses*
ó estás á las consecuencias.

—¡Rediós, pues ¿qué quieres?
—Cosas
variás y que fortalezgan,
porque el hombre que trabaja
si no se nutre la entrega.
—¡Pero vente aquí á razones
y escucha y vamos á cuentas!
¿Tú cuánto ganas?
—Diez reales.
—¿Cuánto has dicho?
—¡Dos cincuenta!
—Diez reales, ¿verdá? Pues oye:
rebaja dos que te dejas
desfiguráos tóos los días
en la maldita taberna
(¡que así permita Dios que arda
con tóos los que entráis en ella!...)
—¡Muchas gracias!
—Y resulta
que ya son ocho; descuenta
otro par de ellos que gastas
en tabaco y cosas de esas;
deduce lo que me *pisas*
pa el mús ilustrao; aumenta,
á lo que rebajas, uno
que le das á la Nemesia
pa que saque alante al chico

que tuvo estando soltera,
y ahora, si lo reflexionas,
dime si con la peseta
cochina que traes á casa,
quiés que te sirva cocletas
de arzobispo y que te ponga
un faetón á la puerta.
—¡No quiero eso!
—¡Pues entonces!
—¡Pero ven aquí, so bestia,
que eres una especie de Osma
pa azministrar!
—¡No me ofendas,
Saturnino!
—¡Si es que le haces
perder á uno la chaveta!
Si tu padre, que esté en gloria,
no hubiese sido una acémila
y te hubiá dao una miaja
de coltura, y no tuvieras
ese defezto que tienes
de que eres analfabeta
de nación, y te enteraras
de lo que dice la Prensa,
sabrías como cá quisque
que en el día de la fecha
pa vivir á lo maznate

basta y sobra una peseta.
—¡Caray!
—¿Lo tomas á chunga?
Bueno; pues oye la idea
que se le ha ocurrido á un socio
y que vista de primera
intención, paece una cosa
de magia.
—¡Vamos á verla!
—Á ti te dan un *Carnete*...
—¿Y qué es eso?
—Una tarjeta
que no cuesta ná; en el azto
vas y te compras con ella,
verbo en gracia, una camisa
que vale un par de pesetas,
y si exhibes el *Carnete*
van y te rebajan media.
Nesecito yo unas botas
(que ahora da la concidencia
de que sí que me hacen falta,
porque llevo un dátil fuera),
pues me voy á un zapatero
de los que tién conivencia
con el socio, y si le había
de pagar sin la tarjeta
tres duros, es un digamos

pues le pago dos con ella.
Pon que ese mismo derecho
te asiste pa el de la tienda
de ultramarinos, pa el sastre
y pa tóos los que comercian;
añide que, además de eso,
quié el sino que te trompiezas,
vamos al decir, con uno
de los premios que sortean,
(porque igual te pué caber
á ti que á otro cualisquiera),
y resulta que á fin de año,
con poca suerte que tengas,
comes lo mismo que un oso,
vistes mejor que la reina,
gastas, si quiés, otromovil,
y además, tiés una renta
vitalicia pa tóo el tiempo
que te dure la esistencia.
—Sí; pero pa eso hará falta
tener guita.
—Con que puedas
juntar cuatro ó cinco duros
y empieces á darles vueltas,
ya tiés segura la vida
y está resuelto el poblema.
—¿Y entran también los caseros

en la cosa?
—¡No camelan!
Hay tres clases que no aceden
á rebajar ni una perra,
que son: las amas de cría,
los caseros y la Iglesia.
Pero eso, como tú sabes,
ni á ti ni á mi nos afezta;
el casero, porque tiés
quien nos pague la vivienda,
gracias á Dios; la nodriza,
porque contínuas inédita,
y lo otro, porque siguiendo
mangue viudo y tú soltera,
nos hace la misma falta
que á un Santo Cristo una percha.
—¡Oye, pues busca el *Carnete*.
—¡Toma, pues no, que se juega!



DESAHOGOS

La que te echó á este mundo
fué chalequera,
y á otra del mismo oficio
tomó por nuera.
Esto prueba que es cosa
ya decidida
que estés entre chalecos
toda tu vida.

—

¿Pero cómo quieres, dí,
que te crean, Nicanor,
si cuando dudan de ti
juras siempre por tu honor?

—

—¿Sabes la noticia?
—¿Cuál?
—Que Perico Sandoval,

el crítico de *El clarín,*
está ensayando, *por fin,*
una cosa original.
—¿Qué me cuentas?...
—¡La *chipén!*
—¡Yo estoy tonto!...
—¡Sí, Guillén;
¡por fin hizo Sandoval
una cosa original!
—¿Pero original, de quién?...



El Cometa.

EL COMETA

A mi queridísimo amigo el Dr. Barajas.

—¡Hombre, cállate, si puedes,
un minuto!
—No me callo
porque no me da la gana.
¿Te enteras? ¡Pues terminao!
—Bueno, pues habla.
—¡Qué duda!
Y te advierto, por si acaso,
que no me dirijas esas
miradas de toro bravo,
que me echas, por que tú á mí...
¡No quiero acabar el párrafo!
¡Paece mentira! ¿Qué has hecho
pa sufrir este cambiazo
y pa obrar de la manera

nómala que estás obrando?
¿Cómo tú que desde el día
que abandonastes el claustro
de tu madre, que esté en gloria,
no has tenido más que aplausos
por tu conduta, de pronto
tiras las patas por alto
y te empuercas en tu fama
y lo echas todo á barato?
¿A qué obedece esta brusca
metafórfolis, Rosauro,
de tu proceder? ¿Qué arceso
de najenación te ha dao
pa cambiar tan de repente
tu educación y tus hábitos?
Tú, que hasta hace quince días
has sido un ser tan esclavo
de la urbanidaz, que á veces
más de tres y más de cuatro
se han creído lo que no eres,
gracias á Dios, hoy, en cambio,
sin volver atrás la vista
siquiera pa hacerte cargo
de tu situación, te esplayas
en una forma, que vamos...
¡hay que tener mucha flema
pa no darte un estacazo!

¿Es justo que el que tiraba
poco menos que pa santo
esté haciéndose ahora dizno
de parar en un establo?
Dí: ¿qué te propones? ¿Ande
te encaminas? ¿Qué fin práztico
persigues con esa nueva
conduta que te has trazao?
¿A qué obedece, y perdona
la dureza con que te hablo,
la serie de porquerías
que estás haciendo á ca paso?
Hoy, de lo que antes juzgabas
sagradismo, prencipiando
por el clero, dices cosas
que dan arcadas, Rosauro;
ya pa ti no hay en el mundo
ni mujer que tenga un átomo
de vergüenza, ni menistro
que no se pringue las manos,
ni juez que no se encienague,
ni nadie dizno ni honrao,
porque te has vuelto tan víbora
pa hablar, y te has ido á un grado
de relajación, que hoy día
estás al nivel del guano.
En fin, ¿qué puede esperarse

de un hombre que tié el descaro
de decir, como dijistes
hará ocho días el sábado,
que no hay diez hijos legítimos
en todo el globo terraquio?...
—¡Hombre, Antonio, que en mi casa
hemos sido trece hermanos!...
—Pues entonces, so indecente,
¿por qué le haces ese escarnio
á la pobre que se pudre
bajo tierra? Porque aun dando
por sentao que sí, que pudo
tener ó que tuvo un rato
de debilidaz, ó llámese
como tú quieras llamarlo,
¿debes verter esa ofensa
que te da á ti de rechazo,
máxime cuando no existen
más que endicios, y esos vagos?
—¡Hombre!...
—¡No hay hombre que valga!
—¡Está bien!
—Yo soy muy claro,
y las acciones groseras
ni á mi padre se las paso.
—¿Quiés alcagües?
—¡Te los guardas!

—Coge siquiera unos cuantos
pa probar.
—¡De ti, ni gloria!
—Miá que son americanos.
—Bueno, trae pa acá...

. . . .

Pues sí;
lo que tú has hecho, Rosauro,
es lo más bajuno y más
indizno que hace cristiano,
y ya estás en una forma
que aquel que se estime en algo
tié que tarifar contigo
pa no hacerse solidario.
Tú has llevao el adulterio
al hogar de Sinibaldo
después de que le quitastes
unas botinas de elásticos,
cuasi nuevas, un flesible
y tres duros en metálico;
tú has vendido por seis reales
y un acordeón, aquel vástago
prematuro de tu hermana
que teníais en un frasco
con arcohol; tú ya no piensas
más que en el aguardentazo
y agarras cá pelerina

que á Dios se le cae el párpado,
y, en fin, pa que no parezca
que me cebo en el relato,
tú vas á misa, y en vez
de estasiarte con el Santo
Sacreficio, te entretienes,
como lo hemos visto varios,
en dar masaje á las hembras
que te se ponen á mano.
Es decir, que en quince días
te has hecho ladrón, borracho,
pestilente, adulterino,
soez, holgazán y blásfemo.
¿Qué es esto? ¿Cómo es posible
que el hijo de Masimiano
Carcabuey arrastre *az libitiun*
su apellido por el fango
sin levantarse pa *en sécula*
la tapadera del cránio?
—¡Hombre, Antonio!...
—¡No lo niegues!
—¡Pero yo qué he de negarlo
si lo hago aposta!
—¡¡Qué dices!!
—Lo que me estás escuchando;
y así de que te penetres
vas á comprender el cambio.

Mira, Antonio: en este mundo
si no me engañan mis cárculos,
por cá mil habrá cien hombres
personas diznas; quitando
de estos cien un veinticinco
que lo sean, supongamos,
de su natural, el resto
va por ahí aparentándolo
por temor á los ceviles
ó por miedo á un estacazo;
tú inclusive.
—¿Yo?
—Tú.
—¡Mira
lo que dices!
—Bueno, al grano.
Yo era decente y resulta
que he estao los mejores años
de mi juventuz moliéndome
los huesos en el trabajo
como una bestia, iznorante
del gusto de andar borracho
toos los días, asteniéndome
de jugarme tres ochavos
ni á la rana y sin saber
lo que era pasar un rato
de solaz con la señora

de este ó del otro, mediando
la cuyuntura de haberlas
que son un puro letargo.
—¡Las hay!
—En una palabra:
que mientras tú y otros zánganos
habéis tenido las hembras
á granel, yo estaba fallo
á estas cosas y vivía
sin salir de mi marasmo;
pero un día me dijeron
que el decisiete de Mayo
de resultas del cometa
la va á diñar hasta el gato,
y yo, al ver mi fin tan prósimo,
dije:—*¡Anda Dios! Pues pa cuatro*
días que le quedan á uno
de anidar en este páramo
si no aprovecho soy dizno
de que me enganchen á un carro.
Y empecé á buscar placeres
y á sumirme en el escándalo
y á too, sin ver las resultas,
porque al fin por mucho daño
que haga en el mundo, total
un par de meses.
—Rosauro,

¡no eres un idiota!
—En esa
convición vivo.
—Y te aplaudo,
teniendo en cuenta el motivo
que te ha inducido á este cambio.
—¡Gracias!

. . . .

—¿De modo que dices
que son dos meses, nó?
—Claro.
—Oye: ¿ande vive tu hermana
la viuda?...
—Se está mudando.
¿Por qué?
—Pa irme despidiendo
de la gente de mi agrado
poco á poco.
—¡Mira, déjate
de etiquetas, por si acaso!
—Sentiría no quedar
finamente, ya que vamos
á morir.
—¡Miáme, este dedo!
—¿Por qué haces eso, Rosauro?...
—¡Cuidao que eres primo!
—¡Atiende!

—¡Anda y que te zurzan!
—¡... Chacho!...
¡Así intrepreta este vulgo
la educación!... ¿Qué de extraño
tié que digan por Uropa
que semos un pueblo bárbaro?

El chulo triste.

EL CHULO TRISTE

(ESCENA DE SAINETE)

. . . .

—¿Pero eres tú?
—Sí, señora;
el propio que viste y calza.
—¿Qué traes por aquí?
—¡Veneno!
—¡Jesús!
—En una palabra:
que dentro de diez minutos
va usté á presenciar un drama
si es verdá la porquería
que me han contao, señá Bárbara.
—Tranquilízate.
—¡No quiero!
—(¡Este ha venido á enredarla!)
—Miste estaba yo endenantes
más alegre que unas pascuas

enligando unas varillas
pa ir de pájaros mañana,
cuando se acercó *el Recocho*
y me dijo estas palabras,
que me están achicharrando
toda la región cordiaca:
—Buenos días.
—Buenos días.
—¿Cómo sigues?
—Bueno, gracias.
—¿Tiés ahí un pitillo?
—Venga.
—¿Sabes la noticia?
—¿Cuála?
—Pues que ha perdido la Patro,
de la noche á la mañana,
la poca delicadeza
que sabes que la quedaba,
y contrae segundas nuncias.
—¿Qué dices?
—Pues que se casa
legalmente.
—¿Legalmente?
¡No pué ser!
—Por éstas, mialas.
—¿Con quién?
—Con un carbonero.

—*¿Cuándo?*
—Esta misma semana.
—Pero ¿se han tomao los dichos?
—¡A estas horas puede que haiga
más que dichos!—¡Miste, aquello
fué igual que si me escarbaran
aquí detrás con la punta
de una lezna, señá Bárbara!
¿Usté ha amao en este mundo?
—Seis veces.
—Con una basta
pa comprender que yo tengo
que meter aquí la pata.
—¡No la metas, Menegildo!
—Sí, señora.
—Tonto, calla.
que lo que sobra hoy en día
son mujeres.
—¡A Dios gracias
Ya me han dicho que tocamos
á seis ú siete por barba.
—Lo menos.
—Pero esa perra
me se introducíó en el alma
siendo un mocoso, y me tiene
lleno el corazón de llagas.
¡Usté conoce la historia!

—¡No llores!
—Me dá la gana.
—Bien hablao.
—¡Yo era inocente!
—Yo también lo he sido.
—¡Vaya
no se venga usté con bromas,
que no está el tiempo pa guasas!
—*Contínua.*
—¡Yo era inocente!
del tóo, pero una mañana
que estábamos á la puerta
del cuartel de la Montaña
yo y otros dos caballeros
esperando á que sacaran
los desperdicios del rancho,
la vide llegar más guapa
que la *Merode*, y más limpia
que la flor de la azufaifa,
porque ella será *croqueta*,
¡pero miste que aseada!...
Conque se fijó en mi busto,
(que así creo que le llaman
al medio cuerpo del hombre),
yo lo agradecí en el alma;
nos miremos con fatigas;
me dirigió la palabra,

que me pareció más dulce
que el arrope de la Mancha;
prencipió á darme latidos
este lao como la máquina
de un reloje de parede
cuando sale de la fábrica:
me dijo *¡Por ahí te pudras!*
y suspiró la muy falsa,
y yo la dije que bueno,
y allí nació mi desgracia,
porque hoy me veo en el mundo
más arrastrao que una chancla
por culpa de esa embustera.
¡Maldita sea su estampa!
—Pero tú, cacho de rosca,
¿no te olías la tostada?
—¡Nunca! Por más de que el día
que ví que me retiraba
los alimentos ya estuve
cuasi *pa* olérmela.
—Vaya:
tú eres tonto, Menegildo.
—Sí, señora, señá Bárbara.
Pero yo, ¿cómo podía
pensar en esa guarrada
cuando he sido pa *la Patro*
más dócil que un perro de aguas?

¿Qué antojos ú qué esigencias
ha tenido que yo no *haiga*
satisfecho *motur propio*
de cabeza si ha hecho falta?
—No sé.
—¡Ni uno tan siquiera!
Porque Menegildo estaba
piando porque ella abriese
la boca pa ir y cerrársela.
Tengo gusto, dijo un día,
de que te laves la cara
pa ver de qué color eres
(estas fueron sus palabras),
y yo, que en jamás altero
mis costumbres, porque, gracias
á Dios, he tenido siempre
conviciones arraigadas,
aquel día doblé el pico
y fuí á fregarme al Niágara,
expuesto á coger un pasmo
y á estarme un mes en la cama.
¿Hay quien sufra más? ¡Mentira!
¿Le hay más aznegao? ¡De ganas!
¿No es esto amar? ¡Me parece!
¿Se pué ser más dócil? ¡Gárgaras!
¿Y á un hombre así se le tira
lo mismo que á una alpargata,

después de ensuciarle el nombre
y de corromperle el alma?
Pues crea usté que la que obra
de una manera tan baja
y pierde á un ser inocente
y se ceba en su desgracia
no es mujer, ni vale un chavo
ni sabe lo que son ansias,
ni tié cutis, ni decoro,
ni sentimientos ni lacha.

. . . .



Un padre modelo.

UN PADRE MODELO

—¿Se pue pasar?
—Adelante.
—Buenas noches.
—¡Hola, Esteban!
¿Qué traes por aquí á estas horas
tan descompasás?
—Quisiera
decirle á usté, con permiso,
dos palabras en reserva
respecto á un asunto un poco
delicao, que nos afezta
por igual, y que no azmite
demora.
—Dí las que quieras.
¿De qué se trata?
—La cosa
vista así, en escueto, ú sea

sin esplicación, resulta,
si se quiere, algo molesta,
señor Juan; pero mirándola
con una miaja de flema
no es pa chocar.
—Adelante.
—Bueno; pues entro en materia.
Yo no sé si usté sabrá
que estoy en inteligencia,
desde Otubre, con su chica
de usté.
—Sí; con la Sotera.
—No, señor; la que ahora me habla
es la otra.
—¿Cuál, la pequeña?
—Tampoco. Esa fué endenantes.
—Entonces es la Clementa.
—Sí, señor.
—No lo sabía;
pero, en fin, con cualesquiera
de las tres que hables me tienes
adizto, pa lo que sea,
porque conozco tu hombría
de bien y sé que no piensas
más que en el trabajo, y tengo
la completisma evidencia
de que tú eres incapaz

de hacer una cosa fea.
—¡Eso puede usté decirlo
muy alto!
—Na; pues empieza
cuando gustes.
—Al asunto.
Su hija de usté me dispensa
su cariño de una forma
que ya raya en la demencia,
y á mí me ha entrao un delirio
tan grande por la Clementa,
que soy una pompa fúnebre
cuando no la tengo cerca.
—Eso es amor.
—Se conoce.
—No me choca que la quieras
porque too se lo merece,
y no es que la chica sea
hija mía, que lo mismo
diría si no lo fuera.
—Sí, señor.
—Ella es alegre
como un par de castañuelas;
á bien formá y á bonita
se pone con la primera
que salga, porque hay que ver
el esmero con que está hecha;

tocante á limpia, ya sabes
que es una pura patena,
desde los pies hasta el mismo
remate de la cabeza,
y respetive á conduzta,
no creo que haiga quien pueda
jaztarse de lo más mínimo
(por lo menos, que yo sepa).
—Dispense usté que le corte
la oración; pero es de urgencia
la cosa, y debemos ir
al grano.
—Tú dirás.
—Ella
tie veintiocho años, y yo
voy camino de los treinta;
lo cual quie decir que estamos
perdiendo el tiempo.
—En concencia
ties razón.
—Por otra parte,
también la Naturaleza
ha prencipiao hace poco
á tener sus esigencias,
y por consiguiente... vamos...
en fin, que la vida es esa.
¿Me comprende usté?

—¡He pasao
por ello!
—Bien; pues en estas
circunstancias, antinoche,
yendo yo con la Clementa
por Leganitos, hablando
de lo nuestro, me se tercia
preguntarla de improviso
pa pillarla de sorpresa:
—*¿Tú me quieres?*
—*¡Con locura!*
va y dice como una flecha
de rapidez.
—*¿No me engañas?*
—*¡Si es mentira, que se muera
mi padre!*
—*Bueno; pues oye:
yo necesito una prueba
material de ese cariño
que dices que me profesas,
pa que luego no tengamos
tonterías.*
—*¡La que quieras!
¿Cuál?*
—*Que te escapes conmigo.*
—*¡Si es tu gusto, de cabeza!*
—*¿Palabra de honor?*

—¡Palabra
de honor ó de lo que sea!
—Piénsalo bien.
—Estas cosas
se hacen, pero no se piensan.
—Entonces veste arreglando
la endumentaria que tengas,
que mañana, Dios mediante,
caerás bajo mi tutela.
Pero antes, como me tengo
por una persona seria
y me gusta hacer las cosas
con corrección y decencia,
quiero avisar á tu padre
con el fin de que lo sepa
y te dé su beneplácito
pa realizar nuestra idea.
—Puede ser que no le guste.
—Tú te callas y me dejas.
¿Que dice que sí? ¡Ya estamos
del otro lao! ¿Que se oceca
y falla que no, creyéndose
que en esto hay alguna ofensa?
Pues es igual; porque tú
te vienes á mi vivienda
de toos modos; pero habremos
obrao dentro de las reglas

de la educación, y siempre
costará así.
—Pues ahueca
(me dijo), *y ven deseguida,*
que ya ves cómo me dejas.
Con que expuesto el ozjetivo
que me trae á su presencia
de usté, no me resta más
que saber lo que usté piensa,
pa llevarle á la muchacha
deseguida la respuesta.
—¿De modo que te la quieres
agregar?...
—Esa es la idea.
—¿Y llevártela?...
—¡Hombre, claro!
No hay que ser ningún Seneca
pa verlo.
—¡Mira, so golfo:
quítate de mi presencia
más que á escape, si no quieres
rodar por las escaleras!
—¡Anda!... ¿Por qué?
—¿Cómo á un hombre
con canas en la cabeza
te atreves á proponerle
tal cosa?

—Vamos á cuentas.
—¡Ladrón!
—Le suplico á usté
que se haga un ñudo en la lengua
y que me oiga, á ver si así
consigo que usté me entienda.
Señor Juan: en este mundo
ca quisque tié su manera
de matar pulgas y debe
respetar la que otro tenga.
Yo el día que necesito,
pongo por caso, una prenda
de vestir, como es muy lógico,
antes de cargar con ella
me la pruebo pa ver cómo
me viene, sin que haiga ofensa
pa el sastre, porque si luego
me resulta ancha ú estrecha
después de pagarla, ¡usté
verá!
—Pero, ¡sinvergüenza!,
¿mi chica es algún chaleco
pa que la tomes á prueba?
—¡Hombre, es un ejemplo!
—¿Tú
te has pensao que la Clementa,
so morral, lleva prendida

la educación con obleas?
—¡No, señor!
—Y sobre todo,
¿te coge á ti en la cabeza
que yo le he dao á mi chica
un oficio pa que pueda
bandearse, y que de pronto,
por el gusto de un boceras
como tú, me quede yo
sin tener quien me mantenga.
—¿Y de dónde saca usté eso?...
—Bueno, mira: ¡no me enciendas
la sangre, porque te estampo
los sesos contra la puerta!
—Pero, y á usté, señor mío,
¿quién le ha inculcao que yo sea
capaz de ponerle á usté
los garbanzos en la acera?
—¡Más claro!...
—La mantención
de usté corre de mi cuenta,
porque yo sé conducirme
como Dios manda.
—¡Si hubieras
empezao por ahí!...
—De forma,
señor Juan, que usté se queda

tranquilo en su casa; yo
me anesiono á la Clementa
hasta ver si nuestros genios
conciden, y tan y mientras
que los dos nos conocemos
y nos unimos en regla,
toos los días, *motur propio*,
le paso á usté dos cincuenta
pa que coma, vista, fume
y tome una copa, ecétera.
¿Conviene?
—¡¡Qué alma tan grande!!
—¿Por qué llora usté?
—¡De pena!
—¡Vamos, señor Juan!...
—¡Perdóname
las expresiones groseras
que haiga podido decirte!
—¡Hombre, pero quién se acuerda!
Venga un abrazo.
—¡¡Hijo mío!!...
¡Dios te pague tu nobleza!



INDICE



